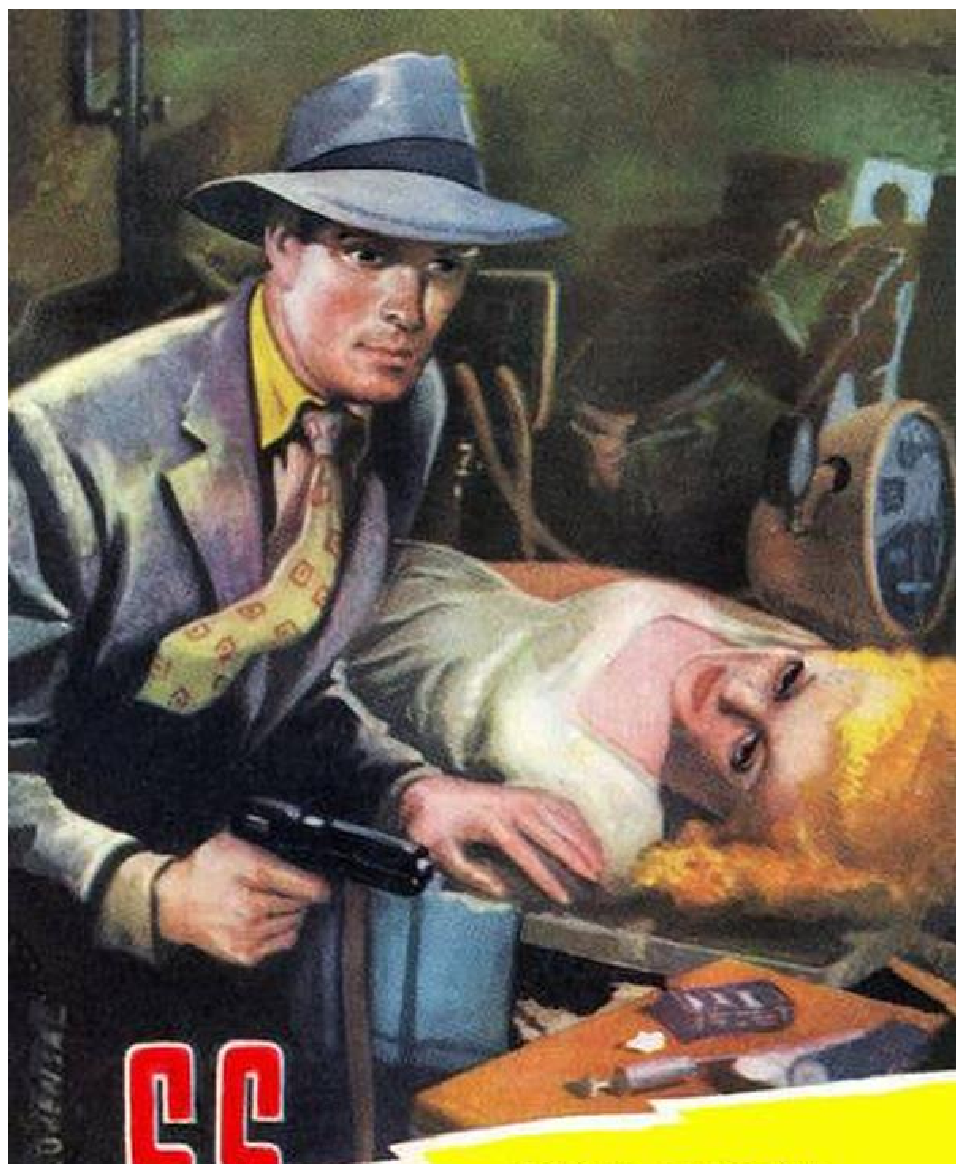


SS
SERVICIO SECRETO

JACK GREY

ENTRE TINIEBLAS



JACK GREY

ENTRE TINIEBLAS

1.ª EDICION
AGOSTO - 1950

EDITORIAL  BRUGUERA
Proyecto, 2 T. 284453 BARCELONA (6)

Impreso en
GRÁFICAS BRUGUERA
BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO

SERVIDOS por el silencioso mayordomo James, Donald Bretty y su hijo Alan cenaban en el espacioso comedor de su residencia de la calle Ocho, esquina a la Quinta Avenida.

Hablaban saltando de un asunto a otro con volubilidad, riendo a veces sin motivo, cual si pretendieran animarse y convencerse mutuamente de que se hallaban a gusto, de que no advertían la falta de calor moral que se padecía en aquella casa desde que, hacía ya ocho meses, la señora Bretty falleció.

Con frecuencia, tanto porque sus respectivas obligaciones lo imponían como porque no sentían la llamada del hogar, padre e hijo comían fuera, cada uno por su lado; pero los jueves y sábados, sopena de que algún suceso imprevisto e ineludible la exigiese, lo hacían juntos allí, alentados por el deseo de no perder el contacto por completo.

—Addy y yo hemos resuelto casarnos, papá —dijo de pronto Alan, sin preparación alguna—. Lo haremos dentro del mes próximo.

Donald dejó sobre el plato la cuchara que iba a llevarse a la boca y miró al joven ligeramente sorprendido.

—¡Vaya noticia, muchacho!

—¿Te desagrada?

—¿Desagradarme?… No. Pienso desde hace tiempo que en esta casa hace falta una mujer. Yo he cumplido ya los cincuenta y, además, no he quedado en condiciones morales para volverme a casar. Nada más lógico que seas tú quien aporte ese calor femenino que ambos necesitamos. Porque supongo que os vendréis a vivir aquí, ¿no?

—¡Desde luego! Para Addy será motivo de alegría que la consideres una, hija.

—Como a tal la querré si me convenzo de que te hace feliz.

—¿Dudas de ello?

—Pues… no sé qué decirte.

—¡Papá!…

—No te enfades. Sabes que a veces peco de sincero. Aunque he tratado poco a tu novia, creo es una excelente muchacha; pero las mujeres demasiado intelectuales no suelen ser las que mayor dicha proporcionan al hogar. Tengo la impresión de que Addy vive casi exclusivamente para sus investigaciones científicas…

—Te equivocas, viejo —protestó Alan, riendo divertido—. Mi prometida sabe perfectamente desdoblarse y posponer el cerebro al corazón cuando se trata de mí.

—Así sea. ¡Ojalá consiga ella lo que yo no he podido lograr!

Tornó a reír el joven, entre complacido y burlón. Dijo:

—Te refieres, naturalmente, a tu reiterado empeño de que abandone mis actividades de contraespionaje……

—¡Naturalmente! El Departamento Especial de Justicia puede pasarse muy bien sin tus servicios, y tú no necesitas para nada al Departamento Especial de Justicia.

—Olvidas, papá, que soy uno de los inspectores más destacados de ese organismo, que con tanto acierto viene colaborando con la institución básica de Norteamérica.

—Lo sé, lo sé… pero no hay nadie insubstituible. Cuando abandones el cargo, otro lo ocupará. Y todo seguirá como si tal cosa. Tú disfrutarás de cuantos placeres puede proporcionarte la

gran fortuna que posees y yo respiraré tranquilo viéndote al margen, de los peligros que, te acechan.

—¡Mi pobre papaíto! —comentó el muchacho entre emocionado y bromista, mientras encendía un habano—. ¡Siempre te ocurre igual: vives inquieto por mi suerte, sin comprender que yo no tengo la culpa de ser como soy! Cuando me hice futbolista te llevaste también un mal rato: cada vez que jugaba un partido creías que me iban a destrozar los contrincantes…

—Bueno… reconozco que soy un poco padrazo; pero tú no niegues que eres caprichoso por demás. Solo se te antojan cosas, raras. Sabes que en nuestro país, el fútbol no se cultiva apenas y no se te pudo ocurrir nada mejor que hacerte delantero centro… o como se llame.

—De lo cual me siento satisfechísimo. Es absurdo que en Norteamérica no se rinda a ese gran deporte el tributo que merece; así lo pensé siempre y ya lo ves como voy consiguiendo que de día en día aumente la afición. ¡Hoy el "New York Club" es muy tenido en cuenta y sus partidos se cuentan por llenos!

—Y por éxitos, gracias a ti.

—No te burles…

—Bien sabes que no me burlo. Eres casi un ídolo de los deportistas. ¡Bien podías consagrarte más a eso y dejar lo demás!

—¿Ya no te inspira temor lo que pueda ocurrirme jugando? ¿No te atormenta la visión de que me traigan con una pierna rota o la cabeza abierta?

—Sí; continúo pensando en ello, aunque me solivianta mucho más lo otro.

—Pero… ¿de verdad te imaginas que estoy hecho de mantequilla? ¿No te das cuenta de que soy un atleta consumado, de que tengo exceso de sangre y de vida y que necesito hacer esas cosas que tanto te asustan para lograr el desahogo que exige mi naturaleza? ¡Tú no sabes cómo disfruto en todos los momentos culminantes que me salen al paso! Cuando juego al fútbol frente a contrarios de verdadera categoría y los burlo y los venzo, me considero feliz; cuando los enemigos son de otra índole, cuando se trata de malhechores ante los cuales, no tengo más dilema que matar o morir, vivo con tal intensidad que no lograría explicártela por mucho que me afanase. Soy un verdadero deportista, papá, y si

he de hablarte con franqueza te diré que este deporte último, el de jugar con la muerte, es el que más me seduce.

—Y… Addy, ¿aprueba tu manera de ser?

—En un todo. Aun después de casarnos seguiremos desempeñando nuestras respectivas actividades.

—¡Caramba!

—Puede que llegue a apartarme del fútbol, pero de la caza de delincuentes, no.

—¡Pues es un consuelo!

—Así lo hemos, convenido entre ambos. Respetaremos mutuamente nuestras libertades.

—Me parece un absurdo.

—Te equivocas. Será la mejor manera de hacernos felices uno a otro sin que nunca podamos echarnos en cara el sacrificio de nuestros gustos y aficiones.

—¡Muy moderno!

—No lo dudes. Ahora bien: eso no impedirá que dispongamos de todo el tiempo preciso para amarnos… y para llenar de chiquillos esta casa fría y triste —Donald movió la cabeza de manera, reprobatoria y su hijo añadió—: Compréndelo: Addy es un cerebro privilegiado; sus descubrimientos son utilísimos para la patria.

—No lo niego, pero…

—El último, sobre todo, es algo que nos hará invencibles si se produce una nueva guerra.

—¿Te refieres a la fórmula “2 × 2”?

—¡Naturalmente! En virtud de ella, la acción del enemigo, en los sectores donde se emplee, quedará paralizada durante el tiempo necesario para hacerlo prisionero.

—Reconozco que es algo maravilloso.

—¡Como todo lo que de su cerebro brota! Yo no puedo ser tan egoísta que pretenda anular su genio con mi amor. En cuanto a mí… Ella sabe hasta qué punto adoro el peligro y de qué manera estoy encariñado con el cargo que el Departamento Especial de Justicia me ha conferido. Si lo abandonase, si me convirtiese en un hombre vulgar, adocenado, sin más ocupación que la de gastar sus rentas, me moriría de tedio.

—¿Por qué? ¿Y tus actividades como delantero centro del “New York Club”?

—No bastan para absorberme. Precisamente acabamos de comentar lo poco que se practica el fútbol en nuestra tierra.

—Bien, pero… podrías buscar otras cosas en qué ocuparte…

—Solo las que encierran riesgo me seducen y, puesto a elegir, no cambio la que tengo por ninguna. Así lo comprende mi prometida y se abstiene de intentar nada para apartarme de la ruta que sigo.

Donald hizo un gesto marcado de resignación al replicar:

—Verdaderamente no sé para qué insisto. Hemos hablado muchas veces de esta cuestión con idéntico resultado: Eres un caso perdido. ¡Dios quiera que una bala asesina no ponga término a ese entusiasmo tuyo por una profesión que, tan desastrosamente rima con tu posición social y económica! ¡Sería un dolor que el fútbol norteamericano se quedase sin su mejor delantero centro!

—¡Y que el Departamento Especial de Justicia perdiera a su más destacado inspector! —bromeó Alan.

Serio, conmovido, añadió Donald:

—¡Y yo, sin mi único hijo!

—¡Vamos, papá; no seas agorero! ¡A mi no hay quien me mate!

—¡Ojalá aciertes! —suspiró ligeramente al añadir—: De todos modos, presumo que, aunque te cases, este hogar seguirá estando frío. No es un matrimonio como el que me anuncias el más indicado para infundirle calor.

—Bueno, bueno; eso, el tiempo lo dirá. Hablemos de otra cosa, ¿quieres?

—A tu gusto.

En efecto echó la conversación por otros derroteros y logró que su padre volviese a sonreír.

El joven se dispuso, pasado un buen rato, a abandonar la casa.

—¿Volverás tarde? —quiso saber Donald.

—No lo sé. Voy a recoger a mi novia para ir un rato al Rainbow Room…

—¡Ah!…

—Ya ves, viejo, como ambos tenemos tiempo para divertirnos…

—Menos del que debierais tener.

—No volvamos a las andadas, ¿por qué me has hecho la pregunta? ¿Es que quieres algo de mí?

—Simplemente decirte adiós, por si estoy dormido cuando regreses. Salgo mañana, en avión, para Pennsylvania…

—Lo había olvidado. ¿Vas a estar muchos días allí?

—Creo que pocos, pero no puedo precisarlo.

—¿Por qué no nos acompañas un rato esta noche?

—¡De ninguna manera! No quiero hacerme odioso a mi hija política antes de tiempo. ¡Estaría bonito que estorbara con mi presencia, vuestras escasas efusiones!

—Ella vería con satisfacción…

—Nada, nada, no insistas. Además, tengo que efectuar algunos preparativos que me llevarán algunas horas…

—Como quieras.

Se despidieron con un abrazo.

Alan Bretty bajó las alfombradas escaleras silbando bajo una cancioncilla popular. Nadie en tales momentos hubiera reconocido en el optimista, muchacho al férreo inspector del Departamento Especial de Justicia, orgullo de la organización y terror de los delincuentes.

El chofer, gorra en mano, abrió la portezuela del magnífico “Rolls Royce” que aguardaba en la puerta.

—Ya sabes adonde —dijo Alan acomodándose en el interior.

El auto arrancó sin ruido y comenzó a deslizarse majestuoso por aquella parte de la ciudad que tiene algo de paisaje francés, incluso un arco de triunfo a través del cual se acusan los verdes de Washington Square.

No tardó mucho el “Rolls” en detenerse ante el número 106 de la calle Doce.

Alan, desde el portal, llamó por teléfono a su prometida:

—¿Subo o bajas?

—No te molestes. Estoy lista y esperándote. Al momento soy contigo.

Minutos más tarde, Addy Ball hacía su aparición. Era una mujer de veinticinco años, figura armoniosa y rostro atractivo. Sin tener belleza extraordinaria, poseía un encanto indefinible que subyugaba. Lo que más destacaba en ella eran sus ojos grandes, de

azul muy obscuro, hialino. En todos sus actos se comportaba con sencillez, como una muchacha vulgar, sin que se le adviniera nunca el ser excepcional que constituía.

Se besaron.

—¿He tardado? —preguntó él.

—Para mí, siempre llegas tarde —respondió la muchacha, mimosa—. Pero reconozco que aún faltan unos minutos para la hora que convinimos.

—¿Has trabajado mucho?

—Bastante. Creo que podré perfeccionar aún mi “2 × 2”. ¿Y tú?

—También. Aunque de momento no tengo confiado ningún asunto de gran interés, no faltan nunca los quehaceres.

—Bueno, pues ahora, a olvidarnos de todo lo que no seamos tú y yo.

—¡Ajá!

Entraron en el coche y, enlazadas las manos, repitiéronse las frases eternas y, sin embargo, nuevas, que los enamorados creen pronunciar casi siempre por primera vez.

Ni siquiera advirtieron el tiempo que el “Rolls” tardó en acercarse al área comprendida entre las calles Cuarenta y Ocho y la Cincuenta y Uno de la Avenida Quinta a la Sexta, donde se alzan los doce maravillosos rascacielos que componen el Rockefeller Center, especie de ciudad en miniatura con más de treinta restaurantes, jardines, teatros, cinemas y galerías que conducen al subterráneo más hondo del mundo; subterráneo lleno de vida moderna, ultraconfortable, pictórico de luz, de almacenes, de bares…

Addy y Alan abandonaron el auto y estrechamente cogidos, dirigiéronse al Rainbow Room, por el cual sentían predilección ambos. A pesar de que este Music Hall, capaz para más de seis mil personas, hallábase; siempre concurridísimo, los enamorados sabían aislarse cuando lo deseaban y hacerse la ilusión de que se encontraban solos, no ya sobre los sesenta y cinco metros que les levantaban del nivel de la calle, sino por encima del mundo entero.

El Rainbow Room antojábaseles una especie de jardín suspendido sobre un campo sin verdes.

La joven investigadora y el dinámico muchacho rieron, bebieron

y bailaron, haciendo un derroche de alegría y confirmando lo que horas antes dijera él a su padre sobre el desdoblamiento que Addy sabía hacer de su persona.

Faltaban pocas horas para que amaneciese cuando abandonaron el Music Hall.

—Esto no puede prodigarse —protestó ella, dentro del coche ya.

—En realidad, escapadas así solo las hacemos los sábados… ¿A qué hora te busco mañana?

—A las cinco.

—Seré puntual.

—Así lo espero. Si algo te impidiera venir, telefonéame.

—¡Claro! Haz tú lo mismo si por cualquier causa no pudieras aguardarme.

Se despidieron con otro beso.

El "Rolls" alejóse llevándose a Alan. Ni él ni Addy prestaron atención alguna a otro coche parado a corta distancia, el cual, cuando la calle volvió a quedar desierta, avanzó hasta situarse junto al portal correspondiente al domicilio de la joven investigadora.

* * *

Addy, tan pronto como hubo penetrado en su piso, tuvo la sensación de hallarse próxima a alguna persona extraña. No hubiera podido precisar en qué se basaba, pues en principio no se ofreció nada a sus ojos, a sus oídos ni a su olfato que denunciase anormalidad; fue algo de subconsciencia lo que la advirtió.

No era cobarde.

Apenas hubo encendido la luz, pascó en derredor una mirada queriendo convencerse de que su temor súbito carecía de fundamento; pero no lo consiguió e, instintivamente, retrocedió de espaldas con ánimo de abrir la puerta que acababa de cerrar.

—¡No se mueva! —ordenóle una media voz ronca. E inmediatamente el que la emitía se presentó ante la joven. Era un hombre de aspecto brutal no obstante la elegancia con que vestía. Tras él surgió otro más joven, calvo y excesivamente delgado.

Ambos empuñaban revólveres.

Ahogó la joven un grito de sorpresa y abrió mucho sus enormes

ojos al darse cuenta de la realidad.

Anunció el calvo delgaducho:

—Procure tranquilizarse y dar muestras de sensatez. Si se comporta usted como las circunstancias exigen no tendrá que temer daño alguno para su persona; si, por el contrario, hace algún movimiento sospechoso, nos veremos en la necesidad de matarla

Habló con la mayor naturalidad, como si lo que acababa de decir fuera la cosa más sencilla del mundo.

Addy notó que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Sus facciones, no obstante, serenáronse pronto, denotando la fortaleza de su espíritu que se había aquietado también.

Sin temblores en la voz, repuso:

—Creo inútil preguntarles quiénes son ni qué desean. Lo primero, no me lo van a decir; lo segundo me lo dirán aunque no quiera oírlo.

Los malhechores cambiaron una furtiva mirada de asombro. No contaron, ni remotamente, con que aquella mujer diera tales muestras de entereza.

—Vayamos al despacho —ordenó el de aspecto brutal—. Y no olvide lo que acaba de oír. Cualquier acción imprudente será la última que lleve a cabo en su vida, lo cual sería una lástima, pues personas de su talento no deberían desaparecer nunca.

—Desde luego —aportó el calvo—. Hemos adoptado precauciones y no funcionan el teléfono ni los timbres; lo único que podría hacer para llamar la atención sería gritar, y créanos… le perjudicaría mucho hacerlo.

Avanzó entre los dos hombres hacia la habitación aludida y apenas penetró en ella abarcó de una ojeada el gran revuelo que habían armado: todos los cajones de la mesa estaban abiertos como asimismo la biblioteca; desparramados sobre la alfombra, montones de libros y papeles…

—¡Pasaron los bárbaros! —comentó con dolorosa ironía.

—Quisimos ahorrarle este mal rato —repuso el delgaducho en el mismo tono— y apoderarnos de lo que nos interesa antes de que llegase usted; pero no lo hemos encontrado. Discúlpenos. Incluso la ayudaremos a ordenarlo todo si no nos hace perder tiempo con resistencias inútiles.

—¡Muy galante!

—¡No gastemos palabras tontas! —apremió el otro. Y añadió dirigiéndose a la mujer—: ¡Entréguenos enseguida la fórmula “2 × 2”!

—¡Ah, es eso lo que desean! —exclamó Addy, dejándose caer en uno de los sillones y prendiendo un cigarrillo sin que la mano le temblara.

—Eso, sí.

—Pues… lamento no complacerles. Hace ya bastantes días que esa fórmula no obra en mi poder.

—No lo dudamos, señorita —replicó el calvo, impetuoso—, pero tampoco nos cabe duda de que guardará usted una copia.

—No conservo copia alguna.

—Por favor, no nos crea necios. Demasiado sabemos que tratándose de documentos tan importantes, los inventores conservan siempre el original… el borrador…

—Yo no he conservado nada.

—Su serenidad y valentía son asombrosas; pero le anuncio que en la presente ocasión van a servirle de poco. Si dentro de treinta segundos no se ha avenido a complacernos, mi compañero cortará el hilo de su preciosa vida, luego de hacerle sufrir un poco. Es asombrosamente hábil manejando el puñal.

El aludido hizo aparecer en su mano el arma citada. Sus ojos glaucos brillaban siniestramente reflejando la satisfacción que experimentaría llevando a la práctica lo anunciado por su compinche.

Ambos miserables comenzaron a fumar en silencio, fijas las miradas en el isócrono movimiento con que el péndulo del reloj parecía llenar la estancia.

Addy se estremeció otra vez. No creyó que la asesinasen antes de lograr lo que pretendían, pero sí tuvo la evidencia de que cumplirían la amenaza de atormentarla.

Su cerebro trabajaba vertiginosamente.

“Tic, tac; tac tac” —seguía sonando el reloj.

—Acaba de expirar el tiempo concedido —dijo, amenazador, el hombre flaco—. ¿Cuál es su decisión?

Aproximóse el otro canalla jugueteando con el puñal.

—¿Se marcharán inmediatamente y me dejarán tranquila si les entrego lo que desean? —preguntó Addy.

—¡Desde luego!

—¿Quieren decirme antes, lo qué han hecho con mi doncella?

—¡Oh, no se preocupe! Nos hemos limitado a imposibilitarla, a fin de que no nos moleste. Usted misma la desatará y librará de la mordaza apenas nos marchemos.

—Quiero verla…

—¡Basta, señorita! No admitimos más dilaciones.

El maestro en el manejo del puñal se aproximó nuevamente, anunciando:

—¡Si coloco mi mano sobre su boca no podrá usted hablar ya aunque quiera!

—Lo creo —repuso ella mirando la manaza enorme y notando que su fuerza moral flaqueaba—. Bien. Me considero vencida.

Dirigióse a la biblioteca y a los pocos pasos se detuvo diciendo:

—No está en su sitio el libro en que guardo lo que tanto les interesa. Debe haber pasado por las manos de ustedes y hallarse entre ese montón desparramado por la alfombra.

—Díganos cuál es.

Addy, sin contestar, rebuscó entre los montones hasta dar con un grueso tomó que cogió mientras decía:

—Me sorprende la manera de buscar que han tenido.

Parsimoniosamente arrancó el forro que preservaba la cubierta y sacó bastantes hojas del papel biblia.

—Ahí tienen —dijo, ofreciéndolas a los espías—. Me cuesta un gran sacrificio proceder así, pero me horripila la idea del dolor físico. ¡Márchense ya, cuanto antes! Noto que no voy a poder seguir resistiéndome, y no quiero que presencien mi debilidad de mujer…

—Muy amable, señorita —respondió el calvo, guardándose los documentos—. Vamos a marcharnos todos.

—¿Eh?

—Nosotros no somos técnicos en la materia ni muchísimo menos, ¿comprende? Estos papeles pueden ser los que deseamos… y pueden no serlo. Usted nos acompañará hasta que nuestros hombres de ciencia los examinen…

—Pero usted me ofreció que se retirarían enseguida…

—Bueno, a veces, sin querer, se precipita uno en las promesas…

Habló con acento irónico muy marcado.

Addy se consideró perdida. Ni por un momento había pasado por su imaginación la idea de entregar la codiciada fórmula. Los papeles que obraban ya en poder de los espías contenían solo apuntes de otros ensayos cuyo valor era nulo. Se le había ocurrido proceder así con la esperanza de burlar a sus enemigos. Al oír el propósito de estos vio cerrarse la única puerta de salvación. Pronto descubrirían el engaño y la harían víctima de su furia. Además, conociendo por las referencias de Alan los procedimientos de aquella clase de seres, tuvo la certeza de que en ninguno de los casos le permitirían escapar con vida

No concibió cómo pudo admitir el consuelo de salvación: pedir socorro.

Notó que las fuerzas le flaqueaban y acabó por apelar a la única posibilidad, aunque remota, de salvarse con aquel subterfugio.

De su garganta se escapó un grito estridente que fue en el acto sofocado por la enorme mano izquierda del hombre del puñal.

Debatióse la joven con fuerza multiplicada por la desesperación, mas a pesar de todo, resultaba una muñeca entre las garras de aquella bestia humana, que sin trabajo alguno la redujo a la impotencia.

Sintió un pinchazo agudo en el brazo izquierdo y creyó que la afilada hoja de acero comenzaba a operar en su carne. Pronto advirtió que no ocurría así.

Era una inyección lo que acababan de ponerle.

El calvo anunció mientras guardaba la jeringuilla:

—Esto aquietará sus nervios, muchacha. No comprendo cómo se le ha ocurrido gritar. Es impropio de usted. Nos había causado buena impresión y la ha echado por tierra.

Addy sintióse invadida por gran laxitud. El soporífero obraba con extraordinaria rapidez. Se le anulaba la voluntad; cerrábansele los párpados…

Los dos malhechores escucharon ansiosamente durante unos minutos por si el principio del grito emitido por la joven había llamado la atención.

Oyeron una puerta lejana que se abría y volvía a cerrarse poco

después.

Addy estaba inmóvil ya y ambos empuñaron pistolas con silenciadores.

Dejaron transcurrir un buen rato hasta convencerse de que la calma no se volvía a interrumpir.

—En marcha —ordenó el calvo. Y avanzó hacia la escalera de servicio seguido por su compañero, el cual había cogido en brazos el inanimado cuerpo de la muchacha.

Antes de aventurarse, el que acababa de hablar hizo un examen de la escalera.

—Está el campo libre —dijo.

Cerraron tras sí.

El calvo iba delante, aguzado el oído y dispuesto a todo. Su diestra continuaba empuñando la pistola.

Cerca ya de la calle, cogieron a Addy cada uno por un brazo, por si alguien cruzaba inoportunamente, deseaban dar la sensación de unos trasnochadores que conducían a una amiga en estado de embriaguez.

El lugar estaba desierto.

—Nos acompaña la suerte —susurró el más bestial de los dos.

—¡Calla! —ordenóle el otro. Emitió un silbido prolongado. A los pocos instantes oyóse el roncar de un motor. El coche que aguardaba junto a la entrada principal del edificio, presentóse ante ellos.

—¿Todo bien? —preguntó el chofer.

—Parece que sí —repuso el interrogado mientras el otro volvía a coger a Addy en brazos y la colocaba sobre el asiento trasero.

Subieron ellos también.

—¡Deprisa! —apremió el calvo—. Falta poco para que amanezca y conviene llegar antes.

El auto arrancó.

Luego de cruzar muchas calles fueron aproximándose a la parte baja de la ciudad, cerca del muelle, y se adentraron en Batery Place, a lo largo de Washington Street, reducto de casi todos los sirios, griegos árabes y armenios que habitan en Nueva York.

Pasaron junto a una gran tienda de sedas y perfumes, doblaron la esquina y se detuvieron ante la cerrada puerta de un garaje.

El chofer llamó de manera especial e instantáneamente, cual si les hubieran estado aguardando, les franquearon la entrada.

CAPÍTULO II

SONNIA levantó la mirada de los papeles que estaba examinando al oír que llamaban a la puerta.

—Adelante.

Bajo el dintel apareció la recia figura de Jesse Kirk, quien, sin hablar, fijó sus claros ojos en la mujer.

—¿Qué ocurre?

—Nada nuevo. No hay manera de arrancarle palabra a esa muchacha. ¡Es desesperante! Primero se burló de nuestros hombres entregándoles unos papeles inútiles, y ahora…

—¿Qué hace Goodis? —interrumpióle la que preguntaba.

—Sigue "tratándola", pero empieza a desconfiar.

Sonnia tabaleó con los dedos sobre la mesa.

Era una mujer alta, gruesa sin exageración, de cabellos y ojos muy obscuros. Frisaba en los treinta años. Su hermosura, aun siendo mucha, repelía a causa de la dureza que tenían las líneas de su rostro, de la frialdad de sus pupilas, del rictus cruel de sus labios.

Nadie conocía su verdadera personalidad. Se hacía llamar Sonnia Parry y a tal nombre estaban extendidas sus credenciales como inspectora de la organización internacional de espías al servicio en aquella época de determinada potencia extranjera.

Como tantas otras veces, había llegado sin previo aviso, cuando nadie la esperaba, y su presencia se dejó sentir desde el primer instante. A las pocas horas de su arribada, cumpliendo sus órdenes, llevóse a cabo el secuestro de Addy Ball a pesar de hallarse ausente el jefe de la organización en Nueva York.

El lema principal de aquella criatura ominosa era la rapidez en las acciones. "Un minuto de retraso —solía decir— puede echar por

tierra la labor de muchos meses.”

Había venido con la misión de apropiarse la fórmula “2 × 2” y sin tomarse una hora de descanso dictó las órdenes oportunas encaminadas a tal fin.

Jesse Kirk, segundo jefe de la banda en la capital, sentía por Sonnia una violenta pasión no correspondida. Aquella mujer sin corazón parecía resguardada siempre por una infranqueable muralla de hielo. No desesperaba, sin embargo, él. Estaba resuelto a hacerse querer aunque fuera a costa de los mayores sacrificios y de espera indefinida.

—Dígale a Goodis que venga —ordenó, seca, la inspectora.

Kirk desapareció para volver a los pocos minutos acompañado de un hombre viejo pero fuerte, erguido, alto y seco como un huso.

—Comprenderá, doctor Goodis —empezó Sonnia diciendo—, que no podemos seguir perdiendo horas. Kirk acaba de asegurarme que no se ha adelantado nada…

En tono opaco, como si la voz saliera de una tumba, respondió el médico:

—Hago todo cuanto puedo. El tratamiento que estoy empleando, de cuya invención me siento orgulloso, ha dado buenos resultados siempre. Los sometidos a él pierden la voluntad y quedan a merced de la mía…

—Permítame dudarlo.

—No tendrá razón si lo hace. Le consta que en diversas ocasiones hemos obtenido buenos éxitos.

—Pero ahora…

—Nos encontramos ante un caso excepcional. Esa mujer posee una fortaleza física extraordinaria y una rebeldía psíquica inconcebible. Creo hallarme al borde del fracaso.

—¿No ha conseguido nada en absoluto?

—Solo ha pronunciado palabras incoherentes, sin sentido alguno, en medio de la lucha íntima que sostiene por no despegar los labios.

—¿Opina usted, entonces, que no cabe hacer nada más?

—Podríamos aumentar la dosis…

—¿Y a qué espera para hacerlo?

—El peligro es muy grande y si muere es cuando no nos cabe

esperanza alguna de obtener la declaración.

Sonnia abandonó el asiento que ocupaba y midió el despacho paseando pensativa.

Su vacilación fue breve. Detúvose ante el galeno, ordenando:

—Aumente esa dosis.

—Pero…

—Puesto que todos los demás procedimientos han fallado, recurramos a ese.

—Y si fallece…

—Si fallece buscaremos la fórmula en poder de quien esté.

—Bien, usted manda,

—Le acompaño.

Los tres abandonaron la estancia para dirigirse al tenebroso laboratorio de aquel miserable que había puesto su ciencia al servicio del mal.

Cruzaron un largo pasillo y por una escalera en forma de espiral descendieron al piso tercero cuyas primeras habitaciones daban la sensación, por su mobiliario, de pertenecer a una familia bien acomodada. Al llegar a la última de estas, Jesse Kirk se adelantó y oprimió un resorte perfectamente disimulado en un mueble-bar empotrado en la pared, el cual se desprendió por el lado derecho y giró sobre el izquierdo lentamente dejando libre un hueco lo suficientemente grande para permitir el paso de una persona.

Entraron en fila india.

Otro resorte interior, al ser pulsado, dejó el mueble en el sitio que antes ocupara.

Bajaron un nuevo tramo de escalones y siguiendo un estrecho y largo corredor llegaron a la puerta del laboratorio.

Sobre una cama; niquelada y cómoda, yacía Addy Ball. Estaba intensamente pálida; tenía entornados los párpados y apretados con fuerza los descoloridos labios, cual si el subconsciente le ordenase hacerlo así ante el temor de que se le escapasen las palabras que no quería pronunciar.

Jadeaba fatigosa. Sus manos crispábanse entre las ropas del lecho. Sobre el céreo matiz de la cara y de los descubiertos hombros, destacábanse hilillos de sangre coagulada, moraduras tirando a negro…

Eran las señales de cuanto se hizo con ella antes de entregársela, como último recurso, al diabólico doctor Goodis.

La observaron detenidamente.

—La “Bloccus” acepta un choque delicado…

—Su corazón está muy débil.

Y consultó con la mirada a Sonnia.

—¡Adelante! —ratificó esta.

—Insisto en que lo más probable es que se nos muera sin hablar.

—¡No importa!

Goodis, tras un encogimiento de hombros, manipuló en un anaquel próximo. Cogió una ampolla y cargó sin prisas la jeringa. Cuando la tuvo a punto, la dejó sobre una mesita auxiliar y se inclinó sobre la paciente en un nuevo esfuerzo por sugestionarla.

—Escuche, Addy Ball: Sé perfectamente que me oye. Deje de debatirse y sométase a mi deseo. Le mando que hable, que dicte la fórmula “2 × 2”.

Sonnia hizo un gesto de impaciencia, pero el médico la contuvo con un ademán y continuó:

—Hable; se lo ordeno; hable… hable…

Addy se removió en la cama desesperadamente; emitió una especie de ronquido agónico; clavó las uñas, quebrándoselas, en la colcha y, sin abrir los ojos, murmuró:

—La fórmula… No la recuerdo… Tengo vacía la cabeza… Estoy entre tinieblas…

—Sí, lo está usted —insistió el atormentador—, vive entre tinieblas como todos nosotros; pero puede volver a la luz si se muestra dócil…

—¡La luz!… ¡Quiero la luz!… Alan… ¿por qué no vienes?… Llévame al Rainbow Room…

—¡Le exijo que hable! —insistió el médico—. Está a tiempo. Voy a inyectarla otra vez y esta inyección puede significarle la muerte. Sálvese… Siga pensando en Alan y en el Rainbow Room. Puede pasar allí muchos ratos felices con ese hombre. ¿Por qué se empeña en suicidarse?… ¡Míreme!… ¡Míreme!… —Addy clavó unos momentos el azul obscuro de sus pupilas en los fríos ojos del facultativo, el cual añadió—: Si me obliga a ponerle esta inyección, será la última. ¡Sálvese, se lo repito! La vida es amable, y yo le

ofrezco la vida. Hable. La fórmula “2 × 2”… “2 × 2”… “2 × 2”… Recuérdela… Recuérdela… Hable… Hable… Hable…

Otra vez el ronquido agónico; otra vez el jadear angustioso… Y el rechinar de dientes… Y el clavar las sangrantes uñas…

—¡No!… ¡No!…

Cada monosílabo negativo fue como un pistoletazo seco y acompañado después por estridores, como si algo se rompiese en el corazón de la víctima.

—¡Es un caso extraordinario! —comentó Goodis con desaliento.

—¡No se detenga más! —conminó la inspectora.

Tomó el médico la jeringuilla y volvió a inclinarse sobre la muchacha dispuesto a inyectarla. Advertíasele dominado por la ira que su fracaso le producía.

—¡Un momento! —pidió Jesse.

Detúvose Goodis y miró extrañado, como asimismo Sonnia, al segundo jefe de la banda.

A la muda interrogación que ambos le hicieron, repuso él:

—Salgamos un momento. Se me acaba de ocurrir algo que puede ser interesante y no sé si convendrá que esa mujer lo oiga.

Le siguieron, aunque no de muy buen talante. Daban la impresión de fieras a las que se les quita una presa de entre las garras.

Cuando estuvieron fuera del laboratorio, Sonnia apresuróse a decir:

—Veamos si, en efecto, lo que se le ha ocurrido justifica esta interrupción.

—El doctor Goodis insiste en que inyectar una nueva dosis a esa mujer equivale casi a matarla.

—Sí —afirmó el aludido.

—Pero también ha dicho —refutó Sonnia— que cabe la esperanza de que la haga hablar.

—Opino —siguió diciendo Jesse— que la vida de la prisionera nos interesa en grado sumo hasta que le hayamos arrancado su secreto y que cabe apelar a otros medios antes de jugarlo todo a la última carta. Si tales medios no dan el resultado apetecido, siempre estaremos a tiempo de recurrir al que iba a emplearse ahora.

—Explíquese —apremió Sonnia.

—Sabemos quién es el prometido de Addy Ball —contestó Jesse.

Goodis carraspeó fuertemente denotando su nervosismo y miró con inquietud a quien hablaba.

—¿Y bien…? —instó la inspectora.

Desentendiéndose del gesto de espanto marcado en el semblante del galeno, añadió Kirk:

—Se trata de un hombre peligrosísimo, que si algún día se pusiera sobre nuestra pistadnos daría mucho que hacer.

—¿Policía?

—No. Especializado en el contraespionaje.

—¡Ah!

—Pertenece al Departamento Especial de Justicia. Es un organismo que, aun teniendo concomitancia con el F. B. I., goza, de cierta autonomía. Lo integran personas de independencia económica, verdaderos *sportmans* de la aventura, quienes, luego de acreditar su valía, sin lugar a dudas, suelen entregarse con alarmante pasión al desempeño de sus funciones. Resultan por ello bastante más temibles que los verdaderos profesionales, pues derrochan un entusiasmo muy difícil de superar. Y como sus Directores son Ases, como los someten a una educación y entrenamiento insuperables, logran obtener maravillosos resultados. El hombre que ahora nos ocupa es uno de esos casos de asombro.

—Tengo referencias de esa organización —dijo Sonnia—. Parece ser que es una de las muchas creadas en torno a la principal. Siga hablando.

—La muerte de este sujeto —añadió Jesse, sonriendo burlón ante la creciente angustia que advertía en Goodis— equivaldría a la desaparición de un grave obstáculo en nuestro camino; pero no me refiero ahora a esto que, puede decirse, ocupa el segundo lugar, sino a la probabilidad de que él conozca la fórmula que nos interesa y podamos arrancársela.

Un tanto decepcionada, comentó Sonnia:

—¿Estamos a punto de fracasar frente a una mujer y cree usted posible obtener mejores resultados de un hombre, sobre todo tratándose de un hombre como el que a grandes trazos ha descrito?

—Quizá, a pesar de todo, no ofrezca tanta resistencia a los

procedimientos de nuestro doctor, ¿verdad, querido Goodis? Usted sostiene que esa muchacha significa algo excepcional…

El interrogado apretó los dientes. Advertíase fácilmente que era presa de serios temores.

Sonnia lo notó y preguntóle, arrugando el entrecejo:

—¿Qué le ocurre?

—¿Ocurrirme?… Pues nada… Nada…

Intervino de nuevo Kirk:

—Pienso que aunque los medios científicos de Goodis fallasen también con el hombre de que hablo, “cantaría” antes de resignarse, a presenciar la muerte de la mujer que ama.

Gratamente impresionada, miró Sonnia a Jesse, mostrando más obscuras y abismales las tinieblas de sus ojos.

—Reconozco que es una buena idea —dijo al fin.

—Pero muy atrevida… casi descabellada —saltó el médico, incapaz de seguir conteniéndose.

Le observó la inspectora escrutadoramente.

—¿Por qué?

—Porque ese muchacho… —se volvió hacia Kirk, cambiando de tono—: ¡No comprendo cómo se le ha ocurrido tal disparate!

—¿No lo comprende?… La cosa es bien sencilla. Hemos de lograr nuestros propósitos por encima de todo.

—¡Acaben de una vez! —exigió Sonnia.

—El hombre en cuestión —repuso Jesse lentamente, dejando caer las palabras y sin apartar la mirada de la inspectora— se apellida Bretty.

—¡Bretty!

—En otras palabras, Sonnia —aclaró Goodis—: Se trata del hijo de nuestro jefe en Nueva York.

—¡El hijo de Donald!

—¡Exactamente! Comprenderá que no podemos…

Interrumpióle ella, airada…

—¡Está usted equivocado, doctor, y me sorprende que hable así!

—¿Eh?

—No le recomendaría que volviera a hacerlo.

—Yo…

—Ninguno de nosotros podemos olvidar que la Organización es lo primero. Los fines que perseguimos se hallan por encima de todo y no hay parentesco, por fuerte que sea, que nos impida llevarlos a cabo.

—Pero…

—¡Ni una palabra más! Ocúpese de impedir que muera. Reanímela. Absténgase de hacer nada que la perjudique… por ahora. La idea de Kirk me va pareciendo cada vez mejor.

—Bueno… Si usted opina así…

—Desde luego. Corra junto a la paciente y haga lo que le he dicho. Volvamos nosotros al despacho, Jesse. Hemos de planear eso.

Echó a andar seguida de Kirk, en cuyos ojos brillaban extrañas luces de satisfacción y triunfo. Odiaba y envidiaba al jefe y aquella oportunidad de herirle en lo más vivo llenaba de alegría su perverso corazón.

CAPÍTULO III

AL día siguiente, a la hora convenida, detúvose el Rolls de Alan ante la puerta de la casa habitada por su novia.

Salió, sin esperar a que el chofer le abriese, y se adentró en el portal.

Iba alegre, optimista, risueño, como siempre que se disponía a entrevistarse con la mujer amada.

Llamó por teléfono desde abajo, e hizo un gesto de sorpresa profunda al no oír el repiqueteo del timbre al otro lado del hilo.

—¡Cosa más extraña…! —murmuró entre dientes.

Solícito, se le acercó el portero, preguntando:

—¿No contesta la señorita?

—No. El teléfono no funciona.

—Puede que haya alguna avería. La señorita, desde luego, no se ha quejado y debe estar en casa. No ha salido en todo el día.

Bretty, desconcertado, colgó el auricular, subió en el ascensor y se hizo conducir al piso correspondiente.

Al comprobar que tampoco el timbre de la puerta sonaba, se puso nervioso y llamó repetidas veces con el puño.

Convencido de que no había nadie dentro, tornó a bajar.

El portero, al ver su rostro disgustado, inquirió;

—¿No está arriba?

—Nadie responde. ¿Está usted seguro de no haberla visto?

—Completamente seguro, señor.

—¿No ha faltado usted de aquí?

—Algunos minutos, pero ha quedado mi hijo en mi puesto. Voy a preguntarle.

Desapareció para volver anunciando que Addy ni su doncella habían sido vistos por nadie.

Llamó Alan por teléfono al Centro de Investigaciones Científicas donde su prometida solía acudir diariamente.

Mientras lograba la comunicación quiso acariciar la esperanza de que alguna cosa hubiera obligado a la joven a trasladarse a dicho lugar sin que el portero la viese, a pesar de las manifestaciones que sobre el cumplimiento del deber acababa de hacerle. No tardaron en desvanecérsela:

—No hemos visto a la señorita Ball hoy, señor —le dijo la voz gangosa del conserje.

Pidióle Bretty que preguntase en los distintas departamentos y aguardó anhelante hasta que por fin le insistieron en la negativa.

Una sensación de angustia suprema invadió el corazón del enamorado. Quería convencerse a sí mismo de que no tenía motivos para alarmarse, de que todo se habría reducido a una necesidad imperiosa por parte de Addy de salir y hacerse acompañar de la doncella, pero no lo conseguía: Aquel teléfono averiado… aquel timbre de la puerta que no funcionaba….

No vaciló más. Aunque pudieran acusarle de haber sobrepasado sus atribuciones, se consideró impotente para soportar la duda mientras llevaba a cabo los trámites legales.

—¡Suba conmigo! —ordenó al portero.

—¿Eh?

—Vamos a entrar como sea.

—¡Señor!…

—Asumo toda la responsabilidad. ¡Vamos!

Conocía el modesto empleado el cargo que Alan desempeñaba, y aunque un tanto temeroso se avino a obedecer sin protesta alguna.

Momentos más tarde se encontraban ambos ante el cerrado piso.

Alan dejó caer su recio cuerpo sobre la puerta, luego de haber tomado impulso; saltó la cerradura y la entrada quedó expedita.

Los dos hombres se precipitaron en el interior. Pronto se ofrecieron ante ellos las demostraciones visibles de lo acaecido.

—¡Algo grave ha pasado! —tartamudeó el portero, sin saber siquiera lo que decía y notando que las piernas le temblaban.

Alan no le prestó atención alguna. El maremágnum en que,

estaba convertido el despacho le hizo presentir los más tremendos horrores.

Apretados los dientes, centelleantes los ojos, comenzó a recorrer habitaciones, sin saber a ciencia cierta lo que se proponía. De pronto se detuvo y ahogó una exclamación de horror y asombro: Caída en el suelo de un dormitorio, había una mujer.

Bretty se inclinó sobre ella y la reconoció al punto: era Alice, la doncella de Addy. Estaba muerta, rígida, fría. De un golpe brutal le habían fracturado la base del cráneo.

El portero, que le había seguido, lanzó un grito estridente:

—¡Alice!

—Alice, sí —masculló Alan, cuyo semblante se había endurecido como si fuese de piedra.

—¿Está… muerta?

—Lo está.

Hubo una breve pausa. Bretty esforzóse, sin conseguirlo, en cerrar los muy abiertos párpados de la infeliz. Luego la tomó en sus brazos y la depositó en el lecho próximo.

—¡Esto es monstruoso! —logró añadir el galoneado acompañante del joven, realizando un inaudito trabajo para echar las palabras del cuerpo y apartando la vista del cadáver, aunque volvía a fijarla enseguida en el mismo contra su voluntad.

Alan se pasó repetidas veces la mano por el rizoso cabello. Necesitaba dominarse, recobrar su aplomo, pensar con calma. Lo consiguió tras algunos minutos y sin hacer caso de las exclamaciones cada vez más frecuentes del portero, ordenóle imperioso:

—Baje y telefonee en mi nombre al Departamento de Policía. Informe de lo ocurrido y haga constar que espero aquí.

El pobre hombre salió tropezando y respiró a gusto tan pronto como se encontró un poco lejos del lugar del crimen.

Alan, colocándose por encima de su propio dolor, hizo una poderosa llamada a su voluntad para dejar relegado a segundo término el hecho de que la mujer desaparecida fuese su futura, esposa. Surgió en él el inspector del Departamento Especial de Justicia, dispuesto a investigar un caso misterioso.

Sabía bien que situándose así, esto es, enfocando la cuestión fría

y desapasionadamente, le resultaría más fácil percibir los detalles que pudieran conducirle a la verdad.

Lo escudriñó todo palmo a palmo, si bien le resultó imposible hallar nada que esclareciese los hechos.

Media hora más tarde, el inspector Hart, del Departamento de Policía, acompañado de dos agentes, se personó en la casa. Conocía y admiraba a Bretty, con el cual uníale buena amistad y le estrechó la mano, condolido.

—Esperemos que a la señorita Addy no le haya sucedido nada irreparable —exclamó cuando hubo escuchado las explicaciones del joven.

—Yo no me atrevo a esperarlo —respondió este—. Si, como todo hace suponer, la han secuestrado, temo no volver a verla viva. Lo que sí le digo es que… poco he de poder si no hago pagar caro este crimen.

Hart no pudo menos de maravillarse ante la serenidad de que daba muestras aquel hombre a pesar de llevar la noche en el alma.

Tras dejar a los policías encargados de los trámites procedentes para el levantamiento del cadáver, trasladóse Bretty al Departamento Especial de Justicia. No tuvo que esperar para que le recibiese Frank Hayword, Director del mismo.

—¿Qué desea el as de los futbolistas norteamericanos? —preguntó jovial apenas tuvo al joven en su presencia.

—Es el inspector Bretty quien viene a visitarle —respondió el joven con acento ronco.

—¡Caramba, muchacho! ¿Qué le ocurre?

Alan le dio cuenta del suceso y terminó diciendo:

—Deseo que me releve de todos mis compromisos y me permita consagrarme por entero a este caso.

—De acuerdo.

—Gracias.

—No me las dé. Usted conoce mejor que muchos nuestra férrea disciplina. Los asuntos particulares han de ser pospuestos siempre a los de interés general. Si su prometida fuera otra persona cualquiera, tendría yo que estudiar la posibilidad de complacerle o no; pero se trata de la gran investigadora Addy Ball y nada más lógico que encomiende la misión de encontrarla al inspector Alan

Bretty, cuya capacidad está harto demostrada —hizo el muchacho una leve inclinación de cabeza y Hayword añadió—: ¿Qué ha hecho y qué piensa hacer de modo inmediato?

—Lo he mirado todo sin encontrar nada que me oriente. Conviene que los técnicos en huellas se trasladen en seguida al lugar del crimen por si los malhechores hubieran dejado alguna en un descuido. Entretanto quisiera repasar las fichas de todas las personas sospechosas de espionaje que tengamos catalogadas.

—¿Opina usted que la señorita Ball ha sido víctima de los elementos que operan entre tinieblas?

—Temo que haya sido víctima de su fórmula “2 × 2”.

—Es muy posible. Quedan a disposición de usted todas las secciones. Voy a llamar al F. B. I. para que asimismo le den el mayor número de facilidades. Ocúpese personalmente de enviar a los técnicos.

Durante varias horas, Bretty permaneció entregado al estudio de cuanto le interesaba. Diríase, al verle tan sereno, que carecía de nervios, que el asunto en cuestión se reducía a un “caso” más para él. Y sin embargo por dentro se sentía roto, como si la esencia de su vida se hubiera evaporado.

Le llegó el informe de los técnicos: No se había encontrado ninguna huella delatora. Los espías operaron con los guantes puestos desde el principio hasta el fin.

De entre las fichas seleccionadas, Alan, fijó su atención preferentemente en la que correspondía a un tal Benito Parquini, italiano de complicados antecedentes, quien había recorrido numerosos países sin causas bastante admisibles que lo justificaran.

No se le había podido probar nada hasta entonces, pero sus relaciones con elementos extranjeros de dudosa conducta eran sospechosas y el Departamento Especial de Justicia no le perdía de vista.

El hecho de que Bretty se fijase en él con insistencia debióse a que recordó habérselo encontrado varias veces en los últimos días, yendo con Addy. Incluso hubiera asegurado que le vio cruzar un momento la noche anterior en el Rainbow Boom.

Bretty tomó nota de sus señas: el número 88 de la calle Mott, calle que, con la Mell y Pell, forma lo que pudiera llamarse el contrafuerte del barrio chino de Nueva York.

Bajó. El auto le esperaba a la puerta. Dio la dirección deseada al chofer y se arrellanó en el asiento trasero.

Estaba ya avanzada la noche. Había desaparecido la típica neblina, mezcla de humo, vapor y cemento, que frecuentemente llega a hacerse molesta.

El auto enfiló por fin la calle deseada, solitaria y triste a aquella hora. Costaba trabajo reconocer en ella la especie de bazar oriental, cuajado de porcelanas, joyas de jade, restaurantes y puestos de verduras exóticas que es durante el día.

Alan echó pie a tierra y entró decidido en el número 88.

Otro coche, que había venido siguiendo al Rolls, se detuvo a pocas yardas de este.

Descendieron dos hombres, uno de los cuales quedóse rezagado mientras el otro se acercaba al chofer de Bretty.

—Por favor —pidióle—, ¿quiere indicarme cuál es la calle Mell? Sé que está por aquí cerca, pero no consigo orientarme. Este endiablado barrio, de noche, equivoca a cualquiera.

—Desde luego —respondió el interrogado—. Hay que conocerlo bien para no perderse. Tuerza hacia la izquierda y…

No pudo seguir hablando. El otro desconocido se le había acercado por el lado opuesto y con la culata de una pistola le descargó un terrible golpe en la nuca.

El infeliz cayó hacia adelante, medio muerto.

Con seguridad y rapidez le cogieron entre ambos y le llevaron hasta un derribo próximo, donde le despojaron del uniforme, que uno de los malhechores se apresuró a vestirse. Acto seguido se colocó ante el volante, mientras el otro quedaba agazapado detrás del Rolls.

Pocos minutos después reapareció Alan. No había encontrado a Parquini en casa. La criada le dijo dónde acaso podría hallarle y pensaba continuar la búsqueda.

—¡A la “pequeña Italia”! —ordenó, mientras abría la portezuela.

En el momento de inclinarse para entrar, recibió un fuerte porrazo en la cabeza y cayó de bruces. El malhechor oculto, que era quien le había agredido, le empujó como si se tratase de un fardo y penetró tras él.

Arrancó el auto; pero en el mismo instante apareció un coche de

la policía al que un armenio, testigo involuntario y oculto del suceso, acababa de encontrar y dar la alarma.

Inicióse la persecución. El coche policial hizo sonar la sirena que rasgó estridentemente el silencio de la noche.

El miserable que había golpeado a Bretty no titubeó. Utilizando una pistola ametralladora hizo fuego graneado a través de la ventanilla trasera del Rolls.

El chofer del auto perseguidor inclinó la cabeza sobre el volante. Una bala se le había clavado entre los ojos.

Antes de que sus compañeros tuvieran tiempo para apartarle y ocupar su puesto, el magnífico Rolls, desplegando toda la velocidad de que era capaz, se perdió calle arriba. Solo cuando estuvo muy lejos del lugar del crimen, aminoró la marcha hasta hacerla normal para no llamar la atención de nadie.

Dentro ya de Batery Place, en un lugar convenido, y nada frecuentado, detuviéronse los asesinos a la vista de un camión que les aguardaba.

Varios hombres salieron del mismo.

—¿Lo traéis? —preguntó uno de ellos.

—Sí. Poco ha faltado para que no lleguemos ninguno, pero aquí está.

En cuestión de momentos fue trasladado el exánime cuerpo de Alan, al interior del otro vehículo, al cual subieron todos.

El Rolls quedó abandonado.

El camión, sin prisas, con la marcha normal de cualquier inofensivo armatoste, se puso en movimiento.

CAPÍTULO IV

ALAN rebuscó maquinalmente, por enésima vez, un cigarrillo entre sus ropas aun a sabiendas de que no iba a encontrarlo. Le habían desposeído de todo cuanto llevaba encima.

Se levantó vacilante y realizando grandes esfuerzos para contener los gestos que el dolor le marcaba.

¡Con cuánta saña le habían golpeado sus cobardes enemigos, sobre todo al observar que él, no obstante su situación, se revolvió como una fiera dispuesto a morir matando!

Pero eran muchos para un hombre solo, máxime para un hombre que desde el principio se encontraba en inferioridad de condiciones como consecuencia del porrazo que le dieron en la cabeza al apresarle.

Puso fuera de combate a un par de canallas. Los demás se le arrojaron encima como manada de lobos y no pararon hasta dejarle en el suelo, sangrante y sin conocimiento otra vez.

Ignoraba el tiempo transcurrido desde entonces. Solo sabía que al despertar creyó encontrarse en un abismo sin fondo y taladrado por puñales.

Daba por seguro que su final había llegado. Lo que no se explicaba era el motivo por el cual no le habían rematado aún.

No sintió miedo. Desconocía lo que este era. Muchas veces, en el transcurso de su joven y accidentada vida y sobre todo, desde que entrara a formar parte del Departamento Especial de Justicia, ponderó la posibilidad de sufrir una muerte violenta y solo tuvo para ella una sonrisa de desdén. En distintas ocasiones se vio metido en serios peligros sin que su manera de pensar y sentir sufriese variación alguna. Ahora le sucedía igual.

Ni siquiera deseó que le matasen pronto y pusieran con ello término a sus torturas. Sabía soportar el dolor físico como pocas

personas y tenía la certeza de sufrirlo sin que sus verdugos pudieran gozarse oyéndole un solo grito. ¡Era un maravilloso atleta tanto corporal como moralmente!

El único sentimiento que le dominaba llamábase “ira”, una ira sorda, incontenible hacia los criminales que se reunían en pandilla para ensañarse con él.

Lo que hubiera dado por irlos recibiendo de uno en uno… ¡o de dos en dos!

Estaba seguro de que, a pesar de su estado calamitoso, haría morder el polvo a muchos antes de que consiguieran abatirle. Pero enfrentarse con diez hombres al mismo tiempo, como antes hiciera, solo podía conducirle al fracaso desesperante.

Dijóse que estaba en la obligación ineludible de serenarse, controlar sus nervios, tratar de ver claro aun en medio de su dificilísima situación.

De que habían decretado su desaparición del mundo de los vivos no le cabía duda; pero ¿por qué? ¿Solo porque pertenecía al Departamento Especial de contraespionaje o por algo relacionado con la desaparición de Addy?

Fue este pensamiento último el que le hizo ver la necesidad de recobrar la sangre fría. Quizá, si no estaba descaminado, se le pudiera presentar ocasión de ser útil a la mujer idolatrada, pues en realidad antojábasele muy significativo el hecho de que les hubieran secuestrado a ambos dentro de las mismas veinticuatro horas. Cabía en lo posible que se tratase de una simple casualidad, pero…

Rememoró todas las enseñanzas recibidas en la Academia creada por la organización a que pertenecía, enseñanzas que comprendían desde la educación física en todos los aspectos hasta la estructuración espiritual de los alumnos.

Como si las heridas y magullamientos que le tachonaban carecieran de importancia o pertenecieran al cuerpo de otra persona, quiso hacer unos cuantos ejercicios gimnásticos para, dentro de lo posible, volver a ponerse “en forma”. No pudo más que iniciarlos. Los dolores eran demasiado intensos para vencerlos de aquella manera.

Se dejó caer pesadamente, recostando la espalda contra la pared, y permaneció un buen, rato inmóvil con el propósito de ir

poco a poco recobrando energías.

Luego, lentamente, se fue friccionando los músculos.

Algunas, de las pequeñas heridas recibidas mostraban la sangre coagulada.

Se quitó la camisa, arrancó de ella unos trozos y se vendó lo mejor posible los sitios afectados.

Por fin se encontró un tanto más repuesto y pudo realizar flexiones elementales para desentumecerse y recobrar en parte su malparada agilidad.

Recorrió muy despacio el calabozo en que se hallaba, el cual recibía escasa luz por un pequeño ventanuco enrejado, cerca del techo.



Recorrió muy despacio el calabozo en que se hallaba.

Aunque sin tener fe en lograr ningún resultado satisfactorio, golpeó suavemente las paredes, palmo a palmo, por si encontraba algún trozo que diera la sensación de oquedad y le permitiese abrir brecha cuando hubiera recuperado mayores alientos.

Aquella tarea, como ya sospechó desde el principio, resultó

vana. El calabozo estaba formado por muros recios, sin el menor fallo.

Concentró su atención en el ventanuco: ¡si pudiera llegar hasta allí y mirar!…

Conocía muy bien Nueva York y confiaba en que si conseguía echar una ojeada hacia el panorama que pudiera divisarse, se orientaría lo bastante para saber dónde se encontraba y volver… en el caso de que escapara con vida.

En la Academia se había distinguido, entre otras cosas, como gran saltarín; a buen seguro que de no encontrarse tan magullado le sería relativamente fácil convertir sus músculos en muelle impulsor y llegar hasta el hueco; pero ¡estando como estaba!…

No se dio, sin embargo, por vencido: hizo un esfuerzo prodigioso y saltó; mas, lejos de alcanzar la meta, solo consiguió que se le volvieran a abrir las heridas y que el sufrimiento físico se le hiciera inaguantable.

Volvió a quedar en el suelo, sin movimiento durante otro largo espacio de tiempo.

Se le ocurrió entonces una solución desesperada: escribir un mensaje, envolver en el mismo uno de sus zapatos, ya que no disponía de ningún otro objeto duro, y arrojarlo a través del ventanuco por si tenía la suerte de que fuese a parar a manos honradas que quisieran ayudarle y lo llevaran a poder de la policía. Esta haría una investigación en todos los alrededores donde tal mensaje fuera encontrado y quizá…

Pero no le habían dejado nada con qué escribir ni disponía de papel alguno.

Era, a pesar de todo, muy difícil que un inspector del Departamento Especial de Justicia considerase fallidos todos los recursos.

Arrancó una de las mangas de su camisa, buscó la parte menos manchada, la expendió sobre el poyete y luego de escarbar con el dedo índice en una de sus heridas, empezó a escribir.

Resultaba una tarea dolorosa, pero el muchacho la fue realizando sin decaer un instante.

No pudo terminar.

Rechinó un cerrojo; una llave dio vueltas en la cerradura y la

pesada puerta de hierro giró sobre sus goznes.

Seis hombres, empuñando revólveres, aparecieron en el umbral.

Guardó Alan precipitadamente el trozo de camisa en uno de los bolsillos, pero no tan pronto que su acción dejara de ser descubierta por el enemigo que venía delante, el cual ordenóle:

—Levanta los brazos y no intentes resistirte si quieres evitar que te acribillemos ahora mismo.

De no haberse predispuesto poco antes Bretty a conservar la calma a toda costa en espera de que los acontecimientos le deparasen alguna oportunidad, se hubiera lanzado sobre los que llegaban aun a trueque de que le rematasen; pero firme en aquella su determinación última, les acogió con una sonrisa despectiva y obedeció el mandato.

—¡Vaya! —comentó el que acababa de hablar—, parece que vas volviéndote más razonable —avanzó hacia el muchacho y con la mano izquierda le sacó del bolsillo la manga de la camisa, de la cual asomaba un trozo. Sarcástico, exclamó—: ¿Has resuelto cambiar de sitio las prendas de vestir? —pero apenas hubo dirigido la mirada a la tela, vio las palabras ya escritas con sangre y arrugó el ceño agresivamente. Tentado estuvo de lanzarle un puñetazo al rostro. Si no lo hizo obedeció a la experiencia que ya tenía de cómo las gastaba el prisionero y a la necesidad de cumplir la orden de no matarle que había recibido de la superioridad.

Todos los malhechores habían penetrado en la reducida estancia y rodeaban a Bretty.

Añadió el que llevaba la voz cantante:

—¡Un curioso, aunque no nuevo procedimiento epistolar! Lástima que te lo hayamos estropeado, ¿eh? Bueno, sal delante y cuidado con lo que haces. A la menor tontería te romperemos la cabeza.

Alan no se dignó responderle. Más que odio era repugnancia lo que le inspiraban aquellos tipos.

Avanzó por un corredor estrecho y tortuoso; subió varios tramos de escalera; tornó a avanzar y ascendió luego por otra escalera más ancha. Tras él, con les cañones de las armas a pocos centímetros de su cuerpo, le seguían los miserables.

La puerta ante la cual remataban los peldaños se abrió sin

necesidad de que nadie llamase.

Bretty se encontró en una habitación amueblada con lujo y gusto relativo.

—¡Sigue adelante! —conminóle el jefecillo.

Hizo el muchacho lo que se le exigía y, tras cruzar varias estancias, se halló ante otra puerta cerrada, sobre la cual tocó con los nudillos uno de sus acompañantes.

La entrada quedó libre.

Bretty sintió que le empujaban. Dio un traspié y se halló dentro de un despacho.

Los que le habían conducido hasta allí permanecieron fuera, a excepción del jefecillo.

Aunque el joven no solía exteriorizar fácilmente sus emociones, no pudo menos de hacer un leve gesto de sorpresa: la persona ante la que se veía era una mujer; una mujer de gran belleza por cierto. Frente a ella, arrellanado en cómodo sillón, un hombre mordía la punta de un grueso cigarro.

El acompañante de Alan avanzó hasta la mesa ante la cual sentábase Sonnia, pues no otra era la dama, la cual le miró interrogándole fríamente:

—El "pájaro" se disponía a escribir con sangre —explicó. Y puso ante los ojos de la inspectora el pedazo de camisa.

—¡Ah! —fue el simple comentario de Sonnia, quien agregó enseguida—: Está bien. Retírese.

El secuaz apresuróse a obedecer, con muestras inequívocas de respeto.

La puerta volvió a cerrarse.

Bretty notó que le observaban con interés y curiosidad. Sostuvo la mirada de ambos, alternativamente, y permaneció inmóvil.

—Cuando se entra en una habitación donde hay personas, el saludo es cosa elemental —dijo al fin, reconviniéndole irónico el hombre del habano.

—Deje tranquilo a nuestro "huésped", Kirk —aconsejó Sonnia —. Bastante le han mareado ya —añadió, dirigiéndose al joven—: Aproxímese, señor Bretty.

El interesado avanzó despacio.

—Compruebo que le han tratado con dureza —siguió diciendo

Sonnia—, y lo lamento. Nuestros muchachos tienen la mala costumbre de “preparar” a las personas que no les son gratas tan pronto como las tienen en su poder. Creen que así las predisponen a ser dóciles. A veces se equivocan, pero, por lo general, aciertan. Hubiera querido evitar ese “trámite” con usted, más no lo he sabido a tiempo.

Mentía con gran aplomo, aunque no engañó a Alan, quien sabía perfectamente que en todas las bandas organizadas al margen de la ley no se hace nada sin la previa autorización de los superiores y, a juzgar por las apariencias, se encontraba ante los jefes de aquella.

Sonnia agregó tras corta pausa:

—Se me ha dicho que ha devuelto usted gran parte de los golpes, o lo que es igual, que es un gran rebelde, y voy a darle un consejo: abandone esa actitud. Conservándola no obtendrá más que perjuicios propios y graves. Está usted en nuestras manos, sin que sus músculos puedan servirle de gran cosa; sin que le quepa aguardar ayuda exterior. Este heroico mensaje que se disponía a lanzar hubiera caído en nuestro poder indefectiblemente. Y ahora, después de este pequeño preámbulo que, le aseguro, no tengo costumbre de prodigar, dígame: ¿se dispone a ser sensato y complacernos?

Alan había tenido tiempo de dominarse imponiendo los mandatos del cerebro sobre el resto de su ser, y repuso sencillamente;

—Dependerá de lo que quieran de mí.

—No me ha entendido, joven. Sea lo que sea, deberá usted acceder, a menos que haya perdido por completo el amor a la vida.

Con la mayor naturalidad, respondió Bretty:

—De la vida me he despedido hace ya rato.

Aquella irrefutable demostración de entereza, de valentía, exenta de jactancias, impresionó a Sonnia y a Jesse.

Ella replicó, disimulando el efecto recibido:

—Ha sido prematura esa despedida de usted. Siéntese —Alan lo hizo en la silla que se le indicaba—. ¿Un cigarrillo?

Hubo de hacer un esfuerzo para resistirse a la tentación, pero lo llevó a cabo y repuso:

—No, gracias.

Sonnia advirtió la momentánea lucha interior del oven y llevándose a los labios uno de los cigarrillos, dijo, mientras lo encendía pausadamente:

—No están envenenados, se lo aseguro.

—Lo creo. Para matarme no tienen necesidad de recurrir a eso.

—¿Entonces…?

—Es que no quiero fumar… a menos que me devuelvan mi propio tabaco.

Kirk se movió nervioso en el asiento. El comportamiento de Bretty le sacaba de quicio. De buena gana hubiera castigado violentamente lo que en su fuero interno calificaba de inaguantable osadía. Sonnia le contuvo con un ademán y replicó al prisionero:

—Compruebo que no han exagerado al calificarle de rebelde… de indómito. Siente verdadera ansia de fumar y, sin embargo, renuncia por no admitir nada mío —abrió un cajón, buscó en él y sacó una pitillera de oro con iniciales de brillantes. Entrególa a su interlocutor, agregando—: Creo que eso es suyo.

Bretty, sin exteriorizar la grata sensación que acababa de recibir, tomó lo que se le ofrecía, encendió un pitillo y aspiró el humo con fuerza.

—¿No me da las gracias? —inquirió ella.

—Si cree usted que estoy obligado a hacerlo…

—No, no lo está.

—Entonces, gracias.

Los túrgidos labios de Sonnia se entreabrieron y por ellos jugueteo un conato de sonrisa. De minuto en minuto, aquel hombre le iba resultando más y más interesante.

Recobró pronto su frío gesto.

—El tabaco ayuda a reflexionar —dijo—. Por eso le he entregado el suyo. Necesita usted pensar despacio y pronto en la conveniencia de avenirse a lo que necesitamos.

—La escucho.

—Existe una fórmula llamada “2 × 2”. ¿Qué sabe usted de ella?

Alan arrugó el entrecejo. Ya no le cabía duda. El secuestro de Addy y el suyo estaban estrechamente relacionados y era la citada fórmula el lazo que los unía. Volvió, no obstante, a recobrar su calmosa actitud y sin apartar los ojos de los de su interlocutora

respondió escuetamente:

—Sé eso: que existe.

—¡Ya! No es mucho. Nosotros necesitamos poseerla…

—No me sorprende.

—… y queremos que usted nos la proporcione.

—¿Yo?

Hizo Bretty un gesto de extrañeza tal que inquietó un tanto a sus enemigos, si bien Sonnia recobró pronto la confianza en cuanto hacía: Dado que no se encontraba ante un hombre vulgar, no debía sorprenderse de que este poseyera las dotes necesarias de comediante para expresar lo que le conviniera.

—Usted, sí —contestó con aplomo—. Tenemos razones para creer que su prometida, la señorita Addy Ball, le ha hecho depositario de su secreto.

Alan, mientras tragaba otra buena dosis de humo, impuso a su cerebro un trabajo intensivo.

Daba como seguro que Addy se encontraba a merced de aquellos espías y las palabras de Sonnia le hicieron admitir la posibilidad de que aquella, para librarse de las torturas a que la estuviesen sometiendo, hubiera dicho que no recordaba la fórmula y que esta obraba en poder del que iba a ser su esposo, creyendo que no osarían acercársele.

Si había acertado en sus suposiciones, estaba decidido a soportar todos los tormentos para evitárselos a la novia querida.

No se precipitó, sin embargo.

—Dice usted —replicó— que tiene razones para creer que conozco ese secreto…

—Exactamente.

—Me divertiría conocerlas.

—¿De verdad? ¿Encontrará usted divertido saber que tenemos a Addy Ball en nuestras manos?

Clavó la obscuridad de sus pupilas en el acerado gris de las de Bretty, el cual permaneció inconmovible, sin que se le alterase un solo músculo.

Aplastó el muchacho la punta del cigarrillo en el cenicero y mientras encendía otro, replicó:

—No; no lo encuentro divertido, ni siquiera sorprendente. Hace

horas que he supuesto lo que acaba usted de decirme como gran novedad.

De nuevo asaltaron temores a los dos “capitostes” de la organización: si aquel hombre recibía de modo tan impasible la noticia de la prisión de su novia, con todo lo que tal prisión llevaba aparejado, era que la amaba poco y apenas le interesaba su suerte, en cuyo caso mal podrían utilizarla para hacerle declarar. Pero, de nuevo también, Sonnia tomó a ponderarle adecuadamente y a afianzarse en su creencia de que se hallaba ante un ser superior.

Jesse, cuyo cerebro era bastante más tosco, exclamó sin poder contenerse más tiempo:

—¿Para qué entretenerse en diálogos? Lo mejor será que le llevemos junto a su novia…

Se interrumpió, sin completar lo que iba a decir. La mirada hiriente de Sonnia le dejó como clavado en el asiento.

—No me moleste —repuso esta, dejando caer las palabras como si fueran gotas de plomo derretido—. Soy yo quien lleva la dirección del asunto. Me agrada hablar con este hombre. Limítese usted a permanecer ahí por si le necesito.

El subjefe barbotó una excusa y mordió con saña la colilla del habano.

Sonnia, cambiando de tono, dirigióse otra vez a Bretty:

—Celebro poder ahorrarme explicaciones. Posee usted una gran perspicacia. Sí, su amada está con nosotros; pero se encuentra mal… ¿comprende? Parece ser que nuestros métodos la han afectado mucho y su cabeza no rige como quisiéramos. En resumen: no se halla en condiciones de trasladarnos la confidencia que deseamos y a ello se debe el secuestro de usted. Hemos creído que a fuerza de caballero galante y enamorado, se avendría a satisfacer nuestros anhelos… a cambio de su propia vida y la de esa bella investigadora.

Alan hubiera jurado no haber tenido, en todo el tiempo que contaba de existencia, necesidad de realizar un esfuerzo tan grande como aquel para contenerse.

Su cuerpo entero se había puesto en tensión; se abrieron y cerraron sus dedos ansiando hundirse en la garganta del monstruo con figura bella que tenía ante sí.

Sonnia, como jugando, dejó caer la mano sobre la pistola que, a su alcance, había en la mesa; Kirk, sin disimulo, empuñó la que llevaba en el bolsillo derecho de la americana.

Se produjo un instante de tenso silencio que rompió el joven, demostrando y demostrándose hasta qué extremos de dominio era capaz de llegar cuando se lo proponía. Manteniendo en la comisura de los labios el cigarrillo, guiñando el ojo atacado por el humo y conteniéndose la sangre de la herida recién abierta, dijo en tono casi humorístico:

—Soy un muchacho impresionable. Cabe en lo posible que si viera a mi novia me emocionara, y la emoción desatase mis ganas de hablar.

Sonnia se dio perfecta cuenta, más que en ningún momento hasta entonces, de la asombrosa calidad moral del hombre que tenía delante y en su fuero interno le rindió un tributo de admiración.

Su rostro no expresó nada.

Imitando el acento humorístico de Bretty, respondió:

—Si usted es impresionable, nosotros somos complacientes. Vamos a proporcionarle esa satisfacción que desea.

Se puso en pie. Jesse la imitó. Alan fue el último en levantarse. Aunque lo disimulaba bien, hallábase hondamente emocionado como consecuencia de lo que acababa de oír.

Sin que se viera a la mujer pulsar timbre alguno, la puerta de entrada tornó a abrirse y, bajo el dintel, reaparecieron los hombres que poco antes condujeron al preso hasta aquel despacho.

—Noto —dijo este, mordaz— que se adoptan algunas precauciones para tratar conmigo.

—Le rendimos los honores que merece —replicó Sonnia, cáustica también. Y enseguida añadió, envolviendo las palabras en dureza agresiva—: Preste atención a lo que voy a decirle: vea lo que vea, y oiga lo que oiga, manténgase sereno y evite toda agresividad. Hay muchos ojos fijos en usted, muchas manos que le encañonan y disfrutarían apretando el gatillo; a medida que avancemos aumentará el número de unos y otras, aunque nada vea. Pues bien: si se deja llevar por su temperamento impulsivo, usted, la señorita Addy Ball… o los dos, sufrirán las consecuencias. ¡En marcha!

Alan se escalofrió, imaginando que iba a presenciar un cuadro terrible del que Addy sería la figura central. No podía encontrarle otra explicación a la advertencia que acababan de hacerle. Y no renovó el firme propósito de mantenerse inconmovible. Ignoraba hasta qué punto le iba a ser posible contenerse si, como suponía, veía a Addy sometida a tormento.

Kirk se colocó a la cabeza de los espías, entre los cuales fue colocado Alan, y Sonnia avanzó tras ellos.

Minutos más tarde detuviéronse todos ante la puerta del laboratorio.

Sonnia hizo una leve seña a Kirk, el cual penetró y volvió enseguida acompañado de Goodis.

—¿Cómo está la paciente? —preguntó la inspectora, subrayando la última palabra.

—En este momento duerme —contestó el médico.

—¿Cree usted que se halla en condiciones de recibir nuestra visita?

—Sí, desde luego.

Durante el breve diálogo, Alan vivió segundos de intensidad indescriptible. El hecho de que llamasen “paciente” a Addy y de que se albergaran dudas sobre si estaría o no en condiciones de ser visitada, aumentó su miedo por lo que a la novia amada le hubiera ocurrido.

Colocóse ahora Sonnia delante de todos, y dijo a Bretty:

—Sígame.

Precedidos por Goodis entraron.

El inspector del Departamento Especial de Justicia se mordió el labio inferior hasta que brotó la sangre, a fin de contener el grito que le brotó de la garganta al descubrir el lecho con el cuerpo de Addy.

Sobre la almohada reposaba el pálido rostro de la joven investigadora, la cual tenía cerrados los ojos y abiertos los labios en un anhelo de recoger más aire para sus atormentados pulmones. El largo cabello rubio estaba revuelto, sudoroso, pegado al cutis en muchos sitios como consecuencia de lo que su poseedora se había debatido bajo el poder de los verdugos.

A pesar de la enorme entereza que Sonnia poseía experimentó

un ligero estremecimiento al recibir la mirada dura, brillante, de Alan, quien sordamente rugió:

—¡Miserables! ¿Qué han hecho con esta mujer?

La inspectora se repuso en el acto; contuvo con un ademán enérgico el movimiento agresivo de sus compinches y repuso fríamente:

—No tomo en cuenta ese insulto dictado por la excitación que en vano trata de disimular. Su novia ha sufrido, no lo niego; pero está a tiempo de salvarse si usted accede a lo que necesitamos. En cambio, si se niega usted, morirá.

El sonido de la voz amada repercutió en lo más hondo de Addy, la cual se removió en el lecho, lanzó un suspiro entrecortado y parpadeó repetidas veces cual si no pudiera dar crédito a lo que veía.

—¡Addy, mi vida! —exclamó el joven, acercándose al lecho sin que nadie intentara impedírselo.

—¡Alan! —sollozó la infeliz—. ¡Has venido!… ¡Oh, estaba segura de que acudirías en mi ayuda!…

Bretty notó que su angustia mortal aumentaba al darse cuenta de que la joven no había advertido su situación de prisionero y le creía llegado para salvarla.

Los espías cambiaron entre sí breves sonrisas significativas mientras los enamorados se abrazaban y besaban desesperadamente.

Jesse, obedeciendo una indicación de Sonnia, les tocó en los hombros induciéndoles a separarse.

—¿Qué significa esto? —inquirió la joven investigadora, empezando a comprender.

—Escucha, pequeña —repuso Alan—. Estoy, como tú, a merced de esta gente; pero no debes apurarte mucho. Todo se resolverá…

—Desde luego —intervino Sonnia—. Todo se resolverá tan pronto como den ustedes pruebas de sensatez. Díganos uno u otro la fórmula “2 × 2” y quedarán en libertad.

—¡No hagas caso, Addy! —apresuróse a recomendar Bretty—. Esta gente está decidida a matarnos de todas las maneras. Los espías no perdonan a quienes les han identificado. Pero aunque no fuera así, nada valen nuestras vidas en comparación con lo que

pretenden.

—Estoy de acuerdo contigo, Alan…

Jesse se adelantó preguntando al joven:

—¿Está usted dispuesto entonces a presenciar como acabamos con su pro…?

No pudo terminar la frase. Bretty, olvidándose del estado débil en que se encontraba aún, desentendiéndose de la importante superioridad numérica formada por sus enemigos, saltó sobre el segundo jefe de la banda y de un formidable directo a la mandíbula le hizo caer sin conocimiento.

Todos los demás le atacaron. Se defendió él de manera heroica, prodigiosa. Se había convertido en una máquina de fabricar puñetazos.

Sonnia, desde un ángulo, contemplaba la sin igual pelea, sintiendo crecer la admiración que le inspiraba aquel extraordinario atleta, aquel hombre poco común que desconocía el miedo y no hubiera vacilado en enfrentarse con todo un ejército aun a sabiendas de que lo triturarían.

La lucha fue larga, pero el final llegó.

Eran demasiados contra uno.

Alan, luego de haberse levantado varias veces cuando parecía ya un gigante roto, no pudo alzarse más.

Sangrante, sin sentido, quedó al pie de la cama.

—¡Basta! —ordenó Sonnia a sus secuaces, quienes tuvieron que violentarse mucho para obedecer y no seguir ensañándose en el cuerpo examine.

Jesse acababa de volver en sí y al darse cuenta de la situación hizo ademán de lanzarse también sobre el vencido.

La voz de la inspectora tronó de nuevo:

—¡Quieto, Kirk!

—¡Es que…!

—¡Quieto, he dicho!

El subjefe se detuvo jadeante. Relampagueaban sus ojos. Hizo chocar entre sí los crispados puños ante la imposibilidad de descargarlos sobre Bretty.

Addy había contemplado la lucha con un gesto de indecible horror marcado en el semblante, lanzando gritos, tapándose los

ojos, volviendo a mirar y suplicando clemencia.

Los espías, observaban a Sonnia con visibles muestras de desagrado. Las pupilas de todos reflejaban el ansia de matar.

—¿Qué es lo que vamos a hacer con él? —inquirió Jesse, sin despegar apenas los apretados dientes.

—Eso dependerá de esta muchacha —taladró con las pupilas a Addy al mismo tiempo que añadía—: Antes he ofrecido a su novio la vida de usted con tal de que hablase; ahora se cambian las tornas: es a usted a quien ofrezco la vida de él si se decide a revelarnos su secreto.

La infeliz se retorció las manos sin contestar. Todas las torturas sufridas hasta entonces significaron poco comparada con la que le producía aquella proposición.

—¡Piedad!… ¡Tengan piedad de nosotros!…

—La tendremos si confiesa —la voz de Sonnia se hizo más suave, casi persuasiva—: A pesar de lo que su novio le ha dicho, le doy mi palabra de que les dejaremos libres y vivos tan pronto como usted nos haya trasladado la fórmula que nos interesa y comprobemos que responde a la verdad.

—¡Oh!…

—En cambio, si continúa resistiéndose, todo lo habrá perdido. Presenciará la muerte de él y sufrirá luego la propia.

—No puedo… ¡No debo!… —respondió la víctima. Pero su tono era ya vacilante.

Así lo comprendió la espía, quien dulcificando más aún el acento insistió:

—No sea terca… Considere que puede ganarlo todo… y perderlo todo también. De su cerebro deben esperarse grandes cosas… Aunque nos entregue esa fórmula, creará usted otras no menos grandes. Podrá seguir siendo útil a su patria y gozando el amor del hombre a quien adora.

Por un momento pareció que la torturada resolvía hablar; pero reaccionó enseguida, exclamando:

—¡No! ¡Nunca! ¡Es preferible que muramos los dos!

—¡Está bien! —barbotó la perversa mujer—. ¡Usted lo ha querido!

Personalmente aplicó el cañón de su pistola a la sien izquierda

de Alan.

Addy lanzó un grito inarticulado y cayó de espaldas, privada de sentido.

Hubo un momento de trágico silencio.

—¿Qué hace que no dispara? —preguntó Jesse, con impaciencia homicida.

Sonnia sonrió de manera espeluznante.

—¿Cree que estoy loca? —respondió—. Esto no ha sido más que una prueba. Con matarle ahora no adelantaremos nada. La muchacha no podrá seguir soportando las sesiones sucesivas… ¡y hablará!

—Pero…

—Llévense a este hombre a otra habitación —dijo, mirando a los otros secuaces—; pero a otra habitación que no tenga ventanas por las que pueda lanzar misivas escritas con su sangre. Es inconcebible el descuido que acerca de esto tuvieron.

Los subordinados, aunque contra su voluntad, aprestáronse a obedecer.

—Cuidado —advirtióles Sonnia— con maltratarle más.

—¿Eh?

—Le liquidaremos cuando sea llegado el momento, pero por ahora nos importa que viva. Vaya con ellos, doctor Goodis, y préstele su auxilio. No quiero que recobre el conocimiento aquí. Apenas haya terminado, vuelva para reanimar a esta mujer.

—Si no la atiendo antes a ella —replicó el médico—, dudo de que despierte

—Está bien. Procure darse prisa. Vosotros haced lo que os he dicho. No quiero que se vean más hoy. La duda sobre lo ocurrido influirá mucho en el ánimo de los dos.

Se llevaron a Alan.

Goodis se inclinó sobre Addy.

—Opino que estamos teniendo demasiadas consideraciones —protestó Jesse, sin fuerzas para dominar su iracundia.

—Fue usted quien propuso esto —repuso Sonnia.

—No creí que llegaríamos a tal extremo.

—De todos modos iremos hasta el final.

—Yo aconsejaría…

—No quiero consejos dictados por resentimientos personales. Olvídese del puñetazo que ha recibido y piense en la obligación que tenemos de supeditarlo todo al éxito de nuestra empresa.

—Está bien.

—Salgamos de aquí —se volvió a Goodis—: No conteste a ninguna de las preguntas que le haga ella cuando recobre el conocimiento. ¿Entendido?

—Entendido.

CAPÍTULO V

SONNIA, ante la frase mordaz que acababa de lanzarle Kirk, se levantó como impulsada por un resorte y golpeó la mesa con el puño a la par que preguntaba:

—¿Se atreve usted a censurarme?

El segundo jefe de la banda, al ver la actitud de su interlocutora, dejó de sonreír irónico y repuso:

—No se enfade. He ido un poco más allá de donde debo, pero no lo he podido remediar. Le pido perdón. Culpe a mis celos de todo.

—¡A sus celos!…

La exclamación de la mujer encerraba más burla que sorpresa.

—Sí —afirmó Jesse casi con humildad—. Estoy enamorado de usted, bien lo sabe. Su respuesta, a mis pretensiones ha sido siempre la misma: “No tenernos tiempo para el amor. Nuestra misión nos absorbe por completo”…

—¡Y así es!

—No estoy conforme. En toda vida, por ocupada que se halle, debe quedar siempre un hueco para lo que constituye la misión fundamental del ser humano. Siento la causa tanto como quien más, y sin embargo, me queda espacio para adorar a usted.

—¡Vamos, Kirk! Esas palabras resultan ridículas en su boca.

El subjefe se irguió, apresurándose a refutar:

—¡Cuando se quiere como yo la quiero, el ridículo queda tan anulado que no se le ve! Los grandes, los chicos, los buenos, los malos… todos se expresan de manera parecida ante el objeto de sus ansias —hizo una transición, para añadir—: Bien, olvide el modo de hablar, impropio de mis años, si quiere. “No tenemos tiempo”, ha dicho usted con frecuencia, como acaba de repetir. Yo, aunque

violentándome mucho, he hecho lo posible por acercarme a la resignación y esperar; pero ahora noto que su tiempo se estira hasta el punto de dejarle espacio para el amor… por otro hombre.

—¡Jesse!

—No estoy ciego. Está usted enamorada de Alan Bretty.

—¡Cállese!

—No puedo obedecerla, aunque a cualquier hora la obedecí en todo. Son varios los días que lleva aquí ese sujeto sin que hayamos adelantado un paso en nuestros propósitos, sin que usted se decida a que acabemos con él, sin que consienta que apliquemos a su novia la inyección última, del método “Goodis”. Teme usted que si matamos a la muchacha, el odio de Bretty aumente de grado, y…

—¡Silencio!

La voz de la inspectora tuvo estridencias impresionantes. Giráronle en las órbitas los grandes ojos obscuros. Todo su cuerpo parecía en tensión.

Kirk, aunque con suavidad, replicó sin amilanarse:

—No se ponga así. Aunque ocupemos distintas esferas en la Organización, nos asiste el mismo derecho a vigilarnos, a señalarnos las faltas mutuas…

—¡Y a castigarlas, cuando son perjudiciales, apelando a todos los medios! —interrumpióle Sonnia significativamente.

—Exacto —aprobó Kirk, haciendo con la cabeza un breve asentimiento—. Pero no se trata ahora de castigos, puesto que ninguno de los dos los merecemos, sino de analizar los problemas serenamente. Fíjese que hablo de “problemas”, porque es que en realidad son dos: el nuestro particularísimo, y el de interés general. Por lo que al primero respecta, solo puedo añadir que la quiero más cada día; que las ligeras esperanzas con que me ha favorecido a veces son la base de mi vivir; que confío en merecer su cariño, y que me siento devorado por los celos. En cuanto al segundo, estimo su actitud fuera de toda lógica. Seguimos ignorando la fórmula “2 × 2” sin que se haya apelado al último recurso para obtenerla… y continuamos reteniendo vivo y prisionero a Bretty, a pesar de que su padre debe regresar de un momento a otro.

Sonnia se pasó repetidas veces una mano por la frente. Al fin, recobrando el propio dominio, contestó con su cinismo habitual:

—Debo estarle agradecida, Jesse. Con su manera grosera de exponer los asuntos me ha hecho ver lo que yo no quería admitir. Sí; estoy enamorada… o en peligro, al menos, de enamorarme de ese hombre.

—¡Sonnia!

—Y eso no debe ser, ¡no puede ser! Aparte de que se trata de un imposible, equivaldría a una traición a nuestra causa, toda vez que nunca lograríamos atraérnoslo.

—Celebro que reaccione así, aunque me haya hecho daño esas palabras que confirman mis temores, estos temores fundados, no ya solo en lo que le he dicho, sino en su manera de mirar y hablar a Alan Bretty cada vez que le tiene delante; en sus órdenes poco apropiadas, de buen trato; en…

—¡Basta! ¿Para qué, seguir insistiendo? Ya le he declarado que me siento atraída por él, pero al propio tiempo le digo que voy a poner fin a mi naciente locura. Busque a Jackson y a Querbuck.

—¿Qué se propone?

—Va a saberlo enseguida.

Kirk, sin hacer nuevas preguntas, satisfecho del resultado de aquella entrevista, se dispuso a oprimir un timbre.

—¿Qué hace? —le atajó ella.

—Llamar…

—Le he pedido que vaya a buscarles.

—Pero…

—¿Es que no se da cuenta de que deseo estar sola unos minutos?

—¡Ah, comprendo! Perdone.

El subjefe abandonó el despacho. La inspectora de la Organización hundió la cabeza entre las manos y se entregó a sus reflexiones.

Sí; Kirk había puesto el dedo en la llaga. Estaba enamorada de Alan. También las fieras aman a su manera, pero aman; y ella, fiera además de fanática cien por cien, se había sentido subyugada por el muchacho hercúleo, valiente hasta la exageración, que no estimaba apenas su propia vida exuberante y buscaba a la muerte a cada paso, no como una liberación, sino como si se gozara en medir con ella sus fuerzas.

La cosa se le antojaba absurda: se había creído siempre incapaz de todo sentimiento humano, llena de soberbia, de orgullo, de ansias de poder; consagrada a la idea de que triunfase la causa a que se había consagrado; ajena a las flaquezas que veía en derredor para las cuales no tuvo nunca más que desdén y desprecio… Y de pronto, cuando menos lo podía imaginar, en el transcurso de unos días sintióse mujer como la que más lo fuese y anegada por unas ansias amorosas que amenazaban destruir toda su personalidad.

Abandonó el asiento y comenzó a dar pasos agitados mientras repetía nerviosamente en un monólogo a media voz que no lograba reprimir:

—¡Esto tiene que acabarse! ¡Tiene que acabarse! ¡Tiene que acabarse!… ¡Se trata de una obsesión absurda que cesará tan pronto como él no exista!… Es inconcebible que yo… ¡que yo…!

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —autorizó, parándose en seco.

Reapareció Jesse, seguido del hombre calvo y el del puñal que efectuaron el secuestro de Addy.

—Aquí están Jackson y Querbuck —anunció el subjefe.

Los recién llegados saludaron con demostraciones de gran respeto.

—Voy a encomendaros un trabajo —díjoles Sonnia, sin contestar casi al saludo— relativamente fácil que espero llevéis a cabo con acierto —hizo una pausa para prender un cigarrillo. Se había dominado y vuelto a ser la mujer fría que conocían todos. Añadió—: Se trata de acabar con ese inspector que tenemos prisionero,

Asintieron los que escuchaban. Jesse mordió con placer el extremo del habano que siempre parecía el mismo.

Continuó Sonnia:

—Son las nueve. Dentro de tres horas, esto es, a medianoche, dormís al preso con una de vuestras inyecciones, para lo cual os ayudarán los hombres que hagan falta; le metéis en un coche y os lo lleváis hacia el East River. A partir del kilómetro cincuenta, por el lado sur, hay un gran trozo casi siempre desierto a esa hora. Os apeáis del coche, dejándole a él dentro, y lo precipitáis en el río. Guardaos de hacerle antes ningún daño. Conviene que cuando

aparezca el cadáver se compruebe que murió ahogado. ¿Entendido?

—Del todo —repuso Jackson.

Querbuck asintió con un gesto.

—Nada más por ahora —terminó Sonnia—. Esperaré aquí vuestro regreso. Llevaos dos coches para que os sea fácil volver en el segundo.

Abandonaron la estancia los dos malhechores.

Sonnia se dejó caer sobre el sillón que antes ocupara; se oprimió las sienes durante varios minutos, y respiró fuerte.

Frente a ella, sin despegar los labios, permanecía contemplándola Kirk.

—¿Satisfecho? —preguntó al fin la mujer.

—Sí. También usted debe estarlo de sí misma.

—Puede que tenga usted razón.

—Me gustaría saber… ¿por qué ha ordenado que le "liquiden" de esa manera?

—Por favor, Jesse, no demuestre ser excesivamente torpe. Nos consta el gran revuelo que se ha armado en Nueva York con estos secuestros…

—Sí, pero…

—Siempre es oportuno adoptar precauciones.

—No lo dudo, mas tampoco veo en el presente caso…

—Me propongo desorientar a la policía haciéndola admitir la posibilidad de un accidente —Kirk torció el gesto, y ella añadió—: Estoy de acuerdo con usted en que no la engañaremos, pero todo lo que contribuya a despistarla significará un beneficio para nosotros.

—Bueno… —concedió Jesse, no muy convencido.

—Deshacerse de un cadáver es cosa difícil y complicada siempre. Nada hubiéramos adelantado con matarle aquí y tener que sacar luego el cuerpo.

—Bien, bien. Mi pregunta estaba dictada por la curiosidad. Lo que usted haga me parece acertado…

—No siempre.

—Siempre… menos en esta cuestión. Y usted ha acabado por admitir que me encontraba en lo justo.

—Bueno, esa parte está resuelta. Volvamos a ocuparnos de la muchacha. Hay que ponerle esa última dosis.

—Goodis no está y esa es cosa exclusivamente suya.

—¡Qué fastidio! ¿Dónde ha ido?

—Tenía algunos asuntos que resolver y pidió autorización. No sé si regresará esta noche.

—Ocúpese de enviarle un aviso a su casa para que se persone aquí tan pronto como llegue.

—Bien.

—Ahora vuelva a dejarme sola…

—Sonnia…

—Lo necesito.

—Yo quisiera pedirle disculpas por lo que pueda haberle dicho desagradable y repetirle…

—Disculpado. De lo demás, ya hablaremos otro día.

Jesse no se atrevió a insistir. Hizo una leve inclinación de cabeza y abandonó el despacho.

Sonnia se afanó en trabajar y aturdirse. Revolvió papeles, sacó cuanto había en los cajones…

Ante su vista apareció el carnet de Alan. Lo abrió, contempló el retrato; llegó a su boca el asomo de un beso…

Apartó el carnet, casi con furia, lo arrojó al cajón, tornó luego a sacarlo…

* * *

Pocas horas más tarde, Donald Bretty, el jefe supremo en Nueva York de aquella organización de espías, penetró, sin anunciarse, en el despacho donde Sonnia, febril, más nerviosa de minuto en minuto, continuaba laborando.

Hubiera costado trabajo creer que aquel hombre de gesto duro y altivo ademán era el mismo que días antes se mostraba un gran padrazo con Alan, le hablaba de un hogar apacible y ensalzaba las excelencias de la vida quieta.

Sonnia, al verle, esbozó un gesto de sobresalto, pero lo venció enseguida.

En cuestión de segundos, la mujer quedó anulada en ella para dar paso, a la inspectora, a la máquina de calcular y producir efectos y reacciones; al ser sin sexo, esclavo de la obligación.

—Acaban de decirme que está usted aquí —entró diciendo el

jefe—. Me alegro de verla.

—Y yo de verle a usted —repuso ella, tendiéndole la mano que el hombre estrechó maquinalmente—. ¿Hace mucho que llegó?

—Poco. Ni siquiera he pasado por mi casa. El avión hubo de regresar dos veces a la base por causa del estado de la atmósfera. Al fin mejoró, y… Bueno, ¿a qué se debe su presencia en Nueva York? ¿Hay novedades?

—Las hay. ¿Cómo han ido los asuntos en Pennsylvania?

—Bien. Llegué a tiempo. Teníamos, un traidor en las filas. Se le ha eliminado.

Hablaba en períodos cortos, como, si disparase las palabras.

—Y… ¿no habrá que temer las consecuencias del daño que haya hecho?

—Siempre existe ese peligro. No temo, sin embargo, mucho. Repito que llegué a tiempo. La persona que había comprado al traidor ha muerto también. He dejado instrucciones concretas por si se produjera algún hecho lamentable. Podemos estar tranquilos relativamente.

—Le felicito.

—He cumplido mi deber. ¿Qué es lo que hay por aquí?

—Trabajo. También he cumplido mi deber yo.

—Hable, si no se lo prohíben las instrucciones que tenga.

—No me lo impiden. He traído una misión especial. Mi llegada coincidió con la marcha de usted. Lamenté no haber podido cambiar impresiones antes de que se ausentase.

—También a mí me hubiera gustado. ¿Se trata…?

—La Dirección me dio la orden de apoderarme a toda costa de una fórmula llamada “2 × 2”.

Donald, sin encender el cigarro, arrojó violetamente la cerilla cuya cabeza acababa de destrozar.

—¿Dice usted… la fórmula…?

—“2 × 2”. Le supongo enterado de su existencia, ¿verdad?

—Desde luego. Y desde un principio me pareció interesante.

—¿Hizo algo por adquirirla?

—No. Carecía de instrucciones al respecto.

—De todos modos, una cosa de tan extraordinaria importancia…

La voz del jefe se hizo más incisiva que hasta entonces.

—Supongo, señorita, que no vendrá autorizada a censurarme.

—Lo estoy, señor Bretty, siempre que me parezca mal lo que veo.

—También yo lo estoy a rechazar las censuras injustas. Nos ocupamos de muchas cosas de interés. Carecemos de tiempo. Es la Dirección suprema la que marca nuestros actos. Si nada se me ha dicho sobre la conveniencia de lograr esa fórmula, yo no tenía por qué dedicarle atención especial.

Sonnia suavizó un poco el tono.

—Interprete mis palabras como comentario y no como crítica —dijo.

—Eso está mejor. ¿Ha logrado algún fruto?

—Relativo nada más. Tengo en mi poder a la inventora, pero no he logrado aún que declare.

Por las pupilas de Bretty padre pasó un destello de sobresalto y angustia.

—¿Habla de Addy Ball? —preguntó, a sabiendas de que la pregunta era innecesaria.

—Desde luego.

—Y… ¿dice que está en nuestro poder?

—Exactamente. Goodis la ha sometido al tratamiento de su invención.

—¿Sin éxito?

—Sin éxito.

—Es raro.

—Se traía de un temperamento especial, de una voluntad indomable, incluso bajo los efectos de la droga.

Al hablar escrutaba el semblante de Donald, tratando de sorprender sus más leves gestos, pero no consiguió nada, pues este, dominada su casi imperceptible impresión primera, continuó impávido cual si lo oído no mereciera apenas importancia.

—¿Debo entender entonces —quiso saber el jefe—, que se considera usted fracasada?

—¡Eso, no!

—¡Ah!

—Esta noche, cuando el doctor Goodis regrese, se le va a aplicar

la dosis definitiva.

—Si no recuerdo mal, esa dosis a que alude suele producir la muerte de los que la sufren.

—En efecto.

—Quizá proceda apelar a otro recurso.

—¿Cuál?

—Será cosa de estudiarlo.

—Temó que no llegue a nada beneficioso. Por nuestra parte hemos hecho ya todo lo imaginable antes de apelar a eso. Incluso…

Se detuvo y vaciló.

Desde el principio tenía decidido informar personalmente al jefe de lo hecho con Alan, ya que encontraba preferible hacerlo así, a dejar que se enterase por otro conducto; pero al llegar ahora el momento, su lengua, tan expedita siempre, se trabó un poco a la par que flaqueaba su peculiar firmeza.

—¿Incluso, qué? —inquirió Donald, sorprendido de tal actitud.

—Escuche, señor Bretty —dijo ella tras breve pausa y reponiéndose poco a poco—. Considero necesario recordarle lo que se dice en uno de los estatutos de nuestra Organización —Donald frunció el entrecejo, y añadió ella—: Me refiero al apartado en que se hace constar de modo que no deja espacio para la duda, que desde el momento en que entramos a formar parte de dicho Organismo, familia, amigos, la vida de todos y la propia, el mundo entero, en fin, deja de tener valor.

—¿Adónde va usted a parar, señorita?

—¿Recuerda el apartado a que acabo de aludir?

—¿Imagina que si no lo recordase habría permanecido quieto luego de enterarme de lo que se está haciendo con esa persona a la que por causas que no vienen a cuento, estimo más de cuanto pueda usted suponer?

Sonnia esbozó algo parecido a una sonrisa.

—Me place esa reacción —dijo—. Contaba con ella y por eso no he vacilado en llevar las cosas al último término.

—¿A qué “último término” se refiere?

—Ante la imposibilidad de hacer hablar a esa muchacha, nos hemos apoderado de su prometido.

—¿Eh?

Donald fue incapaz de controlar sus nervios. Se puso en pie como movido por un resorte y dejó caer las manos furiosamente sobre la mesa, desparramando papeles.

El retrato de Alan apareció ante sus ojos.

—¡El carnet de mi hijo! —exclamó en una especie de rugido.

Sonnia maquinalmente dirigió una mirada a la pistola que tenía a su alcance; lo advirtió él, y de un manotazo hizo saltar el arma a muchos metros de los dos.

Sonnia, dueña ya de sí, con la frialdad que solía caracterizarla, sobre todo en los momentos difíciles, amonestóle:

—¿Qué significa esa actitud, Donald Bretty? ¿Olvida que en estos momentos se halla ante una representante directa de la Dirección Internacional?

—La Dirección Internacional —contestó el interrogado roncamente— tiene sobradas pruebas de mi lealtad, de mis sacrificios, de mi predisposición a entregar la propia vida si llega a ser necesario, y no puede pagarme tanto desvelo hiriéndome en la persona de mi hijo. ¡Necesito su libertad inmediata!

—Serénese…

—¡No puedo serenarme! ¡Dígame enseguida lo que han hecho con él, y dónde se encuentra!

—¡Está usted olvidando sus deberes!

—¡En este momento no quiero conocer más deber que el de padre! ¡Pronto! ¿Dónde le tienen?

—Si usted está obcecado hasta el extremo de cerrar los ojos a sus obligaciones, yo me encuentro tranquila. ¡Me niego a contestar a su pregunta!

En las pupilas del jefe brilló el anhelo de matar. Su mano diestra empuñó una pistola que llevaba siempre oculta y encañonó a Sonnia,

—¡Le concedo cinco segundos para responder!

—¡Pero…!

—¡Quedan cuatro segundos!

—¡Señor Bretty!

—¡Quedan tres!

La inspectora se convenció de que no se la amenazaba en balde y en aquel momento se dio cuenta de lo mucho que amaba a la

vida.

—¡Le llevaré a su lado! —dijo.

—¡No perdamos tiempo! Para evitar, si es posible, espectáculos, voy a guardar la pistola; pero ten presente que no dejará de estar encañonada un lo momento. ¡Vamos!

Ocultó la mano armada en el bolsillo exterior de chaqueta y echó a andar tras Sonnia.

En el trayecto se cruzaron con varios elementos de la Organización que saludaban con inequívocas demostraciones de respeto. Para ellos, Bretty padre era verdadero jefe. Aunque no ignoraban la elevada categoría de Sonnia, llegada la hora de obedecer no hubieran vacilado en colocarse junto al hombre del que recibían a diario órdenes, censuras y elogios, Hasta, incluso, algunos incondicionales que se hubieran dejado matar por él.

—¿Dónde está el señor Kirk? —preguntó Sonnia, con la esperanza de ser defendida.

—Salió hace rato y no ha vuelto —contestáronle. Ella notó, al oír tal respuesta, que la inundaba un frío glacial.

Llegaron a la subterránea galería que daba acceso al calabozo donde últimamente fuera encerrado Alan, y Sonnia ordenó al espía que guardaba la misma:

—¡Abra esa puerta!

—¡Un momento! —dijo Donald, y se cubrió el rostro con un negro antifaz.

El cancerbero obedeció.

La entrada quedó libre, y Donald, llevando siempre delante a la mujer, penetró en la lóbrega y relucida estancia.

—¡Aquí no hay nadie!

Sonnia notó que le flaqueaban las piernas, sobre todo al oír la voz del que llevaba las llaves:

—Se lo acaban de llevar hace cinco minutos.

—¡Eh!

—Sí; Jackson y Querbuck…

Interrumpióse al advertir el gesto de fiera que acababa de marcarse en el rostro del jefe. Este sabía bien que Jackson y Querbuck eran, por lo general, los ejecutores de la banda en Nueva York. ¡Y se habían apoderado de su hijo!

—¿Hacia dónde lo han llevado? —preguntó, mascando las palabras.

—Hacia el norte del East River, después del kilómetro cincuenta —respondió el asustado carcelero.

Donald clavó el acero de sus pupilas en la maldita mujer, a la par que exclamaba:

—Van a matarle, ¿verdad?

Ella no tuvo ánimos para la respuesta. Había abierto desmesuradamente los ojos y la boca, denotando su invencible terror.

La empujó dentro del calabozo, diciendo:

—¡Si no llego a tiempo de salvarle, pobre de ti! —ordenó al espía—: ¡Cierra!

Cuando fue obedecido se guardó él mismo la llave y salió corriendo, no sin antes advertir:

—¡Me respondes con la cabeza de que esa mujer no saldrá del calabozo!

—Está bien, jefe.

Encontró, mientras ascendía, a varios de sus incondicionales, a los cuales repitió la orden, causando el desconcierto natural y sorpresa ilimitada, sobre todo en los que ignoraban el parentesco existente entre el jefe y el prisionero.

Señaló a dos hombres de su confianza absoluta, diciéndoles:

—¡Venid conmigo!

Había dejado su magnífico coche a la puerta. Saltó al volante, mientras los que le acompañaban acómodábanse dentro; apretó el acelerador con furia e hizo que el coche saliera lanzado como una bala.

CAPÍTULO VI

DONALD, mordido por la impaciencia, atormentado por los golpetazos que le daba el corazón, hubo de dar algunos rodeos antes de enfilar el camino recto para huir de los lugares concurridos en que las leyes del tráfico le obligasen a frenar o a correr el riesgo de que le detuviesen si no obedecía, originándole el fracaso de aquello que le importaba más que la vida.

Conjurado al fin tal peligro, volvió a forzar la marcha a tal extremo que sus subordinados se miraron intranquilos entre sí.

La lucha intensa que sostenía era superior a todo lo imaginable.

El ansia de alcanzar al coche que llevaba a su hijo le impulsaba a sacar del propio toda la velocidad posible; pero al mismo tiempo el miedo a pasar de largo sin ver lo que perseguía inducíale a dar frenazos peligrosos e incomprensibles para los dos hombres, los cuales llegaron a temer que el "boss" hubiera perdido el juicio.

Brillaba la luna en todo su esplendor, haciendo que las sombras de los árboles se extendieran y mezclaran oblicuamente en el camino.

El tránsito rodado era muy escaso en aquellos lugares a tales horas. Donald descubrió un coche, pisó el acelerador hasta darle alcance y miró ansioso al que lo conducía. Una persona extraña le observó con curiosidad. Minutos después se remitió la suerte con otro, obteniendo el mismo resultado.

—¿Puede saberse lo que ocurre, jefe? —preguntó uno de los espías, incapaz de seguir dominando en silencio su nervosismo.

Sin volver la cabeza, el interrogado respondió:

—Querbuck y Jackson van delante de nosotros. Hemos de detenerlos a costa de lo que sea.

—Entendido.

El kilómetro cincuenta quedó atrás sin haber encontrado a los

que buscaban.

Donald sentía que su angustia, mezclada con la ira, crecía amenazando ahogarle.

De pronto divisaron un auto parado en uno de los lados de la senda. Bretty tornó a forzar la marcha. Lo reconoció enseguida como propiedad de la Organización.

Dio un frenazo y echó pie a tierra. Los demás le imitaron. Al darse cuenta de que estaba vacío, lanzó una exclamación ronca, extrahumana, en la que se fundían las lágrimas, la desesperación, el dolor de la impotencia.

Los dos espías le observaron, no pudiendo dar crédito a lo que presenciaban. Les parecía imposible que el jefe fuera capaz de comportarse así.

—¡Demasiado tarde! —bramó.

—No es lógico pensar —sugirió uno de ellos— que Jackson y Querbuck hayan abandonado aquí esto para volverse a pie. Es posible que hayan traído dos coches y que se hayan adelantado en el otro para cumplir la misión encomendada.

Una ráfaga de esperanza iluminó el corazón del padre.

—¡Continuemos! —dijo, anhelante.

Y volvió a su puesto, seguido de los dos hombres.

Se reanudó la búsqueda.

A los tres minutos descubrieron otro coche que avanzaba despacio, como si el conductor estuviera eligiendo un sitio a propósito para detenerse.

—¡Son ellos! —gritó uno de los espías, cuya vista privilegiada le permitió reconocer el vehículo a cierta distancia.

Donald apretó de firme. Los que iban delante aceleraron también, pero el coche perseguidor era de más potencia y fue poco a poco acortando la distancia a pesar de que aquel iba totalmente lanzado.

—¡Idiotas! —rugió Donald.

—¿Le parece que les obliguemos a pararse disparando a los neumáticos? —quiso saber uno.

—No es mala idea —ratificó el otro—. Nos han tomado por enemigos y tratan de escapar.

—¡Quietos! —dijo Bretty—. Nos exponemos a hacerles volcar o

a herir a alguien que va dentro cuya vida me interesa mucho. Gritad cuando estemos a nivel de ellos para que frenen.

Lo hicieron así.

En el momento en que los dos autos se nivelaban, clamaron los acompañantes de Donald:

—¡Parad, muchachos! ¡Somos nosotros!

—¡El "boss" nos acompaña!

La contestación fue una lluvia de balas. Bretty padre se sintió alcanzado en la frente, aunque se trató de una rozadura sin importancia. Uno de sus hombres lanzó un grito de rabia al sentirse traspasado el brazo izquierdo.

Donald, sin abandonar el volante un segundo, empuñó su casi infalible pistola e hizo fuego. Querbuck, que era el que conducía, se dobló sobre sí mismo. El plomo le había entrado por la garganta, matándole en el acto.

Jackson precipitóse sobre la dirección del coche y lo frenó a la par que gritaba:

—¡No tiréis!

Pero ya era tarde. Varias onzas de plomo disparadas por los que hasta entonces habían sido sus compañeros, se le alojaron en la cabeza.

El coche perseguido se detuvo a los pocos pasos.

Donald paró también el suyo y saltó precipitadamente. No se cuidó de restañar la sangre que brotaba de su frente, pero sí de ajustarse bien el negro antifaz que llevaba en el bolsillo.

Contuvo con dificultad un grito al ver el cuerpo exánime de Alan, derrengado contra uno de los extremes del asiento trasero. Ayudado por el hombre que había quedado ileso, lo trasladó a su propio coche.

—¡Idiotas! ¿Por qué disparasteis? —preguntó el del brazo atravesado al agonizante Jackson.

—Fue Querbuck… Primero creímos que erais de la policía… Luego… al reconocer al "boss"… tuvo un ataque de pánico…

No pudo continuar. La muerte se lo impidió.

Obedeciendo la orden de Donald se hizo con ellos lo que ellos iban a hacer con Alan: el coche con los dos cadáveres dentro, conducido por el espía ileso, llegó hasta la parte del río más

adecuada; allí, el que lo llevaba dio un salto, luego de ponerlo en primera, y le vio precipitarse estrepitosamente en las aguas.

Rápidamente volvió junto al jefe, que se había colocado otra vez al volante de su “Lincoln”. La portezuela estaba abierta. Entró y se alejaron a toda velocidad del lugar del suceso.

No tardaron en encontrar el segundo coche que habían utilizado los malhechores.

Donald detuvo el suyo, diciendo:

—Voy a trasladar a este muchacho.

El espía sano le ayudó a hacerlo así, absteniéndose de comentar ni hacer pregunta alguna, mientras el otro se ocupaba de su brazo, al que su compañero acababa de hacer una breve cura de urgencia.

Tornó el jefe a dar órdenes:

—Volved en el “Lincoln”. No digáis nada a nadie. Cuidad de que se cumpla lo que dije con respecto a Sonnia.

Alan había sido instalado lo más cómodamente posible. Donald, luego de comprobar nuevamente que el corazón del muchacho latía aunque con debilidad, emprendió el regreso.

Se había guardado él antifaz y contenido la sangre, si bien esta no dejaba de brotar cada vez más despacio.

Respiraba gozoso. Había salvado a su hijo, lo cual constituyó su única obsesión. Pero ahora, conjurada aquella cosa fundamental, midió la importancia de lo hecho, la responsabilidad enorme que había echado sobre sus espaldas.

Sabía cómo se castigaban los actos de aquella naturaleza en la nefasta Organización, de la cual era importante rueda. Él mismo, por cosas infinitamente menos importantes, hizo aplicar penas definitivas.

Confió en que su prestigio le sirviese de algo, sobre todo si lograba ratificarlo con alguna acción notable.

Oyó tras sí una especie de lamento entrecortado y volvió la cabeza.

Los párpados de Alan se movían cual si se esforzase en abrirlos.

Donald se estremeció. La idea de que su hijo le viese en aquellos momentos le llenó de mortal zozobra. Hubiera, desde luego, improvisado cualquier historia, mas prefería cien veces no tenerlo que hacer.

Paró el coche y se inclinó sobre el muchacho, el cual abrió los ojos un instante; pero los cerró enseguida, perdiendo las nociones de sentido un segundo recobradas.

Al comprobarlo así, el padre lanzó un suspiro de satisfacción.

Volvió a poner el coche en marcha, llevando la velocidad máxima permitida. Se quitó el pañuelo que le cubría la frente, a fin de que el vendaje no llamase la atención de los transeúntes ni de la policía de tráfico. La sangre estaba ya contenida por completo.

Le asaltó la duda de si Alan le habría reconocido, pero la desechó pronto, diciéndose que el joven no había hecho el menor gesto que hiciese pensar en tal cosa.

Por fin enfiló la calle Ocho. Momentos después detenía el coche ante su casa.

Tras comprobar que no le observaba nadie, se apeó y llamó insistentemente a la puerta. Acto seguido se alejó a grandes pasos, inclinándose sobre los ojos el ala del sombrero.

No le convenía permanecer en aquellos alrededores, donde lo más probable era que cualquier vecino le reconociese; pero tampoco quería marcharse sin tener la seguridad de que habían oído sus llamadas y que acudían en auxilio de Alan.

Entró en la cabina de un teléfono público y marcó el número del suyo.

No contestaba nadie.

Insistió una y otra vez, hasta que, por fin, oyó la voz del viejo James.

A través de un pañuelo, para desfigurar el tono, preguntó:

—¿Es el domicilio del señor Bretty?

—Sí, señor. ¿Con quién hablo?

—Escuche: en la puerta de la casa hay un auto y dentro está el señor Bretty hijo.

—Ya lo hemos trasladado a sus habitaciones…

Donald no necesitó oír más.

Colgó y respiró con fuerza.

CAPÍTULO VII

CUANDO DONALD regresó al domicilio donde la banda tenía establecido su cuartel general, notó un ambiente de violencia extraordinaria. Los espías que encontró le saludaron, ceñudos unos, efusivos y denotando que estaban plenamente confiados a él, los demás.

Jesse le salió al paso, y sus primeras palabras fueron:

—Donald, lo que ha hecho usted es muy grave.

Bretty le miró con su frialdad característica, y repuso:

—Sé medir la responsabilidad de todos mis actos.

—Me temo que en esta ocasión no haya sabido hacerlo.

—¿Va usted a pedirme cuentas?

—La importancia del caso me obliga, si no a pedirle cuentas, a pretender que analicemos lo ocurrido.

—Se hará. Vamos a libertar a la inspectora. Porque supongo que continuará donde la dejé, ¿no?

La pregunta era incisiva. Jesse se convenció de que, si hubiera contestado negativamente, su última hora habría llegado. Y se abstuvo de confesar que quiso dejar libre a Sonnia y que hubo de desistir para no provocar una contienda entre los subalternos de uno y otro bando, ya que los incondicionales del jefe, más numerosos, se mostraron decididos a cumplir a toda costa la orden que este les diera. Sin embargo, comprendiendo que la verdad no iba a permanecer oculta, la palió diciendo:

—Continúa en el calabozo, desde luego, aunque en principio intenté sacarla por ignorar que había dado usted órdenes tan rigurosas.

En otras circunstancias, aquella respuesta hubiera inducido a Bretty a adoptar una de sus habituales medidas enérgicas; pero

haciéndose cargo de que, dada la situación, no le convenía empeorar el ambiente, limitóse a decir:

—Es muy peligroso, Jesse, procurar nada que signifique echar por tierra un mandato mío.

—Yo…

—No se hable más del asunto. Por esta única vez queda disculpado. ¡Vamos!

Entre el silencio de los que se les cruzaban, descendieron a la galería subterránea.

Ante el calabozo ocupado por Sonnia, no solo el cancerbero, sino varios hombres más, pistola en mano, aguardaban dispuestos a impedir a todo trance que la orden del jefe fuera desobedecida. Este les dijo:

—Podéis retiraros. La señorita Sonnia continúa mereciendo todos nuestros respetos.

Le obedecieron sin comentario alguno.

Bretty, sacando la llave que se guardara, abrió personalmente el calabozo.

—¡Salga! —exigió.

La perversa mujer presentóse a los pocos segundos en el vano de la puerta.

Estaba muy pálida. Sus ojos, más obscuros que nunca, brillaban siniestramente. El miedo a que Donald no hubiera llegado a tiempo de salvar a su hijo y regresara dispuesto a vengarle, hacía presa en su pecho y le atenazaba también la garganta.

La presencia de Kirk la reanimó un poco.

Observó intensamente a quien ya consideraba su mortal enemigo, y experimentó una sensación de inefable alivio al oírle agregar:

—Salga sin temor. Mi hijo está a salvo.

Sonnia suspiró fuerte.

Desanduvieron el camino en silencio, y minutos más tarde se encerraban en el despacho los tres, luego de ordenar que no se les molestase.

Donald, sin perder un solo segundo su actitud autoritaria, tomó asiento en el lugar que le correspondía, no sin antes invitar a sus acompañantes a que le imitaran.

De nuevo volvió a imperar el silencio, un silencio pesado, pletórico de odio y amenazas.

Lo rompió el jefe, diciendo:

—Sonnia… Tenemos motivos de enorme resentimiento mutuo; usted, por el trato de que la he hecho objeto; yo, por los tormentos que han aplicado a mi hijo y por la sentencia de muerte que dictó contra él, sentencia de muerte cuya ejecución he impedido en el último minuto, no sin antes recibir esta herida, que, milagrosamente, ha carecido de importancia, pero que pudo muy bien acabar conmigo. Las órdenes dadas a Querbuck y Jackson debieron ser terribles, cuando no vacilaron en abrir fuego contra mí.

—Eso…

—Déjeme continuar. Cuando antes hablamos, invocó usted a la organización y dijo que estamos obligados a sacrificarlo todo por ella. Bien. No interprete mis palabras como un ruego ni como un mandato, sino como una sugerencia. Tanto usted como yo somos casi imprescindibles; representamos dos fuerzas, que unidas pueden seguir obteniendo buenos frutos, y que enfrentadas significarán la destrucción. Y le pregunto lealmente: ¿quiere que dejemos al margen nuestros rencores, aunque no los podamos olvidar, o prefiere que esta lucha iniciada hoy continúe hasta el exterminio de uno de nosotros o de los dos?

La inspectora había recobrado el dominio sobre sí misma. Conocía bien a Donald y le constaba que aquel había dicho la verdad al anunciarle de antemano que en sus palabras no había súplica. Sin embargo, aquella proposición le hizo ver que su enemigo obraba a impulso de la reflexión, que había medido su responsabilidad y analizado lo que podría sucederle cuando en las alturas se informasen del suceso.

Y ello le indujo a mostrarse dura, aunque no inflexible.

—Las causas de nuestra reciente enemistad —repuso— son tan opuestas que no resisten la comparación. Yo he actuado en beneficio de nuestra causa; usted, en el propio.

—En beneficio de esa causa nuestra llevo hecho tanto —replicó Bretty, despacio, a fin de que cuanto decía se grabara bien en el cerebro de sus oyentes—, que no temo en absoluto los resultados de mi comportamiento actual. Entre otras cosas, quizá ignore usted

que el hecho de ser padre de Alan nos ha permitido, sin que él lo sospeche, obtener secretos fundamentales, conocer muchos propósitos del Departamento Especial de Justicia, salvar a no pocos compañeros sobre los cuales la policía iba a caer. Sí, yo, por servir a la organización, no he vacilado en sonsacar hábilmente a mi hijo, en revisar sus papeles, en traicionar, en fin, la confianza que como padre le merezco; pero no he podido llegar al extremo de permitir que se le asesine. Todo esto lo sabe la Dirección suprema; no tengo miedo alguno a las consecuencias de lo que he llevado a cabo esta noche. Insisto en que mi proposición de paz tiene como objeto único la conveniencia de no privar al organismo, por un medio u otro, de dos elementos de valía. No pienso añadir una frase más en este sentido. Resuelva usted.

Sonnia se maceraba el labio inferior. Reconocía que Bretty estaba en lo cierto al citar el prestigio de que gozaba en las alturas y que acaso no le fuera posible conseguir que se dictaminase su eliminación; mas, por otra parte, el odio que le inspiraba era tan enorme, que se consideró incapaz de aceptar lo que se le ofrecía…

—Rechazo la paz… y la guerra —contestó, al fin.

—¿Eh?

—Aceptemos una especie de armisticio hasta que resuelva la superioridad, ante la que responderemos ambos.

—Me parece lógica su actitud —se dirigió a Jesse por vez primera desde que habían iniciado el diálogo—: ¿Qué opina usted de esto, Kirk?

—Lo encuentro acertado —repuso el subjefe, mascando el inseparable cigarro.

—Propongo —apresuróse, a añadir Sonnia— que, mientras llega la hora de resolver el asunto definitivamente, sigamos ocupándonos de obtener la fórmula “2 × 2”.

—El doctor Goodis ha llegado hace poco —anunció Jesse—, y en estos momentos estará aplicando o habrá aplicado ya la última dosis a la inventora.

Bretty se incorporó con rapidez.

—¡Hay que evitar eso, si es tiempo aun! —exclamó, y dirigióse presuroso hacia la puerta.

Sonnia y Jesse le siguieron, tratando de detenerle.

—¡Señor Bretty!

—¡Jefe!…

—¡Vamos!

Las voces de la inspectora y de su enamorado encerraban amenazas en el tono:

—¡Vea lo que hace!

—¡No empeore su situación!

—¡Obedezcan sin réplicas! ¡Tengo un plan infinitamente mejor; mas para realizarlo necesito que la muchacha viva!

No prestaron gran crédito a tales palabras, pero se encontraron incapaces de oponerse.

El aspecto de aquel hombre infundía respeto y miedo. Reunía en sí todo lo necesario para ser un verdadero jefe, y cuando se colocaba totalmente en su puesto resultaba dificilísima la desobediencia.

Ya en la puerta del laboratorio, ordenó a Kirk:

—¡Haga salir a Goodis! No procede que entre yo.

Obedeció el subjefe.

Goodis se hallaba leyendo tranquilamente un ejemplar del Times, y acudió a la llamada de Kirk. Apenas llegó a la puerta y descubrió a Donald, le saludó con una inclinación respetuosa.

Sin responder al saludo, preguntó este:

—¿La ha inyectado ya?

—No, señor. Al enterarme de que se encontraba usted aquí, creí conveniente esperar la terminación de la conferencia que estaban celebrando, por si mudaban de opinión sobre el problema.

Bretty padre, complacido, palmeó el hombro del galeno, mientras decía:

—Ha hecho usted muy bien. Le felicito.

—Soy el primero en querer llegar cuanto antes al fin de este asunto; pero como unas horas de diferencia en la aplicación de la droga no alteran el resultado, estimé que debía usted dar su asentimiento.

—Medida prudente.

—No lo niego —rezongó Kirk, sin disimular su mal humor—, y celebro que las cosas hayan salido a su gusto, jefe; pero bueno será hacer saber a este médico que, en ausencia de usted, mis órdenes

deben cumplirse al pie de la letra.

—Ya nos ocuparemos de eso.

El subjefe se mordió los labios y quiso cambiar una mirada de inteligencia con Sonnia; mas esta permaneció indiferente, como si no se hubiera enterado de lo que acababa de decirse.

Donald tornó a dirigirse al doctor:

—No solo me opongo a que inyecte más a esa joven, sino que le encarezco el máximo interés en salvar su vida.

—Lo haré así, aunque ya me vengo ocupando de conseguirlo por mandato de la señorita Sonnia.

—Sí —explicó esta—; lo estimé oportuno cuando creí que conseguiríamos hacer hablar a su prometido.

—Bien —continuó Bretty, hablando otra vez a Goodis—; confío en usted.

—Haré todo lo posible.

—¿Corre peligro, de momento?

—Sí, señor.

—Trate de conjurarlo enseguida. No pierda más tiempo.

Goodis, observando el ademán con que el jefe acompañaba las últimas palabras, ademán que equivalía a dar por acabada la entrevista, se inclinó de nuevo y se internó en el laboratorio,

—Volvamos al despacho —indicó Bretty a Sonia y a Jesse, los cuales echaron a andar tras él, hoscos. Apenas se encontraron otra vez en la habitación indicada, el jefe ocupó su sillón, prendió un cigarro cachazudamente, y dijo, al fin:

—Advierto en los ojos de ustedes una muda acusación, que espero desaparezca tan pronto como me hayan oído. No siempre los métodos violentos dan buenos resultados; a veces, la astucia proporciona triunfos negados a la fuerza. Y es astucia, precisamente, la que me propongo emplear para obtener la fórmula “2 × 2”.

Miró a sus compinches, esperando que le preguntasen, mas estos permanecieron mudos, aunque su silencio estaba preñado de interrogaciones.

Añadió él:

—Desarruguen un poco las caras. No olviden que estamos en pleno “armisticio”. Acérquense más, por favor.

Obedecieron Sonnia y Kirk.
Donald empezó a explicarles su plan.

CAPÍTULO VIII

AL día siguiente, Donald, luego de haberse convencido de que el avión de Pennsylvania había tomado tierra, se dirigió a su propio domicilio como si acabase de llegar en aquel momento.

La incertidumbre de cómo habría pasado su hijo aquellas horas le hizo padecer; pero necesitaba cubrir las apariencias, y, de haberse presentado a la hora en que terminó sus actividades la pasada noche, le hubiera sido difícil justificarse. No creía que tal circunstancia se diera, mas gran parte de sus éxitos los debía a las precauciones que nunca dejaba de adoptar.

El viejo James le salió al encuentro, mostrándose desolado:

—¡Señor!… ¡Gracias a Dios que el señor ha venido!

No tuvo el viajero que fingir para mostrar interés. Temió que durante las últimas horas se hubiera producido algo irreparable.

—¿Qué ocurre? —preguntó, ansiosamente.

—El señorito…

—¿Qué le pasa a mi hijo?

—Ha debido sucederle alguna gran desgracia y se encuentra bastante mal…

Donald corrió hacia la alcoba de Alan y se detuvo en la puerta, observándole, con el alma asomada a los ojos.

El muchacho hallábase inmóvil en el lecho, entornados los párpados y respirando con alguna dificultad.

Conteniendo el aliento, inclinóse el padre sobre él y le observó durante unos segundos. Luego, se alejó de puntillas.

—Duerme —dijo al mayordomo—. ¿Y el médico…?

—Se marchó hace poco.

—Telefonéele inmediatamente. Dígale que estoy aquí y que necesito oír su informe.

Apresuróse James a obedecer, y enseguida regresó, anunciando:

—Sale en el acto para acá.

—Bien; explíqueme ahora lo sucedido.

Estaba seguro de que no iba a escuchar nada nuevo, pero comprendió la necesidad de mostrar interés y expresar sorpresa ante los minuciosos detalles que le dio el sirviente, quien acabó diciendo:

—Lo más extraordinario de todo es que, a raíz de habernos hecho cargo del señorito, llamaron por teléfono para decirnos que le recogiésemos del coche que se hallaba a la puerta.

—¡Es verdaderamente raro! —exclamó el que escuchaba, haciendo alardes de sus dotes de actor—. ¿Han avisado a la policía?

—No nos atrevimos en los primeros momentos; después, el propio señorito nos lo prohibió.

—Entonces… ¿volvió en sí?

—Sí, señor; a la hora escasa de estar entre nosotros. Luego tornó a desvanecerse, y, aunque ha recobrado el conocimiento más de una vez, ha sido siempre por pocos minutos. El doctor tardó poco y nos tranquilizó en parte. Le hizo una cura muy detenida. Han debido maltratar mucho al pobre señorito, pues está lleno de contusiones…

Donald lanzó una sincera exclamación de rabia, y añadió, ya fingiendo:

—¡Se aclarará este asunto, cueste lo que cueste, y los malhechores recibirán castigo!

Despidió al mayordomo y permaneció junto a la cabecera de Donald, observando sus menores gestos, sufriendo con él, hasta que le avisaron la llegada del facultativo y salió a recibirle.

A las ansiosas preguntas que escuchaba, repuso el médico:

—Opino que no hay que temer nada grave. Tiene el cuerpo magullado, pero no hay heridas de consideración ni huesos rotos. En cuanto al sopor que le domina, es originado por una droga rara, exenta de veneno. Le he hecho análisis de sangre, y no he encontrado nada nocivo. Debe seguir el tratamiento que he dado por escrito al mayordomo. Me atrevo a asegurar que dentro de pocos días se encontrará bien.

Donald no se consideró satisfecho, y su interlocutor se avino a razonar su diagnóstico todo lo ampliamente que pudo. Terminó diciendo:

—Debí informar de lo ocurrido a las autoridades competentes; pero su hijo me lo prohibió bajo su responsabilidad, y, basándose en su cargo en el Departamento Especial de Justicia, me avine a obedecer.

—No comprendo los motivos que puedan inducirle a que se guarde el secreto —mintió el padre.

—Supongo deseará ocuparse él mismo de castigar a sus agresores.

—Sí… probablemente. Trataré de disuadirle. Me horripila la idea de que vuelvan a hacerle daño.

Se marchó, por fin, el médico, y Donald tornó a ocupar su sitio junto al paciente, quien, al cabo de un rato, se agitó nervioso, serenóse pronto y abrió los ojos.

—Hola, papá… —dijo, esbozando una sonrisa.

—¡Hola, hijo!… ¡Por fin vuelvo a oír tu voz!

—Yo también… me alegro de verte. ¿Hace mucho que has llegado?

—Apenas una hora. ¡No puedes imaginarte la dolorosa sorpresa que he sufrido!…

—Me lo figuro… ¡Oh, este sueño… este sueño!… ¡Se me cierran otra vez los párpados!…

—Duerme, no te preocupes. El médico ha asegurado que te encuentras casi bien y que se te pasará pronto.

—El médico… Sí… Se me pasará… Pero Addy…

Volvió a quedar dormido. Dos horas después, la nueva dosis de reactivo recetada por el galeno le hizo despertar más despejado y con mayores bríos.

Su primer pensamiento se enlazó con el último tenido antes de dormirse: Addy.

—¡La matarán, esos asesinos, si es que ya no lo han hecho! —exclamó, en una especie de rugido y sollozo.

Donald, obligado a seguir la comedia mezclada con la sinceridad por lo que respectaba al joven, le pasó una mano por la frente, a la par que decía:

—Tranquilízate, muchacho; no sé a qué te refieres, pero sea lo que sea, no te debes excitar.

—Tú no sabes… no puedes imaginar lo que nos ha sucedido…

—Ardo en deseos de que me lo cuentes, pero sabré resignarme a esperar hasta que estés mejor.

—Ella morirá…

—No morirá. ¡Te lo aseguro!

—¿Eh?… ¿Cómo sabes tú…?

Miró escrutadoramente a su padre. Este se arrepintió enseguida de haber lanzado aquella exclamación tan impremeditada como irreprimible. Se dominó enseguida, mas no sin que antes sus ojos hubiesen reflejado cierta turbación.

—¡Respóndeme! ¿Cómo y por qué sabes que no morirá?

—¡Qué criatura eres! —repuso, forzando una sonrisa amarga—. No sé nada de nada. Pretendo animarte.

Alan tornó a dejar caer con desaliento sobre la almohada la cabeza que poco antes irguiera.

—Sí… claro… —susurró—. ¿Cómo puedes tú saber…? ¿Qué tienes en la frente?

—Tropecé al salir del avión. Nada de importancia. No te preocupes. Calla hasta que te repongas.

—No, no; tengo que levantarme y hacer algo sin pérdida de tiempo.

Se incorporó a medias, pero las fuerzas le fallaron y se desplomó como un fardo.

Donald le acarició cual si se tratara de un niño, prodigándole frases de consuelo, frases propias del padrazo en que se convertía cuando estaba al margen de los deberes que desempeñaba en la nefanda organización.

El joven no se durmió esta vez. Abrió de nuevo los párpados a los pocos minutos y refirió tanto la odisea de Addy como la propia, sin omitir detalle.

Vivamente emocionado, aunque no podía sorprenderse de nada, Donald le interrumpía con interjecciones frecuentes de ira y de pena.

—¿Ves como me asistía la razón en mis consejos? ¿Qué necesidad tenías de verte envuelto en estas cosas horribles? ¿No

hubiera sido mil veces mejor que abandonases a tiempo ese oficio y disfrutaras el bienestar que te rodea?

—Calla…

—No quiero callar. Sé bien lo que me digo. Espero que, ya que has salido con bien de esta, no se te ocurra volver a las andadas.

—Te equivocas, viejo. Volveré con más entusiasmo.

—¡Alan!…

—No olvides que soy deportista por naturaleza y que mi deporte preferido es luchar con la muerte.

—¡No!… ¡No!…

—¡Sí!… ¡Sí!… Desenmascararé a esos miserables asesinos y les haré pagar sus crímenes en la silla eléctrica.

—No continúes. Me espanta oírte.

—¿Por qué?

—Porque… puedes ser tú quien caigas y….

—Si yo caigo, otros me seguirán.

—Por favor, no te excites; puede perjudicarte. Vamos, sé buen chico y trata de recuperar fuerzas. No hables más. Estoy dispuesto a no responder o a dejarte solo.

El muchacho obedeció. El sopor tornó a ganarle. Sus labios se entreabrían de cuando en cuando para repetir el nombre de la amada.

Donald, considerándole dormido, se inclinó sobre él y repitió en susurro, con el deseo de que sus palabras, fueran o no reconocidas, despejaran las tenebrosidades que poblaban aquella atormentada mente:

—Addy se salvará… Se salvará… Se salvará…

Notó que el rostro del muchacho perdía dureza, cual si una luz suave lo iluminase interiormente, e insistió en su murmullo:

—Se salvará…

El sueño de Alan fue haciéndose tranquilo, normal. Su respiración dejó de ser fatigosa, y en los labios le floreció una tenue sonrisa.

Viéndole así, Donald le besó en la frente y abandonó de puntillas el dormitorio.

* * *

Cuando Alan despertó nuevamente, permaneció con los párpados apretados.

Tuvo la sensación de haber salido de un mundo de tinieblas en el cual danzaban unos hombres grises, grises por fuera y por dentro, sin un matiz luminoso, como si formaran parte de las tinieblas mismas; unos hombres cuyas conciencias y almas eran duras como el plomo, y de su mismo color.

Creyó que resonaba en sus oídos el dulce susurro que le acarició al dormir: "Addy se salvará… Se salvará…".

Abrió los ojos y volvió a cerrarlos al advertir que no había nadie junto a él.

"Addy se salvará…"

Evocó la voz de su padre… y el tono de seguridad con que le dijo tal cosa.

Sí; no cabía duda de que lo había hecho por animarle, como le dijo; pero… ¿por qué se desconcertó cuando le preguntó él? ¿Por qué se mostró arrepentido de sus palabras? No le cabía duda de que había ocurrido así. Tenía costumbre de escrutar a sus interlocutores y sorprender muchas de sus reacciones involuntarias.

Era raro, muy raro…

Trató de apartar de su mente aquella idea, pero no lo consiguió.

De pronto se vio asaltado por un recuerdo súbito que también parecía surgir de entre tinieblas: se vio en un coche y a un hombre inclinado sobre él. El hombre era su padre… y tenía una herida en la frente.

—Debo padecer fiebre —se dijo—. ¡Qué pesadilla tan absurda! Es decir, absurda, no; nada tiene de particular que en mis delirios haya evocado la imagen del autor de mis días. Sin embargo, aseguraría que le vi; que no fue un producto de mi imaginación…

Cuanto más se afanaba en pensar otras cosas, con mayor fuerza se afianzaba en su mente la indeseada precisión de reflexionar sobre lo que consideraba el mayor de los disparates.

Y, contra su deseo, empezó a atar cabos: los espías no perdonan y menos a un hombre de su peligrosidad, a un hombre que les odiaba a muerte, no ya solo por razón de su cargo, sino por todo lo que le habían hecho sufrir en su persona y la de la mujer que amaba; a un hombre que les conocía bien y que podría

identificarles en cualquier momento; ¿por qué, entonces, le habían perdonado? ¿Quién le arrancó de sus garras? ¿Cómo y por qué motivo?

El problema era arduo, casi insoluble.

Alan advirtió que un doloroso escalofrío le recorrió la espina dorsal.

Algo inconcebible, algo que se hallaba aún más entre tinieblas que todo lo conocido, rememorado y supuesto hasta entonces, había sin duda en el fondo de su espantosa aventura.

James asomó la cabeza, sigiloso, por la entreabierta puerta.

—Ha despertado el señorito… —murmuró, con alegría—. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor; bastante mejor. ¿Y mi padre?

—Ha tenido precisión de salir, pero me ha dicho que regresará pronto. Voy a dar al señorito la cucharada que le corresponde ahora.

—Está bien. Démela.

Se incorporó, ayudado por el mayordomo, e ingirió la pócima.

—El señorito tiene mejor cara. ¡Vaya susto que nos dio!

—Acérquese, James. Quiero hacerle unas preguntas. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Quién me trajo?

—A lo primero, puedo contestar; a lo segundo, no.

—¿Eh?

—El señorito vino en el interior de un coche, cuyo chófer había desaparecido cuando acudimos en su busca.

—¡Explíquese, explíquese!…

El mayordomo lo hizo, sin omitir detalle.

La misteriosa llamada telefónica a que hizo mención produjo en el muchacho extraordinario efecto.

Y otra vez pensó en su padre, aunque se horrorizó de hacerlo; otra vez rememoró el momento del coche; otra vez oyó su voz asegurándole que Addy se salvaría; otra vez ponderó la imposibilidad de escapar de sus enemigos sin que una razón imponderablemente poderosa lo justificase…

Se apretó las sienes con las manos.

—¿Vuelve a sentirse mal el señorito? —inquirió James, asustado.

—No… no… Ha sido un ligero mareo. Retírese, por favor.

—¿Aviso al médico?

—De ningún modo. Se me ha pasado ya.

—Bien. Como el señorito ordene.

—Aguarde un momento, James.

—Diga.

—Telefonee al Departamento Especial de Justicia, pregunte por el señor Hayword y dígale de mi parte que le suplico se moleste en venir a verme.

—Perfectamente, señorito.

El mayordomo salió y Alan tornó a oprimirse las sienes. Sufrió la impresión de que iba a estallarle la cabeza.

Donald regresó pronto y acudió presuroso junto a su hijo.

—¿Cómo te sientes? —entró diciendo—. Tuve necesidad de salir para despachar un asunto urgente…

—¿Qué asunto? —le atajó Alan.

Vaciló el padre unos segundos.

—Cuestión de negocios… —dijo, al fin. Y sonrió, al agregar—: Nunca me has pedido cuentas…

—Perdona; es que me ha sorprendido que, encontrándome enfermo, me dejases, y he temido que se tratase de algo fundamental…

—¡Vamos, vamos! Déjate de preocupaciones pueriles. No ha sido nada importante. Te vi dormido y aproveché… Todo marcha bien. Se trataba de una entrevista concertada para hoy desde antes. La he acabado enseguida y aquí estoy.

Alan no quiso insistir. Miró a su padre con fijeza, pero no hiriente, sino suave, cariñosa, dulce, cual si tratase de convencerse de que aquella frente serena no podía albergar dobleces impenetrables.

Sintiendo Donald el calor de aquella amorosa mirada, se enterneció.

—¿Me encuentras más joven o más viejo? ¿Más feo o más guapo?

Y subrayó las preguntas con un primer tiempo de sonrisa que quiso hacer alegre.

—Te encuentro siempre bien —repuso el interrogado. Y añadió,

tras una pausa breve—: ¿Sabes?… He preguntado a James mi manera de volver aquí, y no tienes idea de lo sorprendido que me hallo.

Donald no se afectó esta vez. Contaba con aquello y no había querido encarecer a la servidumbre que ocultara o disimulase el hecho, puesto que hubiera equivalido a despertar sospechas.

—No te imaginas —respondió, acentuando la sonrisa— la cantidad de vueltas que le llevo dadas al asunto. Parece cosa de novela fantástica, ¿no?

—En efecto. Aunque… en el tiempo que llevo ejerciendo mi profesión he conocido varios casos que por lo inconcebibles superan a todas las narraciones literarias.

—Sí, claro; ¡la vida es tan compleja!…

—Y dime, papá —tu mente está más despejada que la mía—: ¿no has llegado en tus elucubraciones a ninguna conclusión?

—A ninguna.

—¿Ni a sospechar nada ni de nadie?

—En absoluto.

—¡Es para volverse loco!

—Nada de eso, muchacho. Debes tomártelo con calma hasta que te restablezcas. Tiempo tendrás después para pensar.

—Se me ocurre como cosa probable que entre mis enemigos hubiera alguna persona que me quisiera bien y se compadeciese de mí.

Donald encajó perfectamente el golpe.

—Es una suposición lógica —dijo—. De otro modo no se explica el final de la aventura. Si así es, pidamos a Dios que proteja a esa persona.

—Se lo pediremos.

Donald varió el tema y su hijo no hizo nada por evitarlo.

Anunciaron la visita del director del Departamento Especial de Justicia.

Donald mostró sorpresa.

—He hecho que le telefoneasen suplicándole que venga —explicó Alan—. Me encuentro en la obligaron de hacerle saber lo sucedido.

—Me parece muy bien, y encontraré mejor todavía que delegues

en él o en quien, sea el esclarecimiento del asunto.

—Eso no, papá.

—¿Qué quieres decir?

—Le pediré ayuda, pero estoy resuelto a actuar tan pronto como me lo permitan las fuerzas.

—¡Terco, más que terco!

Frank Hayword, precedido de un criado, penetró en el dormitorio y avanzó afectuoso hacia el paciente con la mano extendida.

—¡Mi querido futbolista! ¿Qué le pasa?

Bretty hijo correspondió al saludo con idéntica efusión.

Inmediatamente después, el jefe de la institución oficial mostró sus respetos a Donald, quien se dispuso a salir, diciendo:

—Dejo a ustedes. Opino que van a tratar de cosas que no deben trascender a los profanos.

Hayword consultó con una mirada a Alan, quien limitóse a decir:

—Papá es tan correcto como discreto.

Aquellas palabras equivalían al asentimiento para que Donald les dejase solos. Este, aunque sin exteriorizarlo, tuvo una sensación de disgusto e inquietud.

Había dado por seguro que su hijo le instaría a quedarse.

Despidióse de Frank y abandonó la alcoba.

—¿Ha creído usted necesario —quiso saber Hayword— hacer salir a su padre?

—No puedo olvidar —contestó el joven— que nuestras conversaciones sobre asuntos oficiales deben carecer de testigos.

—Atinada respuesta, Alan. Siempre está usted a su altura.

—Siempre, no; o, por lo menos, a la altura que quisiera tener. Me considero a punto de declararme derrotado en una cuestión de vital importancia.

—Me alarma.

—Juzgue usted mismo.

Le puso en autos de su odisea a partir del momento en que se dijeron adiós luego de haber sido autorizado Alan a desentenderse de todos los asuntos para buscar la pista de Addy.

Hayword le escuchó atentamente, sin interrumpirle una vez

siquiera. Fue después cuando le hizo todas las preguntas y aclaraciones que estimó oportunas.

—He considerado un deber —dijo, como corolario el joven Bretty— darle cuenta oficial de mi aventura… y de mi fracaso. La imposibilidad física me ha impedido visitarle, y por eso le he suplicado que me venga a ver.

—Ha hecho perfectamente, querido amigo; si bien he de desechar la palabra “fracaso” repetida por usted. Su comportamiento ha sido magnífico. Acaso pueda culpársele un poco de nerviosismo exagerado, aunque admisible si tenemos en cuenta que se ocupaba de buscar a la mujer que ama.

—¿A qué punto concreto se refiere?

—A dos: el primero, cuando bajó usted del domicilio de Benito Parquini. Si su sistema nervioso hubiera funcionado normalmente, le habría permitido descubrir a tiempo que habían suplantado a su chófer.

—Es posible —concedió Alan.

—Luego, ya en poder de los espías, debió preocuparse de dominar sus ímpetus y concentrar sus sentidos en la obtención de datos que ahora nos permitieran localizar su guarida.

—Comprendo que tiene razón. No lo interprete como rebeldía, sino como consecuencia lógica de los acontecimientos; deseo presentarle mi dimisión, aunque le pido permiso para seguir ocupándome de este asunto hasta el final.

Hayword sonrió bonachonamente.

—Peca usted de impulsivo, muchacho. Esos fallos a que me he referido son comunes a nuestros mejores hombres, entre los cuales, le contamos. Usted ha sido el primero en soportar las consecuencias. “Perdiendo se aprende”, dice el viejo proverbio de todos los países. Esto le servirá de experiencia para el mañana.

—De todos modos…

—Le ruego no insista en lo que acaba de decir. No acepto su dimisión. Es usted un elemento muy valioso y le necesitamos.

—Pero…

—Hablemos de otra cosa.

—Gracias —murmuró Alan, agradecido y emocionado.

—Mientras se restablece usted, deme, si puede, alguna

orientación para localizar a esos enemigos de la patria.

—No puedo darle ninguna, señor Hayword. Me llevaron sin conocimiento al calabozo donde recobré el sentido; me sacaron de él de la misma manera… y desperté en mi casa.

—Muy extraño eso último, ¿verdad?

—Extraño hasta la exageración.

—Las caras que vio usted, ¿no responden a ninguna de las fichas que poseemos?

—A ninguna.

—La cosa se presenta difícil, pero… ¡triunfaremos!

—Así lo espero.

—Pondré en movimiento a todo el personal, a ver si la suerte nos ayuda.

—Yo me pondré también en movimiento tan pronto como pueda tenerme.

Tornaron a estrecharse las manos.

El jefe del Departamento salió.

Alan, contra su deseo, volvió a pensar en el autor de sus días.

CAPÍTULO IX

EN un espacio no superior a veinticuatro horas, experimentó Addy notable alivio como consecuencia del tratamiento especial que le aplicó Goodis para cumplir los deseos del jefe.

Seguía encontrándose débil, sobre todo mentalmente, pero la opresión del pecho había cedido bastante y los dolores generales disminuyeron hasta el punto de hacérsele soportable en relación con el tormento que antes le producían.

En cambio, su sufrimiento moral había aumentado más de cuanto supuso que podría resistir, desde el momento en que vio a Alan tendido y sangrante a pocos pasos de su lecho.

Nada había vuelto a saber de él. Cuando, repuesta de su deliquio, abrió los ojos, le buscó anhelante por la habitación y preguntó al no encontrarle; mas sus preguntas se perdieron, en el vacío. Goodis permaneció como si estuviera sordo y sus ayudantes le imitaron. Ella suplicó en todos los tonos que le dijesen si vivía o estaba muerto; mas al convencerse de que sus ruegos caían en el vacío, encerróse en un mutismo absoluto, más impresionante que cualquiera otra actitud.

Lo más que llegó a oír sobre la cuestión que estimaba como fundamental para su vida era que si se decidía a entregar su secreto, volvería a ver a Alan, aunque no se le aclaraba si le vería vivo o simplemente su cadáver.

La muchacha no se dejó persuadir: por encima del amor estaba el concepto que tenía de aquel sagrado deber, concepto compartido por el joven Bretty desde el principio al final.

Le parecía estar oyendo aún sus desesperadas recomendaciones: “…nada valen nuestras vidas en comparación con lo que pretenden”.

Sí, su novio estaba en lo cierto. Era preferible llegar al límite del

sacrificio, el de la existencia, a entregar en manos enemigas el descubrimiento trascendental, ya que ello equivaldría a anularlo para la propia patria, pues de poco serviría si los enemigos lo utilizaban también en un conflicto armado.

Y demostrando una capacidad inmensa para los tormentos morales y materiales, la joven inventora esperaba con estoicismo lo que no dudaba habría de sobrevenir en breve plazo: la muerte.

Aquella tarde, precisamente poco después de haber empezado a darse cuenta de que se encontraba mejor, oyó fuera un rumor de voces, y entre ellas una que le produjo sobresalto por serle bien conocida.

La voz en cuestión decía, casi a gritos:

—¡Canallas!… ¡Dejadme: por lo menos junto a mi hijo!

Addy, segura ya de no haberse equivocado, murmuró, trémula:

—¡El señor Bretty!… ¡Dios mío!… ¿También él?

La puerta del laboratorio se abrió violentamente, dando paso a varios espías conduciendo a Donald, el cual llevaba las manos esposadas. Tras ellos, Sonnia y Jesse sonreían feroces y empuñaban pistolas.

Addy creyó ver una reproducción de la escena que días antes tuvo a Alan como protagonista.

El maniatado fijó sus ojos llenos de angustia en la muchacha, a la par que exclamaba:

—¡Addy, hija, mía! ¡Qué horrible es esto!

—¡Oh, señor Bretty!

—¿Te han hecho mucho daño tus verdugos?

—¡Basta! —atajó Sonnia—. Le hemos traído al laboratorio para que se convenza de que su futura hija política vive todavía. Puede hablar con ella a su gusto y decirle cómo está su “dulce amor”. Dentro de diez minutos vendrán a buscarle.

Kirk le dio un fuerte empujón, derribándole sobre los pies de la cama ocupada por la joven. ¡

—¡Vamos! —ordenó Sonnia a sus secuaces—. Salga usted también, doctor. Quiero permitirles que hablen sin testigos.

Les dejaron solos.

Addy, herida por aquella, nueva emoción, dióse cuenta de que las fuerzas morales le flaqueaban otra vez. Trató, sin embargo, de

sobreponerse, y murmuró, afectuosa:

—¿Cómo ha podido ocurrir esto? ¿Es que nuestros enemigos no se van a saciar nunca?

—Son peores que fieras, hijita —contestó el interrogado—. Me sorprendieron en mi casa; luché cuanto pude; de pronto sentí un pinchazo y a los pocos instantes perdí la noción de las cosas.

—Lo mismo hicieron conmigo.

—Cuando desperté, me hallaba en un inmundo calabozo… junto a mi hijo.

—¿Vive, entonces, Alan?

—Vive, aunque… no sé; ¡sería preferible que hubiese muerto!

—¡Oh!

La muchacha se cubrió el rostro con las manos y estalló en sollozos.

Donald trató de consolarla:

—No llores, pequeña. Hemos de conservar la fe hasta el último momento. Mientras hay vida, hay esperanza.

—¡Es horrible, horrible!…

—Lo es.

—Pero… ¿qué se han propuesto con detener a usted?

—Suponen, que Alan conoce tu fórmula, y han creído que hablará para salvarme.

—¡Él la ignora! No ha querido nunca que se la traslade.

—Sería igual aunque la supiese. ¡Oh, no conocen a mi hijo; no saben que se dejaría hacer pedazos antes de traicionar sus convicciones!

—Alan es el primero que me ha prohibido hablar. Prefiere que antes perdamos los dos la vida.

—¡Naturalmente! Ahora seremos tres a perderla; pero, ¡qué importa! ¡Jamás lograrán estos miserables poseer el secreto que tan ardientemente ambicionan!…

—¡Es usted magnífico, señor Bretty!

—Trato, simplemente, de seguir vuestro ejemplo, hijita —hizo una breve pausa, y añadió—: Uno de los mayores sufrimientos de tu prometido eres tú. Cree que has muerto. Como no puede moverse…

—¡No puede moverse!…

—Le atormentan sin piedad y de manera incesante. No puede moverse, repito; tú tampoco te hayas en condiciones de abandonar el lecho, y por eso me han traído para que te informe de su estado y le asegure a él luego que vives. No sé qué nuevo plan cruel se habrán trazado, aunque cabe en lo posible que obedezca a la confianza de que Alan, al saberte viva, confiese a cambio de mi existencia y de la tuya.

—¡Pero él no puede confesar nada! Ya le he dicho que no sabe…

—Los enemigos no lo creen así.

Addy se retorció las manos.

—Dice usted que le atormentan a todas horas…

—A todas. ¡Pobre hijo mío!… ¡No le conocerías si le vieses!…

Fue ahora Donald el que ocultó el rostro y sollozó.

—Señor Bretty… —insinuó ella—. ¿Qué cree usted que debo hacer?

—No te comprendo, muchacha.

—Soy capaz de sufrirlo todo, pero… me faltan las fuerzas para resignarme a que le torturen a él de ese modo. Aconséjeme, por favor.

Donald arreció en el llanto, sin descubrirse los ojos, y repuso, tras larga pausa, durante la cual dio la sensación de sostener una fuerte batalla interna:

—No sé qué decirte, queridita… Ya me has oído que tengo el mismo concepto del deber que vosotros, pero…

—Pero ¿qué?

—No me hagas caso…

—Le he pedido un consejo.

—Consejo que ignoro cómo darte. Hago mías tus palabras: también me siento capaz de sufrirlo todo, pero… flaqueo ante el horrible suplicio de esa sangre de mi sangre.

—Escuche, señor Bretty: cuando vuelva junto a él, pídale que me autorice a hablar; convénzale de que debe hacerlo.

—No lo conseguiré.

—Es necesario lo logre. A ninguno nos asusta la muerte, pero la tortura lenta llega a hacerse insufrible hasta para los más fuertes.

—Bien; puesto que lo deseas, haré el intento.

—Si él no me autoriza, no habrá nada ni nadie que despegue mis labios. La idea de que pueda despreciarme por haberme sentido débil a última hora, me produce más horror que los demás sufrimientos.

—¡Eres sublime, Addy! Se salve o no, mi hijo te llevará en el sagrario de su pecho hasta el último instante de su vida. Hablaré con él de la manera que tú quieres; trataré de arrancarle esa autorización que deseas.

Durante algún tiempo más continuaron hablando. Al fin la puerta volvió a abrirse, y reaparecieron tres malhechores mandados por Jesse, el cual dijo:

—Vamos. Me parece que no se quejarán ustedes de nuestra condescendencia, ¿eh? Les hemos permitido un buen ratito de charla.

De un tirón hizo incorporarse al maniatado, quien se volvió hacia la joven y le echó un beso al aire, diciendo a continuación:

—¡Recíbelo en la frente! ¡Que Dios te bendiga!

—¡Pobre padre! —susurró Addy. Y se enjugó las lágrimas que corrían por sus mejillas, relegados a segundo término sus propios dolores para sufrir por los del ser que acababa de marcharse y, sobre todo, por los de Alan.

Entretanto, Donald, libre ya de las esposas, penetraba en el despacho seguido de Kirk y de Sonnia, que le había esperado a corta distancia del laboratorio.

Estos últimos le interrogaron, anhelantes:

—¿Qué?

—¿Ha conseguido algo?

—Sí —repuso el jefe, aunque ni en el tono ni en el gesto demostraba hallarse satisfecho de sí mismo.

—¿Ha confesado?

—Confesará —le observaron, con alguna decepción, y añadió él —: Nuestra próxima entrevista será definitiva.

Y les dio cuenta de su diálogo con Addy.

Los que le escuchaban exteriorizaron su contento.

—¡Estupendo! —exclamó Sonnia.

—¡Hay que reconocer su valía! —otorgó Jesse.

—Y, sin embargo —repuso Donald—, nunca me he inspirado

tanta repugnancia como ahora.

—¿Eh?

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada. Ustedes no comprenden. No pueden comprender… Hace falta ser padre para apreciar el valor de ciertas cosas.

—¿Va usted a volverse sentimental?

—No. En nuestra profesión, el sentimentalismo es peligroso e inaceptable; mas… por un momento he apreciado en su justo valor toda la hermosura de una conciencia limpia.

No le respondieron, pero en las caras de los que le oían se marcaron significativos gestos reprobatorios.

Añadió Donald, encogiéndose levemente de hombros y recobrando su actitud fría y dura:

—Bueno, ya pasó. Lo único que importa es conseguir el éxito, sea como sea.

—No perderemos tiempo, ¿verdad? —quiso saber Jesse—. Dentro de un cuarto de hora ultimaremos el trabajo…

—No sea usted impulsivo ni torpe, Kirk —le interrumpió Donald —. Si realizásemos la segunda parte enseguida, nos expondríamos a estropearlo todo.

—¿Eh?

—Addy conoce bien a mi hijo; sabe lo difícil que me ha de resultar "convencerte"; ¿imagina usted que si volviese dentro de un cuarto de hora diciendo que le había "decidido" no entraría ella en sospechas?

—Tiene usted razón —admitió Sonnia—. Aunque he sido siempre partidaria de la rapidez, reconozco que en determinadas ocasiones, y esta es una de ellas, procede revestirse de calma.

—Dejemos transcurrir veinticuatro horas —resolvió el jefe—. Ese espacio de tiempo, durante el cual supondrá al muchacho aguantando nuevos martirios, contribuirá a decidirla. Mañana volveré a su lado para decirle que Alan, a punto de morir, accede a que le salve con sus palabras. Ahora les dejo a ustedes. Quiero ver cómo sigue mi hijo.

—¿Continúa, usted sin admitir la posibilidad de que su descendiente constituya un peligro para nosotros?

—Lo constituye, como todos los que luchan contra el espionaje,

pero no él de manera especial. Le trajeron aquí sin conocimiento y sin conocimiento se le sacó. Ignora en absoluto dónde estuvo y no podrá localizarnos.

—Así sea.

Donald salió sin añadir nada más.

Hubo un silencio largo.

Sonnia fumaba reflexiva; Jesse daba nerviosos mordiscos al extremo del puro.

—No comparto yo esa tranquilidad del jefe —declaró Kirk, rompiendo la pausa—. El muchacho nos conoce, como igualmente a varios de los nuestros, y el peor día puede encontrarnos en cualquier sitio.

Los labios de Sonnia se doblaron en una sonrisa despiadada.

—Ya he pensado en eso —dijo.

—¿Y bien…?

—Por de pronto, esperaremos a que el padre nos obtenga la fórmula “2 × 2”.

—Bien; pero… ¿luego?

Sonnia miró de un modo especial al que le preguntaba; se levantó sin responder y aplastó el cigarrillo:

El cerebro de Kirk trabajó activamente esforzándose en hallar el significado de lo que veía.

Lo consiguió a medias.

—¿Piensa usted —inquirió—en la conveniencia de eliminar definitivamente al hijo cuando hayamos logrado nuestro propósito?

—Al hijo… ¡y al padre!

—¡Sonnia!

—¿Es que no se da usted cuenta de las cosas que ha dicho? ¡Se inspira repugnancia! O, lo que es lo mismo: empieza a arrepentirse de ser como es.

—Sí… comprendo.

—Un hombre sensiblero, padre de un inspector del Departamento Especial de Justicia, significa un grave peligro para nuestra organización.

—Pero… se trata de un gran jefe… En las alturas pueden creer…

—En las alturas aceptarán mi informe. Usted firmará como

testigo de las cosas que yo cite.

—Haré lo que usted quiera.

—Y, en todo caso, asumiré la absoluta responsabilidad.

Kirk tendió su mano. Sonnia se la estrechó con fuerza… En los ojos de ambos brillaba el odio hacia el hombre que les había humillado.

CAPÍTULO X

HORAS después de haberse marchado el director del Departamento Especial de Justicia, Alan se arrojó del lecho.

Los largos efectos soporíferos habían pasado en absoluto y el muchacho se consideró incapaz de permanecer más tiempo inactivo. Bien era verdad que la cabeza le dolía, que las contusiones y mal cerradas heridas de su cuerpo le originaban intenso malestar; mas para su naturaleza de hierro aquello no pasaba de ser un cúmulo de pequeñas cosas fáciles de vencer.

Se echó sobre los hombros un lujoso batín y pasó al cuarto, de baño próximo a la alcoba.

Una ducha fría y prolongada, seguida de enérgicas fricciones, le hizo encontrarse a sí mismo.

Había perdido sangre, sí; pero ¡contenían sus venas tanta y tan poderosa!

Estaba ya a medio vestir cuando el mayordomo entró para suministrarle una de las cosas recetadas por el médico.

—¡Señorito! —exclamó, en el colmo del asombro.

Sonrió, complacido, el inspector.

—¿Qué pasa, mi buen James?

—Pero… ¿es posible que el señorito…? ¡Tan grave como parecía estar!… ¡Qué dirá el médico!…

—¡Bah, no dirá nada, porque nos pasará una cuenta como si me hubiera asistido un año y se lo abonaremos sin protesta!

—¡Buen humor tiene el señorito! Bien sabe que no me refiero a eso.

—Sí, bien lo sé. Pero no ponga esa cara. ¿Es que no le gusta verme convertido otra vez en persona?

—Claro que sí; pero… Bueno… se tomará la cucharada,

¿verdad?

—No. Basta de pócimas.

—¡Por favor!… El médico ha dicho que esto le ayudará a recuperar las fuerzas…

—Bueno, hombre, bueno. No quiero ocasionar disgustos al doctor ni a usted. Venga el meringote.

James se lo suministró, y él hizo una mueca de desagrado.

—¿Tan malo está?

—Pruébelo y convénzase.

—¡Oh, no, gracias!

Sonrieron ambos.

—¿Está mi padre en casa?

—No. El señor salió hace bastante rato.

—Bien. Retírese y envíeme al ayuda de cámara. Ya ve que soy buen chico y quiero evitarme movimientos peligrosos.

—Si el señorito lo permite, le atenderé yo.

—Está bien. Adelante.

Con el auxilio del mayordomo se vistió calmosamente, sin enterarse casi de las afectuosas recomendaciones que este le hacía en beneficio de su salud. Había vuelto a abstraerse en los desagradables pensamientos que le martirizaban.

Poco después adentróse en su despacho, pero no hizo otra cosa que observar, a través de la entornada puerta, el instante en que no hubiera ningún criado en las proximidades y le fuera posible penetrar sin ser visto en el despacho del autor de sus días.

Apenas hubo conseguido tal propósito, dio comienzo a un registro concienzudo y hábil, entre grandes esfuerzos para dominar su nerviosismo.

Cada ruido, por insignificante que fuera, le sobresaltaba en grado sumo, temiendo fuera su padre quien lo producía al regresar.

Varias veces estuvo a punto de renunciar a su tarea. Le parecía monstruoso lo que realizaba. Mas por encima de aquellos escrúpulos flotaba la sospecha que no hubiera querido tener y se arraigaba en su cerebro la necesidad de cumplir su sagrada obligación para con la patria y de hacer todo lo imaginable por descubrir el paradero de Addy.

El registro resultó infructuoso.

Alan lanzó un suspiro de alivio al convencerse de que allí no había nada acusador para el autor de sus días. No obstante, una fuerza oculta, misteriosa, le instaba a seguir buscando sin darse por vencido.

Con los mismos cuidados de antes, se deslizó hasta el dormitorio de Donald y durante un buen rato estuvo inspeccionando cuanto se ofreció a sus ojos, con idéntico resultado negativo.

Aumentó la sensación de descanso de su espíritu y se recriminó duramente por haber admitido tan horrible duda.

Volvió a sus habitaciones y se dejó caer vestido sobre la cama. Contra todos sus propósitos, el cerebro no le dejaba de funcionar en torno al mismo tema.

De pronto, un nombre le acudió a la mente: Pennsylvania.

Volvió a incorporarse con rapidez y se dispuso a salir.

—Si vuelve mi padre antes que yo —advirtió al mayordomo—, dígale que he sentido la necesidad de pasear un poco, de que me dé el aire.

Prescindiendo del nuevo chófer (el que fue víctima de los espías cuando secuestraron a Alan murió sin recobrar el conocimiento), utilizó el muchacho otro de sus autos y se dirigió al Departamento Especial de Justicia.

Hayword no se encontraba allí.

Alan, desde su pequeño despacho oficial, averiguó por teléfono lo que le interesaba y temía: su padre no había regresado de Pennsylvania cuando le dijo, sino la noche anterior, ya tarde, por causa de la atmósfera. Esto era, a tiempo de salvarle a él. No era, pues, una alucinación el rostro que creyó reconocer al poco tiempo de haber sido arrancado a la muerte.

Y la despiadada duda se agarró a él con más saña.

Permaneció muchos minutos con la frente hundida entre las manos, sosteniendo una singular batalla en su espíritu, dominado por la desesperación, vacilando entre aquellos dos deberes que le atenazaban.

Todavía conservaba la esperanza de hallarse equivocado, de que cuanto ocurría debiese su origen a un cúmulo de circunstancias casuales que le ocultaban la realidad.

Y, decidido a seguir sobre la brecha, hizo que uno de los

subalternos telefonease, sin decir desde dónde preguntaba ni quién era, para averiguar si Donald había, regresado.

Contestaron afirmativamente.

Alan se justificó, simulando una sonrisa de niño travieso.

—Me ganaré una bronca —dijo—. Tenía la esperanza de regresar sin que mi padre se enterase de mi escapatoria.

Dejó allí su coche y tomó uno del Departamento sin distintivo especial.

No tardó en detenerse en la calle Ocho, a una distancia prudencial de su casa que le permitiera ver a cuantos entraban y salían.

Tras media hora de paciente espera, descubrió a su padre, el cual subió al auto que desde tiempo atrás le aguardaba.

Comenzó a seguirle.

En la calle Doce, frente al “Café Bruno”, detúvose el “Lincoln” de Donald. Este despidió al conductor y penetró en el establecimiento, para salir muy poco después y ocupar el primer coche de servicio público que pasó.

Reprodújose el seguimiento. Alan adoptaba todas las precauciones imaginables para no despertar sospechas, cosa relativamente fácil dado el gran tráfico existente.

A la entrada de Batery Place, Donald se apeó y continuó a pie su camino. Alan hizo otro tanto.

Latía con fuerza inusitada el corazón del muchacho ante el temor de ser descubierto no obstante sus precauciones y la gran habilidad que le caracterizaba.

Sus sospechas eran más fuertes cada vez. ¿Qué tenía su padre que hacer en aquel barrio? ¿Por qué se había valido de tales medios de locomoción?

Le vio entrar en una tienda de sedas y perfumes, y él penetró en un bar próximo. Tornó asiento junto a la ventana que más le convenía. Se hizo servir anisete griego y permaneció alerta, aunque disimulando bien la vigilancia que estaba llevando a cabo.

El tiempo transcurría con lentitud desesperante.

Más de una hora había pasado sin que Donald reapareciese, cuando de pronto…

El joven inspector, aunque preparado ya para sufrir todas las

emociones, por grandes que fueran, no pudo menos de entreabrir la boca en gesto de estupor y parpadear nerviosamente: Donald salió de la tienda de sedas… pero no iba solo. Le acompañaba uno de los hombres que más se habían destacado martirizando a Alan. No le cupo duda: la tienda era la tapadera y se comunicaba con la guarida de los espías.

—¡Qué horror! —dijo el joven, entre dientes

Abonó lo consumido, sin recoger la vuelta, y caminó tras ellos.

El jefe y el subalterno separáronse al final de Washington Street. Subió el primero a un coche público y el segundo continuó andando.

Alan, tras vacilar unos instantes, siguió a este último. La suerte favoreció el propósito que acababa de ocurrírsele de detener al espía eludiendo en lo posible todo escándalo, pues este se encaminaba hacia el punto donde el joven dejó su coche antes.

Muy cerca ya del vehículo, adelantóse el perseguidor basta colocarse al lado izquierdo del perseguido el cual dio un respingo al notar sobre el costado la dureza de un cañón de pistola y oír una voz enérgica que le ordenaba:

—¡Quieto, o le acribillo!

—¡Usted!



—¡Quieto, o lo acribillo!

Un terror indescriptible apoderóse del delincuente, quien miró en distintas direcciones con el ansia loca de hallar un resquicio por donde desaparecer.

—No mueva las manos y suba a ese coche —siguió mandando el joven Bretty.

El espía, amarillo como la cera, dio la sensación que se disponía a obedecer; pero de pronto se revolvió desesperado, dispuesto a todo.

Un gancho de izquierda brutal le hizo tambalearse y caer sin sentido sobre las losas.

La gente se arremolinó. Comprendió Alan que debía hacer aquella escena lo más corta posible, y, tras mostrar su carnet, dijo:

—Es un malhechor peligroso. Ayúdenme a meterle en el coche.

Habló así mientras colocaba al espía unas esposas que siempre llevaba consigo.

Sobraron manos para prestarle el auxilio requerido.

El joven Bretty se situó ante el volante e hizo al coche tomar una velocidad más que moderada.

A través del espejo observaba al inanimado delincuente, quien no tardó en volver en sí y expresar su desesperación al darse cuenta del estado en que se hallaba.

—¿Qué se propone hacer conmigo? —preguntó, con acento de suprema angustia.

—Bien puede suponerlo —repuso el interrogado, sin volver la cabeza.

—Párese, Alan Bretty; ¡párese y escúcheme!

El inspector sufrió un doloroso escalofrío, mas no respondió ni llevó a cabo movimiento alguno.

El detenido, que, como la mayor parte de las personas crueles, era cobarde, consideróse perdido sin remisión. De nada le serviría negar ni resistirse incluso al “tercer grado”. Su aprehensor había sido su víctima, lo sabía todo; ¿de qué podrían servirle las negativas?

Insistió, con ansia febril:

—Escúcheme. Debo decirle algo trascendental. Si no me hace caso, se arrepentirá toda su vida.

Aun presintiendo lo que iba a oír, Alan aminoró la marcha, y dijo, en tono que no reconoció como suyo:

—Hable.

—Debe usted soltarme… Está en la obligación de hacerlo… si no quiere llenarse de oprobio…

Fingió el inspector, al hacer un desdeñoso y leve encogimiento

de hombros y responder:

—¡Qué imbecilidad!

—¡No lo es, se lo aseguro!… Procure no sulfurarse por lo que va a oír y piense de antemano que puedo ofrecerle pruebas. Hay alguien en su familia… alguien a quien usted, lógicamente, tiene que querer desmesuradamente, que se hundirá si me hundo yo. Ese alguien es nuestro jefe.

—¡Miente! —rugió Bretty, a sabiendas de que escuchaba la verdad.

—Acabo de decirle que puedo probarle mis palabras.

—Aunque así fuese, cumpliré con mi deber.

—No me ha comprendido… No me refiero a un familiar cualquiera, sino… ¡a su propio padre!

Vibró Alan de arriba abajo, pero apretó los dientes y aceleró otra vez la marcha.

—¿Es que está sordo? ¡Le he dicho que su padre es nuestro jefe y que estoy en condiciones de demostrarlo!

El inspector continuó, sin volverse ni hablar; como un autómata.

—¿Es que no me cree?

Continuó el silencio por parte de Bretty.

—¡Está usted loco o borracho! ¡Déjeme libre y salvará a su padre… o nos hundiremos todos! ¿Sigue sin querer oírme?… ¡Estamos llegando!… ¡Deténgase! ¡Suélteme! ¡Aún es tiempo!… ¡Oh, es usted idiota!

—¡Cállese, o vuelvo a dormirle de un puñetazo! —amenazó Alan, con voz enronquecida, preñada de reacciones opuestas.

—¡No me entregue!… ¡No quiero morir!…

Chirriaron los frenos.

El coche se detuvo ante la puerta del Departamento Especial de Justicia.

Bretty saltó a tierra. Su aspecto resultaba tan imponente que uno de los policías de guardia se asustó al verle, e inquirió:

—¿Qué le sucede?

Desentendiéndose de la pregunta, ordenó al recién llegado:

—Llame a un compañero y hágase cargo del detenido que traigo en el coche. Póngalo incomunicado hasta que yo regrese. Cuiden mucho de él. Es hartamente peligroso.

—A sus órdenes, inspector.

El espía no trató ya de resistirse. Sus ojos despedían fuego. Babeaba su boca.

Alan volvió al volante y tomó el camino más corto para llegar a su casa.

* * *

—El señor está en su despacho —dijo James, contestando a la pregunta que el joven Bretty le hiciera—. Se intranquilizó mucho al saber que el señorito había salido.

Volvió la espalda al sirviente, se dirigió a la habitación indicada, entró sin llamar y cerró tras sí.

—Hola, loco, más que loco —exclamó Donald al verle—. Yo preocupado por tu salud, creyendo encontrarte aún grave, y tú de paseo…

Se interrumpió y arrugó el entrecejo al observar el fuego hiriente que brillaba en las pupilas del muchacho.

—¿Qué te ocurre?… ¿Qué modo de mirarme es ese?

Sin contestar, Alan avanzó hacia él, muy despacio.

—¿No me has oído?

El joven continuó el avance. Donald, instintivamente, retrocedió.

—¿Qué demonios te pasa?

Alan se detuvo a dos pasos del autor de sus días, y con acento desgarrado, habló al fin:

—Por vez primera he faltado al cumplimiento de mi deber, y antes de hacer lo necesario para encarcelar a tus secuaces y librar a Addy, si aún es tiempo, he venido a ordenarte que te salves.

El rostro del jefe se descompuso. Abrió mucho los ojos, agrandados por el pánico y la sorpresa, e hizo un enorme esfuerzo para replicar, con voz insegura:

—¡Estás loco!

Interrumpióle el joven inspector:

—Ahorremos palabras y tiempo. ¡Lo sé todo, todo!, y te incito nuevamente a que sin perder segundo desaparezcas de Nueva York y me evites el dolor y la vergüenza de saberte detenido y ajusticiado.

—¡Calla, insensato! ¿Cómo y de qué te atreves a acusarme?

—Te acuso de ostentar la jefatura de una numerosa banda de espías que opera en esta capital.

—¡Mientes!

—¡Sabes que no! ¡Ahora mismo voy a ocuparme de detener a tus secuaces, a los que me martirizaron antes de que tú llegaras en mi auxilio, a los que acaso hayan asesinado ya a Addy!

Desmoronóse toda la fuerza moral de Donald. Las palabras que escuchaba eran como mazos que le golpeaban el cerebro.

Crispados los nervios, jadeante, clavó las uñas en el respaldo del sillón sobre el que se apoyaba…

—¿Cómo has podido caer tan bajo, papá? ¡No me digas que lo has hecho por cariño hacia mí, para cimentarme una fortuna! ¡No dudo de que me quieras, pero me lo has demostrado mal! ¡En cualquier instante ha podido ocurrir lo de ahora, ser otro el que haga el descubrimiento y creérseme a mí un traidor complicado en vuestros crímenes!…

—¡Calla!

—Sí; es preferible callar. ¡Márchate en el acto! ¡Te lo ordeno como inspector del Departamento Especial de Justicia! ¡Te lo imploro como hijo! ¡Si no me obedeces y complaces, te perderás y me perderé!

La reacción de Donald fue totalmente insospechada. Su puño fuerte, duro como el hierro, fue a estrellarse contra la mandíbula del joven, quien, débil todavía, no pudo resistir la agresión y cayó sobre la alfombra, perdido el conocimiento. Arrojóse su padre sobre él y lo amordazó hábilmente. Luego, utilizando cordones de los cortinajes, le ató de pies y manos y le dejó sujeto a la mesa-escritorio.

Realizada esta operación, se estiró el traje, alisóse el cabello y fue hacia la puerta. Allí se detuvo unos segundos para volver sobre sus pasos e inclinarse sobre Alan, a quien besó en la frente a la par que murmuraba:

—Adiós… para siempre, hijo. No podrás imaginar nunca cuánto me duele esto que acabo de hacer, pero… ¡es mi única salida!

Abandonó la estancia, cerrando por fuera y guardándose la llave.

—El señorito queda trabajando en mi despacho —dijo a James —. Que nadie le moleste.

—Bien, señor.

—Avise a los demás criados. Aunque vinieran visitas, no se le debe pasar aviso siquiera.

—Se hará como el señor ordena.

Dominando los nervios, salió con su habitual paso majestuoso.

CAPÍTULO XI

ALAN no pudo calcular el tiempo que duró su desvanecimiento. Cuando volvió en sí, tardó varios minutos en recobrar el dominio de sus facultades mentales.

Y una oleada de pena le bañó el corazón.

Había querido salvar a su padre… y su padre le correspondió agrediéndole.

No tardó, sin embargo, en comprender los motivos de que este se comportara así: necesitaba ganar horas a fin de poner sobre aviso a la banda, y para ello consideró preciso inutilizarle a él.

La cosa era terrible, pero, en medio de todo, encerraba un noble deseo de no abandonar a los que actuaban bajo sus órdenes.

Realizo el joven sobrehumanos esfuerzos para librarse de las ligaduras y la mordaza, esfuerzos que requirieron largo espacio para comenzar a ser fructíferos, pues además de que las energías del que los realizaba eran muy débiles, las ligaduras fueron hechas a conciencia.

Al cabo de media hora larga, logró romper los cordones que le aprisionaban los pies, y con ellos empezó a golpear desesperadamente la mesa a la que se hallaba sujeto.

Llegó a temer que aquello resultaría inútil. Los criados estarían en sus quehaceres y no oirían sus porrazos ni podrían imaginar que se les llamase de aquella manera. No obstante, siguió golpeando minuto tras minuto.

Por fin oyó pasos que se acercaban. El corazón le aceleró los latidos.

Golpeó con más furia.

Llamaron a la puerta y sonó la voz de James:

—Señorito… Señorito Alan…

Quiso gritar, y se lo impidió la mordaza.

Los pasos se alejaron indecisos.

El joven, sacando fuerzas de flaqueza, insistió en los porrazos.

El mayordomo volvió atrás y llamó de nuevo.

La desesperación permitió a Bretty lanzar un alarido tan fuerte y extraño, que, a pesar de la mordaza, llegó a oídos de James, quien, sin vacilaciones, trató de abrir la puerta.

Al encontrarla cerrada con llave, no supo qué hacer.

Los golpes continuaban dentro.

Alan oyó, desalentado, que los pasos se alejaban, y ya del todo, hasta perderse; mas pronto recobró el ánimo al oírlos de nuevo y darse cuenta de que eran varias personas las que se aproximaban.

James había requerido la ayuda de otros sirvientes.

Se dejaron caer una vez y otra, hasta hacer saltar la cerradura y caer ellos rodando como consecuencia del impulso.

De varias gargantas escapóse la misma exclamación:

—¡El señorito!

Se apresuraron a desatarle, librándole ante todo de la torturadora mordaza. Las preguntas se sucedían. Alan, exhausto, se dejó llevar hasta el amplio sillón, donde el afectuoso mayordomo friccionóle, sin dejar de dar órdenes a los demás criados para que trajesen alcohol, vendas y algún estimulante. Dio también el encargo de que avisasen al médico.

—¡No! —interrumpió Alan—. ¡Al médico, no!

Pocos minutos después había recobrado las fuerzas necesarias para valerse por sí mismo. Una copa de coñac contribuyó mucho a reanimarle.

Y mintió para satisfacer el ansia curiosa de la servidumbre:

—No sé quién me atacó. Estaba trabajando y de pronto recibí un golpe. Es cuanto puedo decirles.

La explicación llenó de desconcierto a los que la oyeron, pero él se dispuso a salir, sin cuidarse de ampliarla.

James protestó al verle dirigirse a la puerta.

—¡Cómo! ¿Va a marcharse el señorito?

—Sí. ¡Ni una palabra de esto a nadie!

—¡Pero!…

El joven Bretty continuó su no muy seguro avance, pues todo el

cuerpo y especialmente los pies dolíanle extraordinariamente. El mayordomo caminó tras él, esforzándose en disuadirle, hasta la misma calle.

Viéndole tomar el coche y alejarse, exclamó abrumado:

—¡Lo que se va enfadar el señor cuando se entere!…

* * *

Donald, apenas hubo dejado a, su hijo imposibilitado de todo movimiento y encerrado en el despacho, dirigióse en un auto de alquiler a la casa en que se hallaba instalado el cuartel general de los espías y se encerró con Sonnia y Jesse, la cual, antes de hacerle pregunta alguna que aclarase aquella reunión precipitada, anunció:

—Addy Ball está ya en condiciones de salud bastante aceptables. Goodis lo ha conseguido. Opino que no debe esperarse más para seguir la comedia y arrancarle esa fórmula.

—Hay algo más importante que eso todavía —replicó el jefe.

—¡Nada lo es tanto! —refutóle ella.

—Hable —instóle Kirk.

—Estamos descubiertos. Mi hijo sabe quién soy.

—¿Eh?

—¿Qué?

—Ignoro si la policía lo sabrá también, pero en todo caso tardará poco en enterarse. He hecho lo preciso para que dispongamos de unas horas que nos permitan destruir lo que no podamos llevarnos, recoger lo más importante y huir.

Le miraron ceñudos, iracundos.

—¡Estas son las consecuencias de su sensiblería! —barbotó Sonnia.

—¡Estas son las consecuencias —refutó Donald— de haber actuado sin contar conmigo y, por lo tanto, mal! Si hubieran aguardado mi regreso, habría obtenido yo esa fórmula por procedimientos hábiles, sin apelar a la violencia. Solo en último término hubiera procedido secuestrar a una mujer que es la prometida de un inspector del Departamento Especial de Justicia y a dicho inspector incluso.

—¡Señor Bretty!

—¡Eso!…

—Eso es como lo oyen. No me refiero a que ese inspector sea mi hijo. El hecho en sí es una insensatez.

—¡El hecho en sí —protestó Sonnia— es uno de tantos, más o menos peligrosos, llevados a cabo por la organización y que no hubiera dado mal fruto de no haber intervenido usted!

—Inspectora Sonnia Parry: No le permito que se exprese en esos términos… ni creo debamos invertir minutos en discusiones extemporáneas. He dejado a mi hijo atado, con una mordaza sobre su boca y bajo llave. Transcurrirán varias horas antes de que le descubran. Hemos de aprovecharlas.

—Me parece bien —repuso la mujer dominándose y siempre firme en sus propósitos—. Aprovechémoslas en todos los aspectos. Haga usted el intento definitivo para obtener la fórmula, mientras Kirk y yo nos ocupamos de preparar la huida.

Donald vaciló.

—No creo que debamos…

—Lo que no debemos de ningún modo —atajóle Sonnia— es renunciar a ello. Acaba usted de decir que disponemos de unas horas; pues bien; demostremos que sabemos utilizar hasta el último minuto.

El jefe accedió. La idea de que aquello, si salía airoso como esperaba, le bastaría para anular los cargos que pudieran hacérsele por su comportamiento anterior, acabó de decidirle.

—Conforme —dijo—. Vamos —Kirk se adelantó, dispuesto a esposarle como la otra vez, pero él le contuvo con un ademán y diciendo—: No hace falta.

—¿Eh?

—No hace falta, repito.

Y miró al subjefe con fijeza escrutadora. Este se estremeció ante la sospecha de que su interlocutor leyese sus pensamientos.

—Representaré la farsa sin estar esposado —anunció Bretty—El ambiente está muy enrarecido y… todos precisamos movernos sin ataduras.

—Lo que usted mande.

Sonnia y Jesse cambiaron una rápida mirada de inteligencia que Donald no captó.

Los dos hombres recorrieron el trayecto hasta el laboratorio a

cuya puerta detuviéronse ambos por indicación del jefe, el cual se marcó unas perfectas moraduras en el rostro, compuso un gesto de angustia, dejó caer los brazos desmayadamente, hundió la barbilla sobre el pecho y murmuró:

—¡Ahora!

Kirk le cogió de un brazo y le hizo entrar, zarandeándole.

Addy se incorporó apenas en el lecho y lanzó una exclamación de tristeza suprema:

—¡Señor Bretty!

—¡Hija mía!

Y se dejó caer sin fuerzas, como vencido, a los pies de la cama.

Jesse habló a Goodis en voz alta:

—Salgamos. Este hombre ha pedido una entrevista definitiva de cinco minutos. Si el resultado no es satisfactorio, le pondrá usted una inyección… de las que hacen dormir para siempre.

Tales palabras, dichas en tono escalofriante, impresionaron a la joven hasta la exageración.

Les dejaron solos.

Y la infeliz que tantos ánimos necesitaba, esforzóse en reanimar al comediante:

—Señor Bretty, levante el espíritu… Le han torturado mucho, ¿verdad?

—Sí… queridita, sí… —susurró él casi con el aliento—. Más de lo que lógicamente puede resistir un ser humano… Soy una piltrafa…

—¡Esos infames!…

—No hay solución, hija mía.

—¿Y Alan?…

—Tampoco le es posible continuar sufriendo. Como es fuerte, la vida se resiste a abandonarle y su tormento es espantoso… Ya no puede más… No podemos más…

—¿Entonces?

—Entonces, como antes, continúa firme en su negativa. Ya conoces lo hombre que es…

—¡Inigualable!

—Pero creo que debes desobedecerle… y que él, en el fondo, te lo agradecerá.

—¿De veras opina usted así?

—Estoy seguro. Es el concepto de la dignidad, de la hombría, lo que le hace mantenerse firme; pero sus ojos carecen de brillo, sus labios están secos, sangra por todas partes…

—¡Oh!…

—¡Has de impedir que le torturen más… que nos torturen más!…

—¡Sí, desde luego! ¡Lo haré! Lo haré, pero…

—¿Qué, hija?

Las pupilas de Donald habían brillado gozosas, mas volvieron a entenebrecerse al oír la vacilación.

—Escuche, señor Bretty; yo… yo adoro a Alan… no quiero que sufra más… y sin embargo…

—No te detengas. Solo me han concedido cinco minutos.

—Compréndame; tengo el mismo concepto que él de la dignidad, de la propia estimación, de la responsabilidad ante la historia. Me niego a descubrir mi secreto…

—¿Eh?

—Pero lo pongo en las manos de él.

—No acierto a comprenderte,

—No recuerdo bien la fórmula; mi mente está debilitada en grado sumo; además, no hay tiempo para dictársela ni usted se halla en condiciones de escribirla…

—Haré un supremo esfuerzo…

—Sería inútil. Voy a decirle donde guardo una copia de la misma. Usted se lo hace saber a Alan… ¡y que él resuelva! Cuando no pueda más, si quiere, que lo comunique a nuestros enemigos.

—¡Eres un ángel, Addy! Te escucho.

—En mi dormitorio hay un pequeño sillón donde solía sentarme para trabajar en ocasiones en que, después de acostada, se me ocurrían cosas y tenía que tirarme del lecho para dejarlas escritas. Los brazos de ese sillón terminan en adornos vulgares. El adorno izquierdo entra a tornillo que gira en sentido inverso al usual. El brazo está hueco. Allí guardo, entre otras cosas interesantes, la copia de la fórmula "2 × 2” —Donald hizo un gesto de ingenuo asombro. Añadió Addy—: Que Alan resuelva entre entregar el secreto o la vida. Yo se lo confío a él. Mi resistencia se acaba ante

lo que sé de su tormento.

—Insisto en lo que creo haberte dicho antes de ahora. ¡Eres sublime!

—Cumplirá usted mi deseo, ¿verdad? No dirá nada a nuestros verdugos…

—Tranquilízate.

—Debe ser Alan quien decida.

—Alan decidirá.

Durante un par de minutos más cambiaron entre sí frases de consuelo.

Volvió a abrirse la puerta y Jesse reapareció. También desempeñaba acertadamente su papel. Se enfrentó con Donald, inquiriendo:

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Hemos perdido el tiempo una vez más?

—Lléveme junto a mi hijo —pidió el interrogado.

—¿Para qué?

—Lléveme… y póngame luego, si quiere, esa inyección final.

—Está bien. En marcha.

Le agarró sin miramientos y le empujó hacia la puerta.

Addy apretó los párpados para no verle salir.

Cuando estuvieron lejos, Jesse preguntó:

—¿Ha triunfado?

—Sí.

—¡Enhorabuena!

—Deseamos que no sea este el triunfo final.

—No conviene ser agoreros.

Sonnia les salió al encuentro antes de que llegasen al despacho.

—¿Qué?

—Todo se ha desarrollado como esperaba. Sé dónde está la fórmula. Vamos dentro.

Apenas hubieron cerrado tras sí, Donald informó cumplidamente de la entrevista con Addy.

Llamó luego por el teléfono interior.

—Que suban Munton y Rusell.

La inspectora inquirió:

—¿Va usted a comisionar a esos hombres…?

—Son de los mejores con que contamos.

—Merecen absoluta confianza… —ratificó Kirk.

—¿Conocen ellos ya lo que ocurre? —quiso saber Donald.

—Ellos y todos. Se trabaja activamente en la destrucción de lo que no podemos llevarnos.

Aparecieron los requeridos.

—Voy a darles un encargo de máxima responsabilidad —empezó diciendo el jefe—. Espero cumplan como buenos —les informó de lo que deseaba, y acabó diciendo—: Háganse acompañar por cuatro muchachos y llévense pistolas ametralladoras. Lo más probable es que no tengan tropiezos, pues nadie supone que nos interese volver allí; pero… como saben, la cosa está revuelta y conviene adoptar precauciones. Cuando tengan en su poder los documentos, no vuelvan. Vayan al “Cabaret Azul”, en Greenwich Villaje, y esperen la llegada de uno de nosotros. Nada más.

—Está bien, jefe.

Russell y Munton salieron rápidamente. Minutos después, seguidos de otros cuatro espías, dirigiéronse hacia el número 106 de la calle Doce.

Entretanto, los que quedaban continuaron activamente los preparativos de fuga.

Con el fin de no despertar sospechas llevando valijas abultadas, guardaron en los bolsillos interiores todo cuanto podían contener sin que se notara demasiado.

—Creo —dijo Donald— que no debemos perder más tiempo.

—Usted dijo que disponíamos de varias horas.

—Sí, pero no se deben descartar nunca las casualidades.

—¿Teme acaso que su hijo…?

—De un inspector del Departamento Especial de Justicia pueden temerse siempre cosas extraordinarias.

Le miraron con rencor.

—¡Así debió usted pensarlo antes! —barbotó Sonnia.

—Primero debieron pensarlo así ustedes.

Iba la inspectora a replicar, pero se quedó suspensa, como asimismo los otros: acababa de rasgar el aire el impresionante alarido de varias sirenas.

—¡La policía!

Hubo un momento de silencio absoluto ocasionado por la sorpresa y el miedo.

Miraron a través de las distintas ventanas y, a la clara luz de la luna, vieron llegar coche tras coche.

Varios espías entraron precipitadamente, exclamando:

—¡La policía!

—¡Están rodeando la casa!

—¡Se acercan a la tienda y al garaje!

Un gran nervosismo se apoderó de todos, a excepción de Sonnia y Bretty, quienes, probando una vez más sus excepcionales cualidades para el mando, se impusieron y calmaron en lo posible a sus secuaces.

Kirk logró dominarse también.

—¡Pronto, seguidme! —ordenó el jefe.

Le obedecieron en el acto, comprendiendo que les conducía hacia una de las salidas secretas.

Recorrieron el largo pasillo, la escalera de caracol, las habitaciones del piso tercero… Hizo Jesse girar el mueble que cubría el hueco por donde había que pasar de uno en uno. Descendieron los otros escalones, siguieron el estrecho corredor…

La puerta del laboratorio surgió ante ellos. Goodis y sus ayudantes estaban en el umbral.

—¿Qué ocurre? —inquirió el diabólico médico.

—Vengan tras nosotros —repuso Donald, quien había continuado adelante en busca de la ansiada salida.

—¡Un momento! —gritó Sonnia.

Se detuvieron todos.

—¿Qué pasa? —preguntó Bretty.

—¡No estoy dispuesta a dejar viva a Addy Ball!

—¡Eh!

—Si nos salvamos y la rescatan constituirá un peligro para nosotros, puesto que nos conoce.

—¡Pero…!

—¡Bastante tenemos con el riesgo que su hijo nos significa!

Donald advirtió que en el ánimo de la mayoría habían caído

bien las palabras de la siniestra, mujer. Los ánimos se exaltaban por segundos, y hasta los hombres que le eran a él más fieles se mostraban frenéticos; diríase que ansiosos de sangre.

—¡Termine con ella, Kirk! —gritó Sonnia al subjefe. Este se dispuso a entrar.

Donald, volviendo sobre sus pasos, dio un salto de tigre y se colocó ante la puerta con una pistola en la mano.

—¡Seguid hacia la salida secreta! —rugió—. ¡Mataré al que intente penetrar aquí!

Extendióse un rumor impaciente e iracundo. Los instantes eran preciosos; no debían perderse en nada que no fuera salvar la propia vida.

Algunos espías, despreciando el incidente, siguieron el avance hacia, donde esperaban hallar la salvación.

Sonnia miró a Jesse y este comprendió la orden. Donald se dio también cuenta del significado de tal mirada.

Sonaron dos tiros simultáneos.

Donald recibió la bala en el pecho; Jesse, entre los ojos. Este último se desplomó muerto antes de caer. El primero, cuyo aspecto era verdaderamente terrible, se apoyó contra el quicio. Su mano izquierda se oprimió la herida, mientras la derecha continuaba empuñando la pistola.

—¡Obedeced! —insistió, imponiéndose a la angustia mortal que se le adueñaba—. ¡Aún me queda plomo para tumbar a cinco!

Corrieron a la desbandada, empujando a Sonnia.

No tardaron en persuadirse de que habían llegado tarde. A la salida de aquel agujero que daba a una de las habitaciones de la casa colindante encontrábase ya la policía. Los primeros que salieron cayeron en poder de esta; los otros apresuráronse a dar marcha atrás.

—¡Estamos perdidos! —gritó alguien. Su exclamación de pánico prendió en la mayoría y tendió a apoderarse de todos. Comprendiéndolo así, Sonnia, sin contemplaciones, disparó sobre el atacado de pánico.

—¡Hemos de defendernos hasta el último instante! —dijo, derrochando autoridad, fiereza, desesperado dominio de la situación—. ¡A las bombas de mano!

Dando el ejemplo, corrió hacia una pequeña estancia inmediata que les servía de arsenal. Muchos la siguieron, mientras los demás disparaban incesantemente a través del resquicio por donde habían creído hallar la salvación.

Sonnia y sus hombres regresaron pronto. Ella fue la primera en avanzar y lanzar fuera una pequeña bomba de mano que estalló arriba, causando víctimas y produciendo estrépito enorme. Retrocedió en el acto.

Cayeron, sobre ellos cascotes que produjeron heridas.

Los policías alcanzados fueron substituidos inmediatamente por otros que correspondieron de igual forma a la agresión.

Varias bombas de no mucha potencia cayeron por la abertura.

Gritos, ayes, imprecaciones…

Por el lado opuesto, es decir, por el mismo camino que emplearon los espías, para llegar allí, resonaron pasos y órdenes.

—¡Estamos entre dos fuegos! —gritó uno—. ¡Debemos rendirnos!…

Sonnia, herida ya, trató de repetir lo que antes hiciera con el otro medroso; mas este segundo se le adelantó, vaciándole el cargador en la cabeza.

La ominosa mujer cayó con la masa encefálica destrozada.

Poco prolongóse ya la resistencia. Los muertos sumaban buen número; los demás estaban heridos.

La policía irrumpió por ambos lados, apoderándose de los supervivientes.

Alan, que había luchado como un titán y dirigido la operación, se detuvo lanzando un ahogado lamento.

Acababa de descubrir al autor de sus días tendido en un charco de sangre.

Se inclinó sobre él y le cogió desesperadamente la cabeza entre las manos.

—¡Padre!…

Donald entreabrió los párpados. Su mirada estaba ya vidriosa.

—Hola… muchacho… —susurró—. Creí no verte más…

—¡Ayúdenme! —pidió el joven Bretty a los compañeros que tenía más cerca, los cuales habíanse detenido ante el emotivo cuadro.

—Es… inútil… —objetó el moribundo jefe—. Esto se ha acabado… Óyeme… Logré salvar a Addy… cuando querían rematarla…

—¡Oh!

—Espera… ¡No me dejes aún!… Varios hombres están camino de la casa de tu prometida… en busca de la fórmula… “2 × 2”… Quizá lleguéis a tiempo de impedirlo.

—¡Padre mío!…

—¿Serás… capaz… de perdonarme?…

—¡Claro que te perdono!…

—Gracias… Déjame ya… Entra en busca de ella.

Pero Alan no le hizo caso. La vida de su padre se extinguía y quiso recoger el suspiro último.

—¡No me separaré de ti! —dijo. Y mirando ansiosamente a dos de sus amigos, añadió—: Penetrad ahí… ¡Buscad a mi novia!…

—¡Debes hacerlo tú! —insistió el agonizante—. Yo… te esperaré…

El joven Bretty decidióse al fin a hacer lo que se le decía.

Addy estaba caída sobre la alfombra.

La estrechó contra su pecho. Se le llenaron los ojos de lágrimas al comprobar que alentaba.

Y con ella en brazos tornó hacia donde había quedado Donald. Este no pudo cumplir la promesa de “esperarle” ni siquiera durante aquellos breves segundos.

Alan lanzó un sollozo; entregó el desmayado cuerpo de su novia al compañero que tenía al lado e inclinándose sobre el herido le cerró los párpados y le besó hondamente.

Luego se incorporó. No tenía color su cara. Secándose las lágrimas a manotazos, dijo con voz ronca:

—¡A ver, dos agentes aquí! —acudieron presurosos, y el joven añadió—: Lleven a esta señorita al primer puesto de socorro. Ocúpense seis números en conducir a los prisioneros. Los demás vengan conmigo. ¡El trabajo no terminó aún!

Su actitud, trágicamente serena, era de lo más impresionante que cabe imaginar.

* * *

Los cuatro espías que habían quedado guardando la casa número 106 de la Calle Doce, mientras Russell y Munton penetraban subrepticiamente, opusieron una resistencia tenaz, desesperada.

En principio, cuando oyeron las sirenas, trataron de pasar inadvertidos por si nada tenía que ver con ellos la alarma, mas no tardaron en darse cuenta de que los coches avanzaban por distintas direcciones, cubriendo todas las salidas, haciendo imposible la fuga.

No había dónde esconderse.

Uno se resguardó junto a una puerta cerrada; otro, detrás del auto que les trajo; el tercero corrió hacia la esquina de un callejón próximo, sin continuidad; el último tomó como parapeto un camión detenido enfrente del número 106.

Las pistolas ametralladoras llenaron de fuego, plomo y sangre el lugar de acción. Los policías respondieron furiosamente, demostrando su gran superioridad en número, pericia y armas.

Entraron en acción las ametralladoras “Thompson”, llamadas “Ukeleles” por los *gangsters*, y al cabo de pocos minutos los cuatro guardaespaldas de los que “trabajaban” en el domicilio de Addy, cayeron acribillados.

Las fuerzas atacantes sufrieron tres bajas, una de ellas mortal y dos poco graves.

La natural alarma había cundido; llenáronse de curiosos las calles adyacentes, si bien a nadie se permitió que se aproximara.

La manzana de casas de la cual formaba parte la número 106, fue totalmente acordonada.

Alan, herido ligeramente en el cuello, penetró en el portal de dicha casa. Le siguieron cinco agentes sin esperar a ser llamados. Subieron a pie. Derribaron a golpes la reparada puerta del piso de Addy. Contra lo que esperaban, no fueron recibidos a tiros. Tardaron poco en convencerse de que no había nadie allí. Bajaron por la escalera de servicios con idéntico resultado.

Los vecinos, todos en conmoción, sintiéndose héroes unos y acuciados por el miedo otros, registraron sus propios domicilios sin que los espías apareciesen por parte alguna.

Sin embargo, la fuerza, atacante estaba segura de haber llegado

a tiempo, puesto que habían sorprendido a los guardaespaldas en sus puestos.

—¡A los tejados! —gritó Alan. Y añadió, dirigiéndose a uno de los que le acompañaban—: Baje usted, Wray, y diga al inspector Sttewart que distribuya convenientemente a los hombres para sin que se resienta mucho la vigilancia, puedan registrarse las alturas de las casas vecinas. Nosotros nos encargamos de esta.

El llamado Wray corrió a cumplimentar la orden, mientras Alan y los cuatro policías emprendían el ascenso.

Los tejados, bañados por la luz lunaria, ofrecieron pronto una visión impresionante. Avanzando, sujetándose hasta con las uñas, resbalando a veces y estando a punto de caer y destrozarse, los servidores del departamento de policía de Nueva York y los del Especial de Justicia, se arrastraban sobre aquellas cúspides monumentales, teniendo que cerrar a veces los ojos para huir del vértigo.

De pronto, una bala rasgó los aires y pasó rozando la mejilla izquierda del joven Bretty; otra, derribó al agente que le seguía más de cerca, haciéndole rodar y estrellarse sobre el asfalto.

Munton y Russell se creyeron descubiertos antes de haberlo sido y no pudieron contener sus nervios.

Aquella falta de dominio les resultó mortal.

Bretty y sus seguidores descargaron las armas que llevaban empuñadas sobre el punto de donde partiera la agresión. Dos gritos, estridente uno y ronco el otro, se elevaron en los aires.

Munton corrió la misma suerte del policía caído segundos antes. Rodó, rodó… y se agitó como un trágico pelele en el vacío. Russell quedó muerto allí mismo. Su mano izquierda, crispada y con las uñas rotas, se agarraba a uno de los salientes.

CAPÍTULO XII

—ADELANTE —dijo Alan, levantando la cabeza del libro en que pretendía leer sin conseguirlo apenas.

James penetró en el aposento y se le quedó mirando conmiserativamente.

—¿Qué quiere?

—Es la hora de cenar, señorito.

—No tengo ganas.

—Pero el señorito tiene que hacerlo, aunque sea a la fuerza. No debe abandonarse así.

—Déjeme, James.

—No le dejaré. Yo no comeré tampoco si el señorito no come.

El joven Bretty miró afectuoso al mayordomo. Era el único sirviente que había conservado y no porque no hubiese tratado de despedirle como a los demás, sino porque este se negó a abandonarle, diciendo:

—Nada habrá que me aparte del lado del señorito. También yo sufro por el gran drama que nos ha envuelto. Nada más lógico que soportarlo uno cerca del otro.

Alan, por toda respuesta, había estrechado fuertemente las manos del viejo y leal mayordomo.

—Vamos a cenar —decidió el joven, abandonando el libro.

Y dirigióse hacia el comedor, seguido por James, en cuyos labios apareció una suave sonrisa.

Cinco días habían transcurrido ya desde que tuvo desenlace la enorme tragedia de la cual fue uno de los protagonistas. Su primer cuidado, al comenzar la jornada siguiente, fue presentar la dimisión en el Departamento Especial de Justicia, quedando “a. resultas” (tales fueron las palabras que empleó en el oficio) de las

responsabilidades que le pudieran alcanzar.

Se negó a recibir visitas.

Addy estuvo grave muchas horas y él acudió a verla; mas, tan pronto como la supo fuera de peligro, dejó de acudir también a aquella casa. Se encerró en la suya o, por mejor decir, se encerró en sí mismo. Los auriculares de los teléfonos estaban siempre descolgados.

Ni periodistas, ni los más íntimos amigos lograron verse cerca del joven inspector que por considerarse totalmente deshonrado, consideró la vida acabada para él. Si no la remató metiéndose una onza de plomo en la cabeza, fue por el gran respeto que sentía hacia el Más Allá.

James le había insistido en el consejo de que emprendiera un largo viaje, pero él le escuchó todas las veces encogiéndose de hombros. Llevaba la muerte en sí y donde quiera que fuese se encontraría con ella. Además, no quería dar la sensación de que se escapaba. Si querían derramar sobre él la culpa del autor de sus días, allí estaba dispuesto a todo.

Mediada la cena, bajo la vigilancia del mayordomo quien le instaba incansablemente a seguir comiendo, sonó el timbre de la puerta una vez y otra.

—Vaya a abrir —ordenó el joven—. Si es la policía, que entre. No estoy para nadie más. Bien lo sabe.

James salió.

Poco más tarde, en el preciso momento en que Bretty se llevaba a los labios una copa, de vino, resonó en la puerta una voz que le conmovió bastante más de cuanto se hubiera creído capaz de conmoverse.

—¡Alan!

—¡Addy!… ¡Tú!…

La joven corrió hacia él, que se había incorporado y permanecía rígido, y le echó los brazos al cuello.

—¡Alan!… ¿Por qué te has apartado de mí? ¿Por qué me has obligado a venir a buscarte? ¿Por qué me has hecho pensar que ya no me quieres?

Bretty, sin corresponder a la caricia, trató de apartar a la muchacha.

—No has debido venir, Addy. Nuestro compromiso está roto.

—¡No!

—¡Sí! No podemos casarnos. Mi padre…

—¡Tu padre salvó mi vida y se rehabilitó al final facilitando los medios de que se recuperase la copia de la fórmula “2 × 2”!

—Eres muy buena, pero no debo abusar de tu bondad. ¡No puedes ser la esposa de un hombre cubierto de oprobio!

Otra voz, totalmente inesperada por el joven Bretty, resonó en la puerta:

—¡Protesto!

—¡Señor Hayword!

—¡Protesto! —repitió el director del departamento especial de justicia—. Su nombre está cubierto de gloria.

—Pero…

—Aunque no eran necesarias, se han practicado investigaciones para satisfacerle. Su conducta es ejemplar; su sacrificio, magnífico. La patria necesita de hombres como usted. No solo desestimamos su dimisión, sino que se le asciende de categoría. Iba a venir a comunicarle esto, cuando la señorita Addy acudió en mi busca para que le acompañase a verle. Y aquí estamos los dos.

Las pupilas, de Alan se cuajaron de lágrimas.

—¿Quieres corresponder ya a mis besos? —preguntó la joven, ofreciéndole la boca.

—¡Vida de mi vida!

Se unieron sus labios fuertemente.

James sonrió y dijo a Hayword en voz alta:

—Temí que mi desobediencia a la orden que el señorito me diera de no dejar pasar a nadie que no fuese la policía me ocasionase un gran disgusto; pero noto que va a ser todo lo contrario. Claro es que, bien mirado, no le desobedecí. Yo no digo que usted, señor Hayword, sea la policía, pero… se le parece mucho.

—¿Usted cree?…

El director del Departamento Especial de Justicia, empujó suavemente al mayordomo, obligándole a salir y marchando tras él.

Dentro, los labios de Addy y Alan, habían vuelto a unirse.

FIN